

**Cómo perder un concurso literario  
(contado por los que lo han ganado)**

**ENRIQUE ADONIS R. M.  
COORDINADOR**





Cómo perder un concurso literario  
(contado por los que lo han ganado)

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

M. en C. Juan Carlos Aguilar Franco  
Rector

Dra. María Elizabeth Alvarez Sánchez  
Coordinadora Académica

Lic. Jorge Luis Rubio Hernández  
Coordinador de Difusión Cultural y Extensión Universitaria

Equipo de la Biblioteca del Estudiante

Ángeles Godínez Guevara  
Responsable

Ana Beatriz Alonso Osorio  
Ana Lina Graciano Franco  
Daniel Cruz Valentín  
Florina Piña Cancino  
María del Pilar Aparicio Romero  
Sergio Javier Cortés Becerril

# Cómo perder un concurso literario (contado por los que lo han ganado)

Enrique Adonis R. M.

Coordinador

**UACM**

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

NADA HUMANO ME ES AJENO

Biblioteca  
**BE**  
del  
Estudiante

Ficha catalográfica E-S7N

---

Cómo perder un concurso literario : contado por los que lo han ganado / coordinador Enrique Adonis R. M. Primera edición. -- Ciudad de México : Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2025.

157 páginas ; 21 cm.

Material educativo universitario de distribución gratuita para estudiantes de la UACM. Prohibida su venta

ISBN: 978-607-2615-69-4

1. Literatura - Concursos – Ensayos. 2. Ensayos mexicanos - Colecciones.  
I. R. M., Enrique Adonis (Rodríguez Morales), coordinador.

LC PN171 .P75

Dewey 807.9

---

*Cómo perder un concurso literario (contado por los que lo han ganado)*  
primera edición, 2025

© Enrique Adonis R. M.

D.R. © Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Dr. García Diego núm. 168. col. Doctores, alc. Cuauhtémoc,  
06720, Ciudad de México

ISBN: 978-607-2615-69-4

Imagen de portada: San Antonio, atormentado por demonios.  
Detalle de una pintura de un maestro del Alto Rin, circa 1520.  
Museo Wallraf-Richartz, Colonia.

<https://www.uacm.edu.mx/BibliotecadelEstudiante>

Material educativo universitario de distribución gratuita para estudiantes de la UACM. Prohibida su venta

Impreso en México

A Melania Picazo, mi triunfo más grande





## ¿Qué intenciones tiene esta antología?

Antes de empezar con esta introducción, quiero agradecer a la querida Karla Montalvo, quien en muchos sentidos ha sido un faro para la elaboración de este libro. También, y no sobra decirlo, quiero agradecer a todos aquellos autores que brindaron su confianza, generosidad y su singular inteligencia para construir este proyecto. Gracias, tienen mi completa admiración y cariño.

*Cómo perder un concurso literario (contado por los que lo han ganado)*, es una iniciativa compuesta por ensayos de estudiantes que ya concluyeron sus créditos en la UACM y que actualmente se encuentran desarrollando actividades en el ámbito de su carrera; por académicas de la misma institución que han transitado por los concursos literarios, y por escritoras y escritores externos, de trayectoria destacable, que aceptaron colaborar con su experiencia profesional para conformar el volumen.

Este proyecto editorial parte de la necesidad real que se vive en las aulas de reflexionar sobre aquellos temas que giran en torno a los concursos literarios y se encuentra alineado con el «Plan de Estudios de la licenciatura en Creación Literaria» de la UACM, el cual señala en sus objetivos generales que la licenciatura en Creación Literaria busca que

sus estudiantes reciban una formación teórico-práctica enfocada sustancialmente hacia la creación, dentro del marco de una cultura literaria, estética, histórica y lingüística, para ser creadores y pensadores literarios capaces de insertarse en los diversos espacios artísticos y culturales que requieren de la creatividad y del dominio de la palabra escrita. Uno de esos espacios se encuentra en los concursos literarios.

Sumado a lo anterior, el volumen también se apega a los objetivos particulares de la carrera, los cuales buscan incorporar en los estudiantes destrezas profesionales para que afiancen su escritura, desarrollen habilidades pedagógicas y puedan insertarse con flexibilidad en diversos mercados laborales o puedan recurrir al autoempleo. En el caso de los concursos, más allá de un autoempleo como tal, se podría hablar de una retribución monetaria o en especie a favor de aquellos que ganen un premio o una mención honorífica de literatura.

El volumen también se inscribe en los valores con los que, según el plan de estudios de la carrera, contará un egresado de Creación Literaria, donde se menciona que éste podrá apreciar íntegramente el valor de la lengua española y la literatura mexicana, la latinoamericana y mundial en sus perspectivas estética, histórica, creativa y profesional, siendo esta última, la profesional, en la que se podrá encontrar mayor resonancia.

En continuidad a lo relativo al plan de estudio, los ensayos de este libro pueden aportar al estudiante de la carrera de Creación Literaria y carreras afines (y no afines):

- a. La posibilidad de tener un espacio de reflexión sobre uno de los ámbitos que más van a visitar como estudiantes y como egresados de la carrera. Conocer esa realidad puede ayudar a integrarse a ella.

- b. Un acercamiento a textos reflexivos de egresados de la universidad que comparten su experiencia como concursantes.
- c. Recibir las visiones de escritores externos a la universidad que pueden ofrecer contrastes que ampliarán la manera de vivir la literatura y la posibilidad de vivir de la literatura.

En lo referente a un nivel de apoyo directo a asignaturas tanto del ciclo básico como del superior, el texto propuesto tiene aportaciones valiosas para todos los ejes o áreas de formación de la carrera (historia de la literatura, teoría literaria o ciencias del lenguaje, inventiva y producción de textos, destrezas profesionales) en materias específicas, como a continuación destaco:

- **Literatura Mundial Contemporánea:** donde se explora el canon actual de lo que es literatura y, en ese sentido, se puede reflexionar sobre cómo se conformará el canon contemporáneo que se legará a las futuras generaciones.
- **Crítica Literaria:** donde desde la perspectiva particular de la materia, se pueden cultivar ideas en cuanto a la construcción del prestigio de los escritores y su vigencia en el mundo editorial.
- **Formación y Coordinación de Talleres Literarios:** donde el tallerista con el conocimiento de las implicaciones profesionales, éticas y económicas de los concursos literarios, puede ofrecer posibilidades de salida a los productos de sus estudiantes dándole un mayor valor a su taller.
- **Ensayo Literario:** donde muchos de los textos que se incluyen en el volumen, pueden ser ejemplares en cuanto a la elaboración de un ensayo literario, sus maneras de argumentarlo y sus maneras de entenderlo.
- **Los últimos niveles de Novela, Cuento y Poesía:** donde los estudiantes ya tienen inquietudes sobre posibilidades de salida de sus textos ¿Qué hacer con obras que ya están

terminadas? ¿Qué hacer cuando una obra terminada es rechazada? ¿Un rechazo necesariamente implica que una obra es mala?

De esta manera, *Cómo perder un concurso literario (contado por los que lo han ganado)*, es un esfuerzo colectivo que, con una estrategia editorial más inclinada hacia el ensayo literario que al ensayo académico o a un manual de procedimientos, pretende despertar inquietudes no sólo en aquellos que ya tienen alguna aproximación al mundo de los concursos literarios y la escritura creativa, sino también en aquellos que nunca se han animado a responder a alguna de las muchas convocatorias que se asoman año con año en busca de plumas audaces escondidas detrás de pseudónimos estrafalarios.

Así pues, queridos lectores, quedan cordialmente invitados a disfrutar de las visiones sobre la derrota y la victoria de los que, en mi opinión, son los mejores perdedores de concursos literarios.

## Perder

Karla Montalvo

Perder la ubicación o el rumbo, es decir, no tener idea de dónde estoy o hacia dónde tengo que caminar, es algo con lo que estoy plenamente familiarizada. Cuando entré a la secundaria, debía ir a la escuela y regresar a casa en transporte público. Días antes del inicio de clases, mi mamá me llevó a la calle principal más cercana al INHUMYC y me dijo:

—Aquí tomas un pesero que diga San Ángel, pagas, te bajas enfrente de la casa y ahí te veo. Yo seguiré la combi desde el coche.

Démosle crédito: de San Fernando a Villa Olímpica son algunas cuadras, no muchas. Y Villa Olímpica es, como su nombre lo indica, una villa que es olímpica, o sea, enorme y visible. Las posibilidades de que yo me perdiera eran escasísimas. Casi nulas. Pero lo logré. No tengo la más remota idea de cómo pero seguro no me bajé frente a mi casa. Y luego, a mis doce añitos, caminé por horas, preguntando por aquí y por allá dónde estaba esa avenida escurridiza llamada Insurgentes.

A partir de ese día, muchas, muchísimas veces, de camino a la escuela o de regreso a mi casa, de repente, miraba a mi alrededor, desconocía y no había más remedio que bajarme. Tuve la gran suerte, unos quince años después, de que aparecieran en el mundo los teléfonos celulares y los mapas que, gracias a un satélite, te dicen dónde estás. Pero incluso así, me pasa que empiezo a caminar en dirección contraria a la que debo y, si no me pongo lista, me percató del error después de haber recorrido ya cuatro o cinco cuadras. O tomo el metro en dirección contraria a donde voy. O transbordo en el color equivocado. Vamos, no es tan difícil.

Cuando empecé a perder concursos literarios me pasaba lo mismo. Había una especie de extravío, de no comprensión. La diferencia estaba en que, si me perdía en el metro, se encendía una alerta interior, algo así como el instinto de supervivencia, que me decía: ponte buza o pasarás las próximas cinco horas tratando de retomar el rumbo y ya sabes que se oscurece y luego te asustas en la calle. Y entonces ponía toda mi atención en regresar al camino correcto. Pero con los concursos no había forma de ponerme buza. Estoy tentada a decir que no entendía por qué mi obra maestra no había ganado. Pero claro que entendía por qué: no era una obra maestra y yo escribía fatal. Eran verdades incuestionables. Me lo decía todas las mañanas cuando me sentaba frente a la computadora o cuando no tenía nada que hacer: Karla, a nadie nunca le va a interesar ni media página de lo que escribes. Si me inscribía a concursos era porque tenía la vaga esperanza de que el mundo me demostrara que yo estaba equivocada.

En ese entonces podía argumentar por qué un poema funcionaba o aconsejarle a alguien cómo corregir su cuento, pero lo que yo escribía me era inaccesible. Había entre mi

propia escritura y yo una niebla que no permitía saber hacia dónde llevarla.

A veces intentaba imaginar a esa escritora o escritor que era lo contrario a mí: vivía con la certidumbre de qué seguía, qué debía hacer; con la plena confianza de que las cosas eran *así* y tenían determinada forma y funcionaban de tal manera. Imaginaba su alegría. La luz que proyectaba. Ahora desconfío de esa persona. Se sigue discutiendo qué es la conciencia y su vínculo con el cerebro; la definición de vida a veces resulta insuficiente; algunas fuentes dicen que no conocemos ni el 95% del mundo marino... ¿Y ese señor o señora está tan cierto/a de lo que escribe?

Los descubrimientos o las innovaciones no surgen de sentir que se entiende la realidad. Al contrario. En la escritura, si una ya sabe de qué va, si una ya la tiene resuelta desde el inicio, si no hay confusión alguna y una se sabe el camino y escribir es sólo un trámite para decirse: tengo razón, el mundo es como yo digo que es... ¿tiene caso?

Cuando Juan Pablo Villalobos descubre en qué va a terminar la novela que está escribiendo, ya no le interesa. O no tanto. En el momento en que no hay más remedio que decidir cuál será el final, le cuesta trabajo ponerlo en papel. Es que ya no hay sorpresa, ya no hay tensión. El descubrimiento ya fue.

Para Lispector se trataba de ir a donde la escritura la llevara, seguirla, a pesar de la incertidumbre: «Este libro (*Aprendizaje o libro de los placeres*) requirió una libertad tan grande que tuve miedo de darla. Está por encima de mí. Intenté escribirlo humildemente. Yo soy más fuerte que yo.» A veces, para encontrar el rumbo, para encontrar la salida, se necesita fuerza y coraje. Pero también humildad. En muchos sentidos. Dejar que la escritura suceda, estar dispuesta



a abandonar las certezas, las convicciones absolutas, permitirse inaugurar nuevas formas o tomar decisiones distintas o arriesgadas.

En *Tienes que mirar*, Anna Starobinets habla de cómo la sociedad rusa, heredera de una tradición que ella define como espartana-soviética, desprecia a los bebés débiles como el suyo, a quienes les crecen tanto los riñones que no permiten que se desarrollen bien los otros órganos y, por lo tanto, al nacer, no sobreviven. Y, ¿qué decir de esas madres que deben decidir —porque *deben* hacerlo— no tenerlos? Son como ratas que hay que esconder y no permitirles llorar frente a las otras mamás, las que sí tendrán hijos e hijas sanas, no vaya a ser que les contagien su desgracia.

En nuestra sociedad perder tiene vínculos subterráneos con la debilidad, con el error, con la culpa y la vergüenza. *Perdiste porque eres débil, porque hay algo mal en ti*. Y es que se confunde equivocarse con perder. Como si siempre estuviéramos en una competencia o, peor aún, en una guerra y acertar fuera cuestión de vida o muerte. Se ignora que para lograrlo las más de las veces se necesita de constantes y continuos errores. Pero en una sociedad que enfatiza el resultado, el camino ni siquiera se considera.

Pienso en *En tierras bajas* de Herta Müller y cómo es importante para entender ese libro poderosísimo saber que la precariedad del pueblo suabo representada en él, está relacionada con el hecho de que eran alemanes y alemanas en Rumania luego de la Segunda Guerra Mundial. Habían sido derrotadas y derrotados y, además, se negaban a aceptar cualquier error y se aferraban a sus ideas reaccionarias. Pero lo perdedoras y perdedores nadie se los quitaba. Una de las razones por las que me encanta *En tierras bajas* es que no se

trata de una visión compasiva sobre ese pueblo que recibió todo el peso del castigo por su derrota. Müller es capaz de mostrar tanto la rigidez, el conservadurismo y la violencia del pueblo suabo, como la opresión que la dictadura de Ceaușescu ejerció sobre él y la precariedad en la que lo sumió.

Tal vez, sólo tal vez, cuando una no ve su nombre en el periódico, cuando una no recibe la llamada, cuando una se entera de que alguien más recibió el premio se asume como una *looser*, una perdedora, con toda esa carga que acabo de intentar describir. Casi casi como si sólo pretender ganar un concurso fuera un despropósito, un atrevimiento.

Diré esta obviedad: la idea de lo bello está vinculada con el poder económico, político y racial. No por nada en México, luego de cuestionamientos y presiones, los concursos y las becas financiados con dinero público tuvieron que abrir categorías para lenguas distintas al español. Y aun así tienen que mandar su obra traducida.

Por eso cuando se dice que la literatura no tiene nada que ver con lo político me parece de una ingenuidad casi irresponsable. La idea de literatura que predomina en la actualidad (cualquiera que esta sea y en caso de que sea una sola) es una arbitrariedad y una convención como cualquier otra. Que una obra sea apreciada depende de muchísimos factores como, por ejemplo, en qué lengua se escribe. O desde dónde o cómo el o la escritora llegó a habitar ese idioma. Estoy pensando en Deleuze y Guattari y la literatura menor. Kafka —judío y checo— no se movía en el alemán igual que Mann. Y, claro, no ganó el Nobel. Vamos, dudo que se le haya ocurrido escribir la gran novela alemana.

La única obra de Lispector que ganó un concurso es *Cerca del corazón salvaje* y para mí está lejos —lejísimos— de

ser la *mejor*. El cuento con el que Claudia Hernández ganó el concurso internacional de cuento Juan Rulfo, tampoco es mi favorito de *De fronteras*. Pero entiendo que «Molestias de tener un rinoceronte» difícilmente lo hubiera ganado. Cuando oí a la escritora salvadoreña hablar del momento histórico-social en el que lo escribió y percibí cómo la guerra está implícita, no nombrada, en ese maravilloso texto, se me erizó la piel. Pero la idea de cuento que ahora *domina* es la del *knock out*, la del *golpe*, la de la escritura *poderosa* y del final sorprendente. Y «Molestias de tener un rinoceronte» se inscribe en otra lógica; en él es donde Hernández logra la combinación perfecta entre «crueldad y ternura». Un logro marginal, que se da en la periferia.

También está el caso de Reinaldo Arenas y *El mundo alucinante*, esa novela llena de imaginación, libertad y crítica, escrita en un mundo homófobo, autoritario y amante del realismo socialista, que logró ganarse una mención honorífica cuando declararon el premio desierto. Para ser publicada, tuvo que salir de incógnita de Cuba. En ese caso, ¿qué fue perder? Te damos la mención honorífica de un concurso declarado desierto para que sientas el profundo desprecio que sentimos por tus ideas y tu literatura e incluso por ti mismo y todo lo que representas. Básicamente una humillación. Es cierto que no pudieron negarle de tajo todo reconocimiento, pero al final, el escritor tuvo que salir de su país y sabemos que tuvo una vida muy dura.

Estos ejemplos nos deberían alertar de que *lo mejor*, es una categoría vacía, que se llena, las más de las veces, a partir de estructuras de poder. Cuando me di cuenta del vacío que yace en el interior de la palabra *mejor*, se difuminó algo de aquel sentimiento que me abrumaba.

La literatura no se trata de competir ni de pelear contra alguien. Pueden existir *Cerca del corazón salvaje* y *La pasión según GH*, que, como bien dice Lispector, es un libro que *nada quita a nadie*. Y puede existir también una novela escrita por mí o por ti o por el vecino de al lado. Y estoy segura de que tampoco le quitarán nada a nadie. Al final, todos y todas moriremos y, si seguimos en el camino en el que vamos, es posible que esas obras que consideramos maravillosas también se extingan cuando no haya nadie quien las lea o este pobre planeta dé de sí.

Si la literatura no se trata de competir, vivir menos. El bebé de Starobintes, con sus riñones enormes, tenía derecho a ser amado por su mamá. Tenía derecho a alegrarse cuando ella tomaba vino caliente y a ser mirado por sus padres una vez muerto, como una forma de ser reconocido. Y su madre lo tenía a ser tratada con dignidad y empatía, a conocer sus opciones y a estar acompañada en el proceso. Starobinets se impresionó cuando en Berlín le dijeron que la mayoría de las mujeres en su caso no adelanta el parto, sino que espera a que el bebé nazca y muera en consecuencia. No hay un único propósito posible cuando se decide dejar correr un proceso hasta su término. Porque no todo se trata del final ni de seguir el patrón ni de ganar... ni siquiera de vivir como convencionalmente lo entendemos.

Lo débil es parte del mundo. De nosotras y nosotros. Habría que tratarnos con un poco más de cariño y comprensión. Lo común es perder, no ganar, como dice un amigo. Y tal vez por eso, como él mismo agregó, a veces nos reponemos con mayor rapidez cuando perdemos que cuando ganamos.

*Pedro Páramo* no obtuvo ningún premio que yo recuerde, pero hay quien dice que su triunfo estético fue tal, que Rulfo

ya no pudo o no quiso escribir nada más. Ya para qué. ¿Cómo que para qué? Una o uno también escribe como una vía de conocimiento, de búsqueda, de refugio. Como una forma de felicidad, en el sentido que le da Žizek. Escribir es estar en medio de algo, es traerse algo entre manos. Es la vía del deseo y no la del cumplimiento del deseo, que es casi la muerte.

Me gustaría crear una nueva palabra, un verbo, que permita ser vulnerable, equivocarse, no gustarle a otras personas, no escribir conforme al canon —o no escribir a fuerzas rompiendo el canon—, enfermarse, envejecer y morir sin la carga negativa de ser derrotado o derrotada. Rescatar ese nivel del fenómeno literario que Claudia Hernández ve con nitidez: la poesía también es, ha sido y puede ser un espacio colectivo de encuentro, en donde en conjunto podemos procesar nuestros dolores, nuestras pérdidas, nuestras vulnerabilidades y también nuestras alegrías y esperanzas. Quien escribe puede ser un escucha capaz de representar los sentires, las experiencias y las formas de nombrar de su comunidad.

No se pierde al escribir. O tal vez sí. El miedo. El pudor. O esas ideas que encajonan a la literatura y a la vida. Y, con suerte, podemos experimentar, aunque sea por un lapso breve de tiempo, esa libertad que busca el protagonista de *El mundo alucinante*, la que *Aprendizaje* le exigió a Lispector; la misma que trae consigo la incertidumbre y el asombro.

## Sin cuarto propio

ELMA CORREA

Las dos llamadas para avisarme que había ganado un concurso literario me sorprendieron en mi casa, haciendo cosas de mamá. Cocinando, lavando un traste, poniendo otra carga en la lavadora, limpiando la caja de arena de los gatos. 2021 era todavía un año pandémico, aunque las vacunas empezaban a circular, y en 2022, los sobrevivientes asomábamos un poco las cabezas al mundo. No voy a contarle a nadie lo que ocurrió durante la pandemia, todxs lo pasamos fatal, perdimos personas queridas y estoy segura de que en los años venideros estaremos resintiendo las consecuencias de aquel aciago 2020.

Menciono esto porque después de tardar siete años en terminar mi primer libro y creer que nunca más escribiría otro, de un modo muy agridulce, el encierro de la pandemia me permitió escribir tres de un tirón, uno ganó el Arreola y otro el Amparo Dávila. Me defino como una escritora que no escribe porque no tiene tiempo para escribir. Estoy segura de que si yo hubiera sido hombre o una mujer blanca con privilegios de clase, mis circunstancias me habrían llevado a

ganar esos premios mucho antes y no tendría esta sensación incómoda al hablar de mi proceso como autora. No viviría con este síndrome del impostor perpetuo.

Desde que decidí que iba a dedicarme a la escritura me he debatido entre periodos en los que busco, rabiosa, acceder al aparentemente inalcanzable cuarto propio del que hablaba Virginia Woolf, y otros periodos en que desisto, rabiosa, y apelo a aquello que Gloria Anzaldúa enarbolaba en «Hablar en lenguas» ese texto donde nos conmina a nosotras, las mujeres que no somos blancas, a olvidar la ilusión del cuarto propio y escribir en la cocina, en el baño, en el autobús, en las filas, en el trabajo, lavando pisos, lavando ropa, escribir porque es una pulsión vital y una no puede hacer nada en contra de eso.

Romanticismos aparte, yo escribo porque no sé hacer otra cosa y realmente me gustaría hacerlo en un espacio que fuera mío y donde nadie me molestara. No sé si esto me vuelve mala feminista pero ya he escrito suficiente a la manera de Anzaldúa: me encantaría tener lo que tienen las personas privilegiadas. ¿Cómo se puede tener un cuarto propio en un país como México?, siendo una mamá soltera en el norte, con dos gatos y un perrito, trabajando más de cuarenta horas a la semana en una oficina, dando clases, talleres y haciendo *freelance* en el tiempo libre, porque la vida es cara y una tiene la mala costumbre de comer tres veces al día y necesitar pagar las cuentas.

Las opciones son muy limitadas. Y aunque todavía no pierdo la esperanza de conseguirme un *shugar*, lo único que me queda son los premios. Los premios y los préstamos de nómina son la única manera en que alguien como yo puede ver una cantidad considerable de dinero reunida. Y como los

sueños ya son lo suficientemente miserables, la opción real es arrancarle horas al día, dormir menos, dejar los trastes sucios, no sacar a pasear al perro un día o dos, que el hijo coma lo que quede comestible en el refrigerador y en casos extremos, reportarme enferma al trabajo y escribir como poseída para completar el mínimo de páginas que pide la convocatoria.

Porque además, las personas como yo trabajamos sobre el *deadline*. No sabemos lo que es levantarse por la mañana, tomar té viendo las hojas de los árboles mecerse con el viento y apreciar el canto de los pajaritos mientras pensamos en esa página perfecta que vamos a pulir y a mimar a lo largo de las siguientes horas. No, nosotros somos todoterreno. Yo lleno el teléfono de notas de voz, mando audios a mis amigas con las ideas de mis cuentos para que me den su opinión, observo en mi cabeza a los personajes, le doy vueltas a la trama, identifico temas, ubico escenarios, elijo estructuras y casi siempre olvido todo y vuelvo a empezar hasta que encuentro ese momento del día, de un día, en el que me puedo sentar a escribir.

Ganar un concurso literario es la cosa más aleatoria del mundo. Depende de muchos factores que se escapan de las manos del autor —en este caso, autora— que, aun con un mínimo de brillo en la mirada, extiende su manuscrito a los jueces con la esperanza de obtener un poco, algo, lo que sea de reconocimiento.

Por reconocimiento me refiero al dinero.

Aunque no disfruté el dinero del Arreola ya que lo usé para regularizar mis impuestos porque en el mundo literario Diosita da y el SAT quita. Y cuando llegó el dinero del Amparo Dávila mi mami enfermó y bueno, tengo mami todavía.

Ganar un concurso literario es la cosa más aleatoria del mundo, sí, pero tengo un consejo: ¿quieres ganar un concur-



so literario? No seas mujer. El año que gané el Arreola, en su vigésima edición, fui la sexta mujer en ganarlo, y cuando me cayó el Amparo Dávila, en su edición 48, era apenas la novena mujer en obtener el premio. Seis de veinte. Nueve de cuarenta y ocho.

Los números son importantes y dicen mucho sobre cómo funciona el medio literario en este país.

Tuve la suerte de que el jurado, en ambos casos, estuviera integrado por escritores y escritoras jóvenes. Tuve la suerte, también, de tener amigas, de contar con una red de lectoras profesionales (mis mejores amigas también se dedican a la escritura) que me ayudaron a limpiar los textos que conformaron las dos compilaciones. Yo no «gané» esos premios sola, tuve acompañamiento, revisión, corrección, fui convencida por ellas de que el producto final valía la pena y de que no perdía nada probando suerte.

Desde el regreso a la normalidad pospandémica mi vida volvió a llenarse de actividades indispensables para llevar una existencia más o menos digna y mis periodos de escritura regresaron a su estado natural, es decir, a ser nulos. No sé cuándo voy a terminar otro libro ni si algún día veré el monto de otro premio pasar tres minutos en mi cuenta bancaria. A este ritmo creo que nunca tendré habitación propia.

¿Qué me queda? Quejarme.  
Y mis amigas.

## Un título horripilante

ALEJANDRO PANIAGUA

Me considero un experto en premios literarios, no porque he ganado algunos, sino porque he perdido cientos. Mi historia con los concursos podría calificarse de tóxica, creo que, en general, los escritores tenemos un vínculo neurótico con los reconocimientos. En mi caso, uno de ellos casi termina por destruirme.

Todo comenzó con mi primera novela. A diferencia de otros autores que son bastante raudos, yo tardé cinco años en tener el manuscrito listo. El título de mi obra era horripilante; de hecho, no hubo una sola persona que no me sugiriera cambiarlo. Se llamaba: *Un tren amontonado en las bolsas del pantalón*. Fuera del título, me sentía muy orondo por lo que había logrado: una novela trágica hasta las trancas que seguro haría pedazos el corazón de los lectores. Una famosa escritora, Mónica Lavín, definiría más tarde mi novela de una forma genial: «Es como Shakespeare en el rancho». Me fascinó la descripción.

Decidí comenzar a corregir el manuscrito, determiné que lo justo sería darle diez pasadas de principio a fin. Soy obse-

sivo-compulsivo, así que cuando iba en la revisión número ciento cincuenta, pensé: «Creo que ya me la estoy mamando». Aunque, en el fondo, sigo convencido de que la corrección jamás puede ser excesiva. Dedicaba tanto tiempo a la novela que, de las ocho o nueve horas de mi jornada laboral, seis al menos eran para editar; el resto, para cumplir con mi rutina de publicitar los libros de otros en el portal de Librerías Gandhi. Una noche, estuve tanto tiempo en la computadora, que cuando me puse de pie, caí desmayado debido al hambre, a no haber ido al baño, a la tensión. Incluso mi esposa, en algún momento, llegó a exigirme que eligiera: la novela o ella. Le rogué que no me hiciera decidir porque me daba terror inclinarme por el libro. Los autores damos todo por nuestro trabajo, pero lo que recibimos rara vez es equivalente al sacrificio.

Mandé la novela a un concurso seguro —es más, segurísimo— de que iba a ganarlo. La confianza es rara entre los autores, pero a mí siempre me ha sobrado. No dejaba de pensar en mi momento de triunfo, en lo que diría en la ceremonia de entrega, lo que haría con el dineral del premio. Cuando anunciaron los resultados, me desbaraté, había perdido sin remedio. Me encabroné como nunca en la vida. Destruí mi cuarto, le di patadas a la puerta, estrellé mi computadora, le saqué el relleno a mi Hello Kitty de peluche favorita (lo único que me dolió). Yo soy budista (uno iracundo pero devoto), la enseñanza tibetana dice que la ira es una de esas fuerzas irrefrenables. Una vez que te enfureces, nada (ni el mantra, ni la invocación, ni siquiera la intervención de una deidad) podría detener tu enojo. En fin, rabioso, busqué el número de teléfono de los jurados. Tras unas horas, hallé la información de dos jueces. Le marqué a la primera, una

autora muy importante, por cierto. En cuanto me contestó, le dije: «Chinga a tu madre, ¿cómo es posible que no me hayas dado el premio? Seguro esto es un acto de corrupción, seguro estás idiota, seguro no entiendes nada de escritura». La mujer, con toda razón, me respondió: «Mira, no te conozco, te voy a colgar, estás muy enfermo, deberías buscar ayuda psiquiátrica, deberías estar encerrado». Cuánta pinche razón tenía la mujer. Le marqué al segundo de los jurados y le dije más o menos lo mismo. Al hombre le dio muchísima risa la llamada y ello me hizo enojar aún más. Me comentó: «No sé cómo conseguiste mi teléfono ni quién eres; pero me has hecho el día con tanta risa, dime cuál era tu obra y yo te digo qué me pareció». Le di el nombre horripilante de mi texto. Enseguida confesó algo que no me esperaba: «Nada más porque estás bien loco, te voy a decir la verdad, tu obra era una de las dos posibles ganadoras; pero al final, la decisión tenía que ser unánime. Una de las jueces no estaba de acuerdo con que ganaras, así que nos fuimos por la segunda opción. Tu novela está muy buena, sólo te recomiendo que le cambies el título (por supuesto) y que trabajes un poco ciertos pasajes». Este escritor me ayudó muchísimo a pulir el texto.

Después de un tiempo, volví a participar en un concurso. Tampoco lo gané. Como ya se podrán imaginar, busqué el nombre de los jurados, les marqué —esta vez ya sin groserías—. La respuesta fue muy similar. Dijeron que mi obra era una de las dos posibles opciones, pero a la mera hora, no había sido elegida. Me duele mucho decirlo, sin embargo, lo mismo ocurrió al menos siete veces más. Mi obra quedaba una y otra vez entre las dos o tres mejores, sin embargo, jamás ganaba, ni siquiera una mención honorífica. Así que un

día le pregunté a mi maestro budista si a través del dharma (la enseñanza y la práctica) se podía cambiar la suerte. Me dijo que sí, que había ciertos mecanismos que modificaban el karma (acción) y que, de hecho, él conocía a unos yoguis que eran videntes y se dedicaban justamente a eso, a arreglar situaciones complicadas como la mía. Los yoguis vivían en Nepal, dentro de un monasterio. La mayoría de los monjes nunca había abandonado el sitio. Jamás habían visto ni de cerca a una mujer y no tenían acceso a ningún medio electrónico. Así que mi maestro mandaba correos a una residencia cercana, uno de los habitantes transcribía el mensaje y se lo hacía llegar a los adivinos.

El trabajo que hacían estos videntes era deslumbrante, me causaba angustia lo certeras que resultaban sus visiones. Antes, yo no creía en la adivinación, a veces sigo dudando, la verdad. Los oráculos me dijeron que todas las puertas a mi alrededor estaban cerradas, que mis padecimientos neurológicos y mi visión autodestructiva habían clausurado cualquier posibilidad de éxito. Me aseguraron que ellos me ayudarían a quebrantar los impedimentos. Como sé que es difícil creer en los oráculos, les quiero contar dos anécdotas que terminaron por convencerme de la habilidad mística de mis adivinos. Un día, me mandaron un mensaje urgente diciendo que yo tenía los triglicéridos muy altos, que debía hacerme estudios y cuidarme. Yo dudé, por supuesto, de un augurio tan específico. De todas formas, acudí a hacerme un examen de sangre; en efecto, tenía los triglicéridos en un rango de peligro, tuve que cambiar mi dieta y tomar un medicamento. Podría haber sido una coincidencia, lo sé. En otra ocasión, me hicieron saber que uno de mis amigos (que era unos años más joven que yo) se sentía mal, triste, porque mis

palabras lo herían. Yo concluí, con desilusión, que no tenía amigos jóvenes, por lo tanto, seguro que los yoguis estaban equivocados en sus visiones, les pedí que me dieran otra pista para saber de quién se trataba. La respuesta derrumbó por entero mi fe. Aseguraron que yo me comunicaba con esta persona a través de la telepatía. Me cagué de la risa, le dije a mi maestro que esto era un chanchullo, que yo no creo en la telepatía y no tengo ninguna habilidad remotamente parecida. Lama Yeshe, mi maestro, me pidió que analizáramos un poco más la situación. La desglosamos. Con el tiempo, entendimos todo: este amigo era uno de los jóvenes con quienes yo pasaba horas en los videojuegos, cada vez que él perdía, yo lo denostaba. Como yo juego en línea, mi amigo y yo nos comunicábamos a través de audífonos, de la red; él desde Chiapas, yo, en la CDMX. Los yoguis, que no saben nada de conexiones en línea, concluyeron que yo interactuaba telepáticamente con el chavo. Cuando le pregunté a esta persona si se sentía lastimada por mis palabras, me confesó que sí, que yo era muy agresivo. Le pedí una disculpa y nuestra amistad se fortaleció.

Luego de un trabajo que duró algunos meses, yo sentí que mi suerte comenzaba a mejorar. En una de las lecturas, los yoguis me advirtieron algo muy puntual, yo no hice caso. Dijeron que no debía firmar ningún contrato durante un par de meses. Sin embargo, cuando una mujer que decía ser agente literaria me contactó diciéndome que quería publicar mi libro y que, además, lo haría en cuestión de meses y, por si fuera poco, me llevaría a presentarlo a la FIL de Guadalajara, me convenció de firmar un contrato con la editorial donde ella laboraba. Ya estaba harto de los concursos literarios, por ello decidí que publicar mi libro sería una mejor

opción. Para no hacerles el cuento largo, cuando llegué a la Feria del Libro y me acerqué al stand, el editor me interceptó para hacerme saber la pinche verdad. Resultó que la mujer, Maty se llama la hija de la chingada, era una estafadora. La maldita le sacó un montón de dinero a varios autores y a la editorial la estafó por más de un millón de pesos. En el medio hay mucha gente dispuesta a sacarnos, por la mala, los pocos pesos que tenemos los escritores. El editor hizo algo que en el momento me pareció compasivo (después me daría cuenta de que era algo que me traería problemas), mandó imprimir digitalmente seis ejemplares de mi libro para mostrarlos en la presentación. Hicimos la farsa de un evento literario afortunado. Frente a toda mi familia, aseguré que se trataba de un gran logro y sonreí, aunque me estaba llevando el demonio. Al otro día, fui al mercado de San Juan de Dios para hacerme una limpia. Recordé que no hice caso a los adivinos y firmé el contrato con la editorial. Me equivoqué. Tardé más de un año en recuperar mis derechos. No me quedó más remedio que empezar de cero el proceso para buscar que mi novela llegara a buen puerto.

Una noche, entre pesadillas, soñé que estaba leyendo una versión muy bonita de mi libro. Durante aquella visión nocturna pensé: voy a aprovechar este sueño para ver qué editorial había publicado mi novela. El nombre que aparecía en la contraportada era *Paraíso Perdido*. Desperté con una sensación de incomodidad. Como yo estaba leyendo justo a Milton, pensé que el nombre era sólo una referencia directa del gran poema. Luego reflexioné que mi vida siempre ha estado llena de coincidencias, de eventos esotéricos o paranormales, y que era posible catalogar el sueño como una epifanía. Me puse a buscar en internet si existía una editorial

con ese nombre. Sí la había. Le escribí al mero mero de la compañía para contarle toda la historia nefasta de la novela, de la estafa, de los concursos, de los adivinos. Le dije que deseaba mandársela para ver si quería publicarla. No tardó ni una semana en contestarme, me aseguró que la novela le gustaba mucho y que sí la iba a editar. Comenzamos a trabajar de inmediato. Me mandaron las correcciones, las pruebas, yo estaba muy feliz. Sentí que la salida del laberinto estaba a unos pasos.

Mas de la nada, una noche, el editor de Paraíso Perdido me mandó un mensaje que me cimbró: «Oye, ¿y si metemos tu novela un concurso para libros que serán publicados este año?». El concurso se trataba del famoso Premio Lipp de Novela. Yo ya estaba hasta la madre de concursos, se me revolvió el estómago, se me contrajo todo el cuerpo. Me negué, él me insistió. A regañadientes, cedí. Cuando consulté las bases del certamen, decía claramente que tenían que participar libros inéditos, mi novela no lo era debido a las seis horribles copias digitales que se habían impreso en la FIL (ya había dicho que esa acción me traería problemas). Le sugerí a mi editor escribir al premio y explicarles las circunstancias de mi libro, sobre todo, porque yo sabía que nos iban a mandar a la chingada. Así fue.

Lo inexplicable para mí, aún hoy, es que un día antes del cierre de la convocatoria, nos escribieron de Lipp para decirnos que siempre sí nos iban a dar oportunidad de participar. Así de impredecible y misterioso ha sido siempre mi camino en la literatura. Yo estaba seguro de que no ganaría por no tratarse de un texto inédito. Lo que jamás me esperé es que el jurado (Silvia Molina, Alberto Chimal, Eduardo Antonio Parra, Mónica Lavín, Rafael Pérez Gay, Beatriz Ri-



vas, Cristina Rivera Garza, Rogelio Flores y Gastón Melo) decidió otorgarme no el primer lugar, pero sí una mención honorífica, algo que nunca había ocurrido en el certamen. Entonces supe que la maldición se había roto, por fin había obtenido un reconocimiento con mi novela. Chillé de pura alegría. Espero que lo siguiente les sirva de consejo, la verdad es que es igual de importante una mención que un primer lugar. No hay que despreciar las menciones, ganarlas implica un gran mérito.

Uno de los editores —James Nuño— eliminó el nombre horrible de mi novela y la llamó *Los demonios de la sangre*. El libro fue leído por mucha gente, la edición quedó hermosa y yo pude tener un poco de tranquilidad. Además, ello me abrió muchas puertas en el mundo literario.

Luego del viacrucis que duró años, mi conclusión es muy sencilla, valió la pena esta odisea, esta tortura, esta terquedad inagotable que me caracteriza. Porque, al fin y al cabo, mi texto obtuvo el reconocimiento que yo siempre creí que merecía. Es indispensable, me parece, no dejar nunca de participar en concursos, tarde o temprano, si la obra tiene calidad, será apreciada por alguien o, al menos, será posible quedarse con una historia digna de ser contada.

## Un premio para Chomsky

ANTOLINA ORTIZ MOORE

*A passion for destruction is a creative passion*

Mikhail Bakunin

No recordaba quién había adoptado a quién, pero llevaban años compartiendo la cama. Estaban muy viejos los dos, el perro aún más. Paseaban en silencio o perdían el tiempo, inmersos en conversaciones filosóficas. El escritor arrastraba una pierna adolorida, apoyado sobre su bastón. Se le sentía inestable al caminar. Chomsky, en cambio, jalaba con fuerza de su correa en cuanto encontraba un rastro de orín. El escritor y el perro disfrutaban de las mismas veredas largas y solitarias, día tras día sin aburrirse. Era el ir y venir del carro de una máquina de escribir, renglón tras renglón. La escritura de su historia se daba sin esfuerzo. Somos un lugar común, decía Chomsky, una redundancia. Somos un estereotipo, un pleonasma, un cliché. El escritor prefería no contestar. Chomsky levantaba la pata y se orinaba en el mismo sitio, junto al arbusto de chapulxtle.

La desventaja de recibir un premio literario, decía el escritor, más para sí mismo que para el perro, aunque le interesaba la opinión de Chomsky, es que los premios acaban por determinar la conducta del premiado. El perro olfateó el aire. Verás, dijo el escritor, un premio determina, para empezar, la dimensión de un texto. Pongamos que un certamen admite obras con extensión de 50,000 palabras, en Arial de cuerpo 12, a doble interlineado. Ya para entonces se está sugiriendo que un texto con menos palabras no estará a la altura. El escritor levantó los hombros. No tiene sentido. ¿Nos interesa la calidad o la cantidad de hojas que llenemos? Seamos honestos, ¿escribir es para colmar un vacío existencial con paja? Chomsky movía la cola. Un cuervo cantaba oculto en el follaje de un camichín. El escritor avanzó sobre el camino de grava. ¿No les molestará a los jueces leer una tras otra novela banal? ¿No preferirían leer, digamos, *El Viejo y el Mar* como lo conocemos, en lugar de leer esa misma obra pero disminuida a 50 mil caracteres? Tendríamos que definir qué respalda el trofeo. Una literatura de calidad o un criterio mercantil.

Lo mismo se puede decir del tema de un libro. Chomsky decidió defecar en ese momento. No tenía sentido de privacidad y se hizo allí mismo, en medio del camino. El escritor sacó una bolsita de plástico de su bolsillo y esperó pacientemente a que el perro acabara. Obviamente hay temas de moda. ¿Qué sé yo?, temas políticos, sociales. Esos temas que jalan la atención. ¿Es justo darle la distinción a una novela de menor calidad porque toca un tema de moda? Hoy día todo mundo escribe y nadie es escritor. El escritor miró a Chomsky, que movió la cola. Luego se inclinó a recoger la suciedad de su perro.

Yo diría que mucha buena literatura sucumbe a las fauces de los premios. Escritor y perro caminaron. Toma en cuenta, por ejemplo, la disparidad entre cantidad de premios literarios y cantidad de obras que se pudieran premiar. El escritor hizo un gesto vago con la mano al deshacerse de la bolsita de suciedad en la basura. Tengo entendido que, para algunas ediciones de premio, se presentan hasta un millar de obras. Un millar de novelas para un solo premio. Me parece injusto, dijo con cierta amargura. Caminaron los dos en silencio.

Odio decirlo, pero creo que puede que los premios hagan más daño que bien. Mira, toma en cuenta lo que sucede cuando ganas. De esas mil obras, sale seleccionada la tuya. Cumpliste con el tema, cumpliste con las dimensiones, sin por lo tanto escribir nada diluido. Claro, es bueno ganar. Te sientes bien. Sobre todo si hubo dinero de por medio, una edición con una buena editorial. En la literatura se gana poco, es justo celebrar una victoria. Pero en cuanto ganas reconocimiento, suceden varias cosas: la primera es que tu ego se infla. Todos sabemos que la soberbia de autor es insostenible. La segunda cosa es que corres el riesgo de que una editorial quiera convertirte en su estrella. Vendes mucho, pero pierdes el silencio y el recogimiento que necesitas para ser creativo. En pocas palabras, al ganar fama dejas de ser escritor. Un galardón puede hacer que dejes de escribir. Es lo que sugiere la maldición del premio Nobel, ¿no? Dicen que después de ganarlo, ningún escritor ha vuelto a publicar una obra monumental. La tercera cosa es que muchos escritores que no han ganado un premio todavía te empiezan a buscar para que escribas un cuento en su antología. Chomsky se acercó a oler el trasero de otro perrito. El escritor le soltó la correa y sonrió al dueño. Intercambiaron algunas nimieda-

des corteses sobre el clima. Ambos esperaron pacientes, luego siguieron sus rutas en sentidos opuestos.

En resumen, ganar un premio literario me permitiría promover mi obra, me daría visibilidad. Impulsaría mi carrera. Pudiera ser que incluso genere suficientes ingresos para vivir mi sueño, es decir, para vivir de mi oficio. Sería maravilloso. Con un premio recibiría la aceptación crítica que he buscado toda la vida. Aunque quizá por ello también deje de escribir.

El escritor se detuvo unos instantes. Le molestaba una piedra en el zapato, pero no se atrevía a pararse sobre un solo pie para quitarla de allí. Cada vez estaba más inseguro al caminar. Estoy viejo. Y no he publicado nada. Supongo que si pierdes un concurso literario te deprimes. Te sientes defraudado. Incluso puede que sufras de envidia hacia un ganador. Pensarás que lo tuyo, lo tuyo, debe ser otra cosa. O quizá es que hubo fraude.

¿Qué piensas, Chomsky?. El perro movió la cola. ¿No será mejor nutrir la creatividad del artista de otro modo? Chomsky tardó en contestar. La revolución debía ser parte del orden social, dijo al fin. Más que reconocimientos y premios vacíos, necesitamos pasión, vitalidad, queremos un mundo sin leyes, espacios creativos verdaderamente libres. Si realmente queremos promover el arte o incluso una existencia auténtica, debemos encontrarnos continuamente con nuevas formas de vida, re-inventarnos. Martín Buber hubiera dicho que cada ser humano representa algo nuevo que jamás ha existido antes. El escritor se detuvo a contemplar un árbol de jinicuil torcido. Su perro se acercó a olfatearlo. Ambos suspiraron al mismo tiempo. El camino se hacía largo. Ya

estaban viejos. Había papel y tinta en la máquina de escribir. Había café, había tiempo.

\*

Cuando volvieron a casa, el escritor rascó la cabeza de Chomsky. Buscó en su bolsillo los premios. El perro se sentó obediente a su lado. Desde la ventana, Caletín los miró con aire reprobador. Otra vez, el humano premiaba al perro con una croqueta. Patéticos, pensó el gato, mientras buscaba su sitio en el sol.



## Tanto libro y yo sin lentes

EDUARDO ABRAHAM DÍAZ PÉREZ

¿Sirve de algo ganar un concurso literario? Nuestro país no se caracteriza por su destacada cultura de lectores. En los medios se quejan de que, a nivel mundial, nuestros estudiantes obtienen pésimos resultados en lectura de comprensión y matemáticas; las bibliotecas suelen ser lugares agradables para escapar de las multitudes cotidianas, espacios tan importantes como la Biblioteca Vasconcelos, se han vuelto recintos donde los adolescentes ensayan sus coreografías de «K-pop» a sabiendas de que ahí no molestan a nadie, pues no hay nadie a quién molestar; cada que les pregunto a mis alumnos si leyeron algo interesante el fin de semana, la mayoría responde que sólo lo que les pidió el maestro de literatura, y además lo hicieron de mala gana, porque ellos hubieran preferido invertir su tiempo en actividades más «agradables» que la lectura. En este contexto de crisis de lectores, cada año se publican decenas de convocatorias de concursos literarios donde, paradójicamente, se reciben cientos o miles de trabajos que pugnan por ganar dichos concursos.



Quizá podríamos pensar que el éxito de una convocatoria radica en los atractivos premios, sumas de dinero tan elevadas que podrías dedicarte a escribir sin presiones económicas por el resto de tu vida; pero la realidad es otra. Los premios son, en el mejor de los casos, escuetos. A veces uno manda sus trabajos a concursos donde la única promesa es la publicación de la obra en formato físico. Y aún así, los convocantes reciben cantidades ingentes de textos que deben revisar y dictaminar para determinar qué autor emergente formará parte de su colección.

No sé cómo se viva en el resto del país, pero al menos en la ajetreada Ciudad de México pareciera que no existe la noción de tiempo libre. En la sociedad de la información, nuestro tiempo es el recurso más valioso, y las redes sociales harán todo lo posible por acapararlo. Su estrategia más fructífera es la de ofrecernos facilidad cognitiva. Leer *La guerra y la paz* en el transporte público es muy complicado, porque la lectura requiere no sólo tiempo, también concentración, dedicación, esfuerzo; en cambio hacer todo el recorrido del metro viendo «Reels» de quince segundos es más fácil y cómodo. De esta forma, en veinte minutos de viaje, puedo conocer todas las tendencias de moda y enterarme de lo que sucede en la farándula «tiktokera» con solo un movimiento de dedo pulgar, mientras que no me bastaría la vida entera para leer todos los libros de moda que se publicaron el mes pasado tan solo en idioma español, eso sin contar la inversión económica que tendría que hacer para llevarme un ejemplar de cada uno de los títulos que coronan la mesa de novedades de mi librería favorita.

Bajo estas circunstancias, es casi obvio que nadie esté dispuesto a experimentar con la lectura. El ejercicio de en-

trar a una biblioteca, perderse entre los pasillos, elegir un libro al azar y disfrutar de la sorpresa se vuelve inviable en el contexto en el que, si bien me va, puedo dedicar una hora al día a mi lectura recreativa. Por lo tanto, no tengo tiempo que perder con escritores mediocres y textos basura. Mi tiempo es valioso, y quiero asegurarme de que leeré algo tan valioso como mi tiempo incluso antes de empezar a leer. Quiero aproximarme al libro con la certeza de que esa, y no ninguna otra, es la lectura correcta a la que le dedicaré la siguiente semana, o el siguiente mes, porque la lectura no es un evento fortuito. Leer una novela extensa implica que dejaré de ver películas y series, dejaré de jugar videojuegos, puede que incluso deje de ir a reuniones, o a museos, o que me perderé de los «trends» de la semana por dedicarle mi atención a un único texto. Por ello, debo tener la seguridad de que el libro en el que invertiré mi tiempo (y mi dinero) es «La Novela» que cambiará mi vida para siempre.

Pero estoy buscando quimeras. Gabriel Zaid afirma que, si leyera un libro diario, estaría dejando de leer otros cuatro mil que se publicaron ese mismo día. Mi promedio de lectura es por mucho menor que un libro a la semana, así que selecciono un título de entre los casi treinta mil que tengo para elegir de reciente creación y creo que estoy tomando la mejor decisión basado en... pues en nada concreto, ante una oferta tan avasalladora, mi criterio será siempre pobre y parcial. Y esa cantidad tan exuberante que menciona Zaid son solo de títulos publicados, no está contando todos los demás ejemplares que, por alguna razón u otra, no llegaron a ver la luz de la publicación.

Porque, seamos sinceros, así como cuando tenemos una enfermedad acudimos al doctor esperando que él tenga idea

de lo que está haciendo (pues para eso estudió) y confiamos casi ciegamente en que las recomendaciones y medicamentos que nos prescribe servirán para mejorarnos; de la misma forma confiamos en que los editores son la criba que filtrará todos los textos poco valiosos y nos entregarán únicamente productos de la mejor calidad para que no tengamos que preocuparnos por una mala elección. Sin embargo, la analogía no es tan precisa. No quisiera hablar desde la ignorancia, pero me parece que en el mundo hay más aspirantes a escritor que enfermedades, y también me parece que en el mundo se titula más gente de medicina que de producción editorial. Así que, ¿no les estaremos cargando la mano a los editores? Además, ¿quién nos garantiza que el editor y yo, lector, partimos de los mismos criterios para determinar qué es una buena obra literaria?

Un buen escritor requiere tener talento y disciplina. Pero también precisa, como diría Virginia Woolf «una habitación propia», esto es, independencia económica y tiempo. Porque las grandes novelas que nos mantienen en vilo, los poemas que nos remueven las entrañas, los cuentos que nos sorprenden y los ensayos que nos vuelan la cabeza, lograron su cometido gracias a que el autor ha dominado y perfeccionado su técnica, lo que no resulta ni fácil ni barato. Por otro lado, un éxito de ventas necesita una sólida máquina publicitaria que lo sostenga, pero también un estudio que garantice su inserción en el mercado. Y aunque ambas cosas no están peleadas, es poco frecuente encontrar obras literarias de calidad que a su vez se conviertan en éxitos de venta.

Entonces, ¿quién descubrirá al próximo prodigio de las letras mexicanas? El mismo Zaid menciona que la tendencia en la actualidad se vuelca en buscar atención, no en otorgarla.

Queremos que nos lean, pero no queremos leer a los demás. Sin embargo, la competencia por la búsqueda de atención es encarnizada. Los autores consagrados cuentan con una relación simbiótica con su casa editorial que sostendrá su club de «fans». Los autores emergentes se juntan con otros autores emergentes para «prestarse» lectores. Forman círculos, se recomiendan entre sí en las redes sociales, buscan espacios de publicación en editoriales también emergentes y buscan a toda costa obtener la visibilidad necesaria.

Escribimos porque queremos ser leídos pero las circunstancias nos exigen compradores, no lectores. A nivel económico es mucho más rentable para una editorial (y también para un escritor) publicar textos que se vendan como pan caliente, aunque se queden retractilados para siempre en el librero. Un libro que no encuentra lector es un evento muy triste, hasta digno de escribir una historia al respecto, pero uno que no encuentra comprador, es catastrófico. El reclamo genuino que hace Fernanda Melchor en el que dice, palabras más palabras menos, «regalen las nalgas, no mis libros en pdf», da muestra de la complicada relación que existen entre ser lector y ser comprador. Pensar que no merezco leer a Melchor porque no puedo costear sus libros nos lleva a terrenos fangosos y todavía no estudiados con la seriedad debida. Por otro lado, si solo las clases sociales acomodadas pueden leer a ciertos autores, entonces quizá las obras literarias no tendrán el alcance prospectado, serán proyectos deficitarios y no se publicarán, por muy buenos que sean.

En la industria editorial, al menos en la que concierne a la literatura, el nombre del autor pesa. La diferencia entre el éxito de ventas y el fracaso editorial puede estar en que el texto venga firmado por Rowling o por Díaz, independientemente

del contenido del mismo. Y es aquí donde los concursos literarios juegan un papel importante dentro de la industria.

Aunque sea la misma obra, no tiene el mismo impacto cuando nos la presentan escrita por Rodrigo Pérez, que por el premio nacional de esto, o de aquello. De alguna manera, el hecho de que un autor se haya hecho acreedor a un premio literario, implica que es un buen escritor, porque fue dictaminado por un grupo de expertos y fue seleccionado porque dichos expertos encontraron rasgos destacables en su obra. Además, en un mundo ideal, un concurso literario lo gana una obra, no un autor, es decir, si todo funciona adecuadamente, los jueces van a leer un texto sin saber de quién es, lo que, de alguna manera, evita la influencia del nombre. Alguna vez la editora de una revista literaria comentó que esta técnica de dictaminado a doble ciego (como se le conoce), tiene una sola desventaja: según ella el problema es que a veces rechazan textos de «vacas sagradas» de la literatura.

Esa experiencia evidencia cómo el renombre del autor suele tener más peso al momento de tomar decisiones editoriales que la misma calidad de la obra. La paradoja radica en que, para hacerse de un renombre en el mundo de la literatura, la senda de los concursos suele ser la más transitada. Los escritores buscan acumular premios como si fueran títulos nobiliarios, pues, de alguna manera, sí lo son. Y el sistema funciona medianamente bien: mi obra es juzgada a doble ciego por un jurado dictaminador que determina que soy merecedor de un premio literario, mi reputación sube de nivel, mi nombre se vuelve un poco más atractivo para las editoriales, y el proceso se repite una y otra vez, hasta que logre firmar un contrato con *Penguin Random House* y... final feliz, ¿no?

Pero, ¿qué tan fácil es perder un concurso literario? Supongamos que el sistema funciona de forma ideal, porque me gusta ser idealista y pensar que los premios literarios son color de rosa y que todo el proceso se lleva bajo una completa transparencia y honestidad: tengo fe en el sistema. Ahora, la cuestión es que, incluso bajo esos supuestos, los criterios de calidad al momento de juzgar una obra literaria distan mucho de un convocante a otro.

En la última convocatoria que revisé para un premio de ensayo literario, la convocatoria recomienda que, antes de mandar un ensayo de tema libre, primero te familiarices con el tipo de contenido que suele publicar la revista, lo que amén de parecer cínico, me parece muy honesto por parte de la institución convocante. «No importa que tan bueno sea tu ensayo, si no se ciñe a nuestros criterios editoriales, no lo publicaremos», puede leerse entre líneas. Y eso nos devuelve al problema inicial. ¿Gana premios la propuesta más innovadora? Sí, claro, siempre y cuando la institución convocante publique obras innovadoras.

Ganar o perder un concurso literario también está relacionado con cubrir los criterios necesarios para dicho concurso. El mismo texto que fue rechazado en decenas de concursos puede ser el primer lugar en uno en específico. ¿Y eso está mal? *Per se*, no. Pero antes de que alguien tome en cuenta mi estilo críptico de poesía dinámica juglaresca *undergroud*, requiero un renombre que me diferencie del resto de poetas que también quieren que sus estilos particulares sean tomados en serio. Pero si ya es difícil encontrar personas interesadas en leer novelas breves o antologías de cuentos, hallar personas genuinamente interesadas en leer poesía es una tarea casi

imposible, el mismo Zaid dice que ni siquiera los poetas leen poesía si no se les obliga a ello.

De esa forma, el escritor se convierte en una especie de mercenario que escribe para ganar un concurso. Y será así hasta que su nombre le otorgue el derecho de escribir lo que quiera y como quiera, y será socialmente reconocido y venerado como el gran escritor que es: «Señor Vargas, pase por aquí», «Señor Vargas, ¿me firma mi ejemplar?», «Señor Vargas, ¿me puedo tomar una foto con usted?». Y entonces ya dejará de importar lo que se escriba, los consumidores están garantizados. Los lectores, por otra parte...

Lo cierto es que se necesita un punto de partida. Yo mismo, por ejemplo, no formaría parte de esta antología si no me hubieran galardonado con un premio literario. Pero tampoco recuerdo cuál fue el último libro que disfruté de manera genuina, sin tener idea de quién era el autor. No recuerdo la última vez que tomé un libro al azar de una librería y al hojearlo quedé prendado de las palabras, porque el tiempo es finito y al igual que todos, debo seleccionar con cuidado mis lecturas antes de comenzarlas, no vaya a ser que termine elogiando a un autor sin renombre, o criticando severamente a uno renombrado, porque eso pondría en tela de juicio mi capacidad como crítico literario, ¿cierto? ¿Cierto?

Ante la ingente oferta a la que podemos acceder, sí, los premios literarios pueden ser un buen criterio para comenzar. Pero no son suficientes. Y ante la aplastante globalización tal vez volver la vista a lo local sea una solución viable. Una experiencia de lectura más personal, menos industrializada, podría derivar en una experiencia más placentera. Una experiencia donde no se trate de acumular firmas de los autores que se presentan en las ferias para terminar arrumbando el

libro en el librero y no volverlo a tocar nunca más; sino de compartir vivencias y establecer diálogos genuinos en pequeños círculos de lectura donde pudiera participar el autor del texto. Porque el texto necesita lectores, no aduladores. Y el mejor premio literario que puede recibir un autor, es una crítica que demuestre que el público realmente está leyendo su obra. Sí, el consumidor es útil, pero el lector es realmente entrañable.





## De premiología y otras vanidades

MAURICIO CARRERA

*Sin premio, cosa injusta me parece  
perder el tiempo, encanecer temprano...*

Lope de Vega

Los premios son tan antiguos como la vanidad misma, como la envidia misma, como el aspiracionismo mismo. De los literarios, la culpa es de los griegos. Cicuta o laureles. Son notorias las rencillas entre sus dramaturgos por haber sido premiados o desdeñados en festivales artísticos. La culpa es del agón, o práctica del espíritu competitivo. Harold Bloom, cuyo canon occidental es imperialista y blanco, retomó el término para hablar del agón como la lucha literaria que se produce entre el joven escritor y sus predecesores. Una contienda donde el ego y el talento (o la falta de él) se juntan para creerse merecedores del aplauso, del galardón, del premio en efectivo, de la gloria efímera o la inmortalidad literaria.

Somos un gremio de procesos creativos, de dudas, de precariedades varias, de mafias y rencillas, y de vivaz urgencia de reconocimiento. Ni los más grandes se salvan. El narcisi-

sismo de creer que se es mejor que los otros. Recordemos los enconos entre escritores de la talla de Quevedo, Góngora y Lope de Vega. «Éste, que siendo solamente cero», le llama Quevedo a Góngora, «éste, en quien hoy los pedos son sirenas». Góngora, más cabrón que bonito, revira y le nombra Quebebo por su afición a la bebida, se burla de su cojera y le llama Anacreonte español, por los amores homosexuales que el poeta griego tuvo con un guapo muchacho. El propio Góngora, ya entrado en gastos, considera a Lope de Vega uno de los «Patos de la aguachirle castellana». Habrase visto: los tres más grandes poetas del siglo de oro y en vanidosa disputa por colocarse encima de sus contemporáneos. Todos, de lo más talentoso (insuperables aún en nuestro tiempo), pero a sus ojos sólo uno tenía méritos o genio (el rotundo ego que tanto desdeñan los budistas); los otros, simple y llana mediocridad. De eso mismo escribió Miguel de Cervantes en su *Viaje del Parnaso* (1614), donde se libra una batalla épica en verso para que los poetas mayores defiendan el Monte Parnaso —la morada simbólica de la Poesía y las musas— de los poetitas, de los poetastros, de esos que tanto abundan (crecen hasta por debajo de las piedras), de los poetas menores.

El propio Cervantes, tan maltrecho de brazo pero tan genio, no fue ajeno a las zozobras de la veleidad, tampoco a probar su suerte en los certámenes literarios. Todo parece indicar que en 1595, a sus 48 años, participó en un concurso para elegir al mejor poema dedicado a San Jacinto. Hay quien dice que lo ganó, hay quien afirma lo contrario. Lo cierto es que Cervantes no fue ajeno a los avatares de las justas contra otros escritores. Prueba de ello es su famosa diatriba donde pone en duda la manera de otorgarse los galardones

literarios. Esto aconseja en el capítulo XVIII de la segunda parte del Quijote:

[...] procure vuesa merced llevar el segundo premio; que el primero siempre se lleva el favor o la gran calidad de la persona; el segundo se lo lleva la mera justicia; y el tercero viene a ser segundo, y el primero, a esta cuenta, será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades.

Gran crítica, donde sin decirlo habla de la mano negra, del favoritismo, del chanchullo, de la poca estimación que le tenía a los certámenes literarios. O de sus rencores por no haber sido el galardonado, porque no obstante su entendida o prejuiciada opinión, Cervantes sabía que ganar era lo más importante. Escribió: «Pero, con todo esto, gran personaje es el nombre de *primero*». Traducido a nuestros tiempos: nadie recuerda a los segundos lugares, a los finalistas, a los ya merito.

### **¿Para qué se concursa? ¿Para qué se escribe?**

En su *Ars poeticae 4*, el peruano Antonio Cisneros escribe (¡en inglés!) un poema a la manera de John Berryman, que dice (en versión de Édgar Trevizo):

Un hombre quiere ganar un premio  
para que lo quieran sus amigos.  
El premio se obtiene.

¿Para qué se concursa? Si no es por vanidad, por carencias económicas, por ambición, por iniciar con el pie derecho una carrera literaria; para cimentarla, para impulsar el talento propio, para hacernos creer que vamos en el camino correc-

to, para tener confianza en nuestra obra; por el prestigio del premio, por querer ser aplaudido, admirado, querido; para qué más, si no es para todo lo anterior y para que nos quieran nuestros amigos, nuestras parejas, nuestra familia; para que nos odien más nuestros enemigos; si no es por eso, ¿para qué?

Pessoa afirmaba: escribo para que me crean sublime.

Garibay, tan grande, tan egocéntrico, decía que escribía para menguar el resentimiento contra la gente tan vacía de alma.

El gran Amos Oz no ocultaba la deuda que tenía con su madre. Si escribía, era para ella. Si ganaba premios que reconocían el valor de su literatura, era para ella. Su madre se había suicidado cuando él tenía 12 años. Por eso en su obra persiste una gran razón de vida y de ejercicio continuo de la palabra; también, de tener coraje —eso significa oz en hebreo— para mantener la lucha cotidiana, en su caso (en nuestro caso) la de vivir y la de escribir novelas, cuentos, poesía.

¿Uno para qué escribe? Se debe responder esa pregunta, si no con una respuesta concreta, con obra, con un cuento tras otro, con una novela tras otra, con un ensayo tras otro, con la perseverancia de una pasión acaso inútil que algún día nos llevará a firmar libros (o no), a que alguien subraye lo que escribimos (o no), a ser admirados (o no), a que nos homenajeen (o no), a ganar uno o varios premios (o no).

El poeta Antonio Cisneros sabía que los premios sirven, si bien no lo son todo, porque en el mundo existe la envidia, el resentimiento ante el triunfo ajeno. Para que alguien gane, alguien perderá. Por eso hace notar:

Un hombre quiere perder el premio  
Para ser amado por sus amigos.

Claro, a final de cuentas los premios sirven y hay que soñarlos, desearlos, concursarlos, obtenerlos:

El premio no se olvida,  
El libro sigue en venta.

Por eso, he aquí el primer consejo, hay que escribir y escribir, plasmar una cosmovisión, joderse en eso de dobligar las palabras, acariciarlas, amarlas, maldecirlas, hacerlas lo más que se pueda a nuestro antojo. Hay que escribir para uno mismo, en principio (y al final). No pensar en la Literatura sino en mi (nuestra) literatura. No escribir para concursar, escribir para hacer más soportable la vida.

### **Me niegan los premios**

Hay grandes escritores sin premios. Uno de ellos, Ricardo Garibay. Ganó varios, algunos internacionales. En México no recibió ningún premio importante y se los merecía. Lo ningunearon, acaso por su soberbia tan característica, el papá de los pollitos, el tarzán, la última cocacola en el desierto de la literatura mexicana. Escribió: «No soy nada, nunca me han dado nada, y los jurados, no nos podemos hacer locos, son más o menos los mismos de siempre. Son contemporáneos míos, bastardos que no me perdonan la independencia o la valentía o la altivez varonil, esto no me lo perdonan».

¡La altivez varonil! ¡Con sus batas japonesas! Le gustaba mucho el sonido y contenido de esa palabra: viril. Llegó a competir en los guantes de oro y era bueno para las querellas verbales o físicas. Combinó buen oído con buena pluma para crear una obra literaria indispensable, valiosa. Se diluyó la posibilidad de una obra maestra por ganarse el pan, por ser

el milusos del guion cinematográfico, por el ejercicio de esa prostitución que es el periodismo (Novo *dixit*) y por hacer obras por encargo. ¡Ah, la vida que se interpone con su realidad de dramas, falta de reconocimiento y deudas, a nuestros sueños de triunfo! Hay que comer. Hay que beber. Hay que pagar la renta y mantener una familia. También por eso se concursa. El propio Garibay lo tenía muy claro: «Me hubiera gustado recibir todos los premios; es bueno recibirlos porque es dinero que te entregan para que puedas escribir. Me interesa el dinero. Si no, con qué se vive».

Ganar un premio, es cierto, ayuda a pagar esas minucias llamadas renta, deudas, cobros de luz, teléfono, internet, TV y agua, manutención de los hijos (sólo por un rato, acaso demasiado corto). Pero, además, Garibay lo tenía muy presente: «Un premio nunca está mal porque sirve para comprar tiempo. (...) Dinero que me hace comprar tiempo, seis meses, un año, dos años, para escribir, para aislarme en los libros y en la escritura, no para otra cosa».

Eso, un premio para pagar las deudas que nos ahogan (porque también eso es la vida) o para comprar tiempo de escritura (porque también eso es la búsqueda constante de todo artista).

### **Sísifo en Cuévano**

Gané mi primer concurso literario a los 16 años. Un recuerdo a ratos antediluviano. Lo convocó el periódico *El Nacional* («Concurso semanal de cuento corto», era el nombre, aunque el texto podía ocupar toda la plana), organizado bajo la égida del director de su página cultural, Alberto Dallal (hombre de letras y danza, hoy un tanto olvidado). Desde entonces he ganado (sí, «he ganado», algo que sin querer suena a lo que

rima con fatuo, con vano, con petulante) algo más de una veintena de certámenes, algunos más importantes y otros no tanto.

¿Qué me motivó en ese momento de barros y espinillas, dudas existenciales y sueños adolescentes, a concursar? Probar suerte, creer que mi texto valía la pena y verlo impreso en un periódico. Otras épocas. El libro y el periódico se aposentaban con actitud reinante en la galaxia Gutenberg de la literatura. ¡Publicar en un suplemento cultural! Ser leído por quienes importaban (los muy pocos de siempre), compartir páginas con quienes admiraba (los muy pocos de siempre). Tiene razón Mariana Enríquez cuando dice que antes de esta etapa conocida como el hoy (es decir esta vaguedad entre el ayer y el mañana que no existen), el ejemplo a seguir era García Márquez (y Carlos Fuentes y Cortázar y Mario Vargas Llosa, yo añadiría) y ahora es Roberto Bolaño. Hemos pasado del boom colectivo al infrarrealismo individualista, de la solidez y eternidad de ciertos mitos de escritores (y escritoras), a la vida líquida, efímera y tan llena de redes sociales. Ahora cualquiera se puede proclamar escritor o escritora: basta con publicar («subir», se dice) en las cientos de revistas electrónicas, o participar en cientos de ferias del libro (la mayoría patito) que ahora pululan en todo el mundo, de manera virtual. Publico mis textos en Facebook o X, luego existo. Me monto a las modas literarias, luego existo.

Hay que ser modernos, como advertía Rimbaud, y tal vez hablo desde la nostalgia de mis batallas en principio adolescentes, pero son y han sido otros mis parámetros (cada vez más inalcanzables). Benditas redes sociales, malditas redes sociales.

Fui de los que pasé de la máquina de escribir a la computadora. En máquina de escribir tecleé ese primer cuento



ganador de un concurso, y vendrían otros cuentos, ensayos, novelas, obras de teatro y reportajes ganadores, escritos a mano o directos a máquinas mecánicas o electrónicas. Mi reputación me precede hasta convertirse en un chascarillo: «Es quien más premios literarios ha ganado». «Si quieres ganar un concurso, pregunta antes si él participa». Por lo mismo, seguido me preguntan cómo ganar concursos literarios. La verdad, aunque pudiera dar la impresión de ser un connotado experto en el tema, no tengo respuesta. O sí, pero es muy simple. Escribo, envío mi texto a concursar, espero como todos el resultado y a ratos gano.

A ratos no.

De hecho, son más los concursos que he perdido.

En comparación, los que he llegado a ganar son pocos.

Escribo y gano, escribo y pierdo, así de sencillo. Lo único cierto: escribo.

Desde los 16 años, desde que publiqué mi primer cuento, a los sesentaitantos que ahora tengo (con excepción de un par de crisis vocacionales poco duraderas), no he dejado de escribir. A los 16 años publiqué muchos cuentos por aquí y por allá, y entre ellos «La espera», ganador de ese concurso de El Nacional, que no he de rescatar del cementerio hemerográfico en que se encuentra. De ahí en adelante la suerte me ha acompañado. Digo suerte y lo repito como un estribillo. Portero sin suerte no es portero, escritor sin suerte no es escritor. Claro, hay distintos tipos de suerte. Hay quien tiene la suerte de ser hijo de y se le abren las puertas de becas, editoriales, canonjías. Hay quien tiene la suerte de pertenecer a un determinado grupo literario y ser impulsado en su carrera literaria, sin importar si es bueno o mediocre.

Hay quien tiene la suerte de nacer bajo buena estrella y lo que sea que escriban, así sean libros de alcance impopular, serán un éxito, serán ungidos por grandes figuras literarias, ganarán reconocimiento, traducciones y premios sin demasiado esfuerzo, debido a una especie de divina casualidad o de milagrosa estadística. Hay quien tiene la suerte de entrar a una buena editorial por las razones que sean, y bueno o malo (buena o mala), gozarán de nombre, porque estarán sus alteros de libros en todas las librerías, lo que de entrada otorga visibilidad, lo mejor que le puede pasar a quien escribe. No hay que confiar mucho en todos los escritores o escritoras que publican en editoriales «de renombre», pues hay bueno y malo, excelente y mediocre. Hay que recordar que las grandes editoriales son grandes empresas y que su negocio es vender libros, no necesariamente buena literatura.

Yo (sin mecenas, padrinazgos, mafias, chanchullos) he tenido la suerte de ganar concursos. Es mi sino, si bien a ratos hay sequías donde los galardones no aparecen, por más que se escriba, por más que se concurse. En mi caso, participo en certámenes por tres razones básicas. Las dos primeras son literarias: por reconocimiento; también, por reafirmar en mí mismo algo que es muy abstracto: la valía de mis textos (voy por buen camino en lo que escribo, hay que darse la palmadita al vapuleado ego). La tercera razón es económica: el monto en dinero sirve para comprar tiempo (Garibay *dixit*, Carrera *dixit*), para pagar deudas cotidianas (a la casera, al del gas, al de la vinatería).

He gozado de los pequeños triunfos de recibir un premio, que son efímeros. El aplauso pasa pronto, el dinero se gasta rápido. Ser (otra vez el chascarrillo) el escritor con más premios recibidos (falta ver si en verdad es cierto) tiene una

gran desventaja: no ser conocido. Es decir, mis obras han sido reconocidas por jurados de calidad, pero se conocen poco, circulan nada. Sucede que muchos premios a nivel nacional traen consigo la publicación del texto ganador. Qué bueno, porque uno se ahorra tocar puertas en editoriales para sufrir rechazos o para escuchar que la obra en cuestión (si el programa editorial lo permite) podría ser publicada en tres años. Qué malo, porque la publicación ocurre de manera local. El libro no se distribuye, no llega a las grandes cadenas de librerías, no es visible. Esto lo supieron bien los escritores de El Panteón (Eduardo Antonio Parra, Hugo Valdés, David Toscana, Antonio Ramos Revillas), quienes decidieron no publicar en editoriales pequeñas o independientes del norte sino en editoriales comerciales de renombre, para ser vistos, reconocidos, leídos. No se equivocaron. Insisto, el talento (si existe) debe ser visibilizado o se pierde en una maraña de pasiones y esfuerzos literarios que parecen inútiles. Sísifo en Cuévano.

Si quieres ganar un concurso, la localía de las publicaciones puede ser una gran desventaja.

### **El ogro filantrópico, a regañadientes**

Si hay demasiados libros, no hay suficientes concursos, no hay suficientes premios. Los gobernantes en turno (que son los de siempre, sólo que disfrazados), se saben al dedillo aquello de Goebbels («Escucho la palabra cultura y me dan ganas de sacar la pistola») y la cultura es la última de sus prioridades. Las artes no les importan, la literatura mucho menos. Si aún existen concursos convocados por instituciones federales o estatales, es más por la tozudez de algunos funcionarios, que se ponen la camiseta de lo cultural y de-

fienden un premio por su prestigio, tradición o porque sí, y no por las bondades gubernamentales. ¿Para qué dar cien mil pesos (que no es nada para el PBI, que lo es todo para un autor/autora) al trabajo ganador de un escritor o una escritora si existen otras prioridades, como resolver el apremiante problema de la pobreza que sufre nuestro país? Pretextos, muchos. La cultura como hermana fea. El ogro filantrópico (el Estado hecho gobierno) que a regañadientes otorga presupuestos cada vez más recortados, porque los artistas no importan. ¿Cómo medir el impacto del arte? ¿Cómo medir el impacto de un libro? No es una mercancía cuantificable, no es una estructura de cemento y varilla que pruebe la valía sexenal, la herencia palpable del huey tlatoani. Un libro no puede incluso medirse en términos de ejemplares sino de lo que dejó en el alma (bella palabra) de quien lo haya leído. ¿Es eso algo tangible? No, pero importa. No, pero aunque tarde en manifestarse, ahí puede estar la semilla de algo.

Más premios, más becas, más apoyos. No como dádiva sino como reconocimiento a la creatividad, a la calidad, a la terquedad. Los procesos creativos puestos a prueba en las lides de nuestros pares como jueces. No mafias, no favoritismos, no manos negras, no chanchullos, no influyentismos, no dedazos, no en lo oscurito. Calidad, trayectoria, disciplina, talento.

La empresa privada tampoco se salva. ¿Dónde está el certamen Carlos Slim a las letras, dónde el Harp Helú, dónde la Fundación María Asunción Aramburuzabala para escritores de la tercera edad, dónde las becas Roberto Hernández para jóvenes escritores, dónde el Certamen Nacional de Novela Alberto Bailleres? No hay, no les interesa. Apoyan museos y orquestas porque hay elegancia, fulgor, alcurnia, pasarela de

vanidades. La literatura es el sitio de las verdades incómodas, de la belleza que se sienta en nuestras piernas y la encontramos (y describimos) de los personajes caídos, no de los santos (ni de los blue demons).

### **La necesidad ineludible de reconocimiento, de aplauso, de dinero**

Afirma Jovellanos, no sin desconsuelo: «¡De cuántas dignas obras, ay, privamos/ a la futura edad por una dulce/ pasajera ilusión, por una gloria/ frágil y deleznable, que nos roba/ de otra gloria inmortal el alto premio!»

Sigamos con nuestro sueño de glorias e inmortalidades literarias.

Los concursos, pocos o muchos (nunca demasiados, y más en nuestro país), ahí están. La oferta es muy variada y puede consultarse en una página que se ha convertido en el santo grial entre los cazadores de concursos: la española escritores.org. Ahí se encuentran las convocatorias (de países tan variados como España, México, Cuba, Colombia, Venezuela, Argentina, Chile), con sus bases y fechas límite de entrega. La mayoría (es lo de rigor) pide trabajos inéditos, de cierta extensión, con pseudónimo y que no participen en otros certámenes. El pseudónimo es importante para garantizar ecuanimidad y honestidad. La exclusividad del envío es para evitar que la misma obra sea premiada en otro o varios concursos más o menos simultáneos. Es raro, pero ha sucedido. En México ha habido casos donde el autor o autora en cuestión han tenido que renunciar a uno o ambos premios (entre ellos el muy importante Aguascalientes de poesía, que da medio millón de pesos) por incumplir este requisito. Qué desgracia. Qué coraje. Muchos, claro, se lo pasan por el arco

del triunfo. Son avorazados que creen que por presentar su obra en varios concursos tienen más posibilidad de ganar. La mayoría no gana ni el uno ni el otro. Así las cosas, la necesidad ineludible de reconocimiento, de aplauso, de dinero. (que siempre falta y nunca sobra).

Así, autores noveles y ya avezados participan en las justas nacionales o internacionales, que van desde juegos florales hasta concursos medianos e importantes. Es una lucha desigual, pero quién quita que un joven autor o autora dé el campanazo y gane de manera dividida o unánime. Lo dice Héctor Abad Faciolince: «Cuando uno es un joven con ilusiones, sin dinero y sin editorial, los pequeños premios son una de las oportunidades de salir publicado. Los grandes suelen estar reservados para autores que ya no necesitan ganar premios. Sin embargo, para autores novatos o desconocidos, cuentos, poemas y novelas inéditas encuentran a veces un jurado atento, sin sesgos ni prejuicios, que es capaz de encontrar nuevos talentos».

Participar, es el nombre del juego. Hay que aprenderse esos versos de Lope de Vega cuando escribe «que, como no se usa/ el premio, se acobarda toda musa». Que no se acobarde. Escribir y concursar. Porque la musa nos susurra: para sacarse la lotería, hay que comprar billete; si se quiere ganar un concurso, hay que entrarle con una obra, no con cualquiera, no nada más al ahí se va, sino con una que valga la pena, donde estén metidos alma, corazón, testículos y ovarios, convertidos en letras, versos, historias, musas (o musos) felices.

Ningún concurso es en sí despreciable, y más si contempla un premio en efectivo. Durante muchos años ese buen escritor que fue Herminio Martínez (hoy tan olvidado como será nuestro propio destino de gusanos y desmemoria), fue

conocido por ganar cuanto Juego floral le pusieran enfrente, lo que motivaba admiración pero también desdén. Así como hay que saber escoger las batallas, también hay que saber escoger los concursos. Los mejores son los de mayor prestigio, los de tradición más arraigada, los que todo escritor que se precie quisiera ganar. Claro, son los más difíciles de obtener. Algunos concursos son como ganar el premio gordo, y otros como obtener sólo reintegro.

A propósito de Juegos florales, Carlos Vadillo Buenfil, en su libro de cuentos *Lluvia de noche y otras acanalladas narraciones*, hace mofa de los poetas laureados en versos y en vanidad, esos que se creen la mamá de los pollitos de las letras, «faros de la poesía», que se consideran superiores a cualquier escritor vivo o muerto, y cuyos pechos son anchos para recibir todo tipo de medallas y condecoraciones, por más que su poesía sea anticuada, localista, pequeña, de la-grimita en klínex, barata, sin brillo más que para su ego. Les llama «poetas jardineros», por ganar cuantos Juegos Florales de poesía se les pongan enfrente, o ser merecedores al aplauso universal por ganar el premio al mejor libro que otorga Santa María del Rebozo. Gran crítica, desde la literatura, no desde el rencor de los desposeídos de talento, que esboza Carlos Vadillo Buenfil, a nuestro mundillo literario, no sólo el de los poetas sino el de nosotros, los escritores en general, muchas veces —con premios en concursos o no— con glorias infladas, con envidias golpeadoras y vanidades gozosas en su grandilocuencia o sufrientes en sus envidias o en sus mínimas capacidades narrativas.

Como afirma Gabriel Zaíd: «Se dirá que los mediocres encumbrados no engañan a nadie, porque andan visiblemente desnudos ante los ojos de los buenos lectores. Se dirá que

hasta los buenos críticos se equivocan. Es verdad. Si T. S. Eliot, Edmund Wilson, Xavier Villaurrutia, Octavio Paz y otras inteligencias semejantes votaran por las mejores obras literarias, coincidirían, digamos, en un setenta por ciento. Pero hasta sus diferencias de opinión orientarían al público, por inteligentes y creíbles. «El buen juicio literario no necesita ser unánime para ser justo».

### **Capacidad crítica, honestidad intelectual**

Si no cejamos, si el empeño está en ganar un concurso literario, ¿qué se necesita? Cuestión de calidad y talento, del lado de quien concursa; de gusto y experiencia, del lado de quien juzga. Cuando ambas opciones se conjugan, hay posibilidades. En mi papel de jurado, agregaría otro elemento: honestidad. Es cierto, se desconfía de los premios, en especial cuando no se ganan. La maledicencia del perdedor no conoce límites. Claro, también depende del perdedor. Hay quien se alza de hombros y dice para la otra, hay quien despotrica y cree con fe ciega que hubo amaños, componendas, injusticias, deshonestidades. Doy constancia (mi mano sobre la Biblia, sobre el corazón de la amada, que me caiga un rayo desde el alto cielo de los escritores si miento) de que, en las decenas de certámenes que me han tocado como jurado, sólo una vez sentí que los otros dos que me acompañaban en el acto de juzgar las obras (unos perfectos desconocidos) eligieron a sabiendas la obra de un amigo o amiga. Demasiado mala, demasiado escrita de manera mediocre, y aún así la eligieron, convencidos de ser la mejor de todas. El voto no fue unánime, sino dividido (con el mío en contra), pero al ser mayoría se salieron con la suya. No supe quién ganó, ni me interesó. Quizá exageré y tampoco conocían al ganador/ganadora. Quizá todo fueron



suposiciones mías, basadas en ninguna realidad. No sé. Fue el único caso. De ahí en fuera todos los jurados han y hemos sido muy profesionales, sin visos de querer ayudar a tal o cual obra, si no posee la calidad suficiente.

Confiar en los premios y quienes los deciden, he ahí una buena premisa. Si no, para qué participar.

En mi caso, en mi labor como jurado de algún certamen, a ratos he reconocido la obra inédita de algún tallerista, de algún amigo o amiga dedicados a las letras. No han recibido el premio. Había obras mejores, no se lo merecían. Opté por no impulsar su obra, por no premiarlas, por no convencer a los otros jurados de hacerlo. No por mala onda. Es una cuestión de principios, de ética elemental. Si fueran las mejores de entre las presentadas, no tendría ningún empacho (previa charla con mis pares, para no caer en un conflicto de intereses) y sólo merecerían el premio si hubiera una coincidencia absoluta, incontestable, unánime. No ha sido así. Otra anécdota, algo rijosa, que ilustra ese código de conducta. Omito los nombres. En alguna charla, un buen escritor aludió a la obra que escribía, con un cierto tema en particular. Al leer las obras presentadas al concurso, ahí se encontraba la suya. Era el mismo tema, sólo que tratado de manera burda, incompleta, como si se tratara más de un borrador (apresurado tal vez por la fecha de cierre). Su obra no merecía ser premiada, con todo y su alcurnia narradora. Se eligió otra obra, mejor escrita, con un tema muy interesante y poco usado en nuestras letras mexicanas. La cuestión no terminó ahí. El escritor en cuestión, al enterarse que yo había sido jurado, creyó que no lo había premiado por cabrón, por hacerle la maldad, por mala leche. Se corrió la voz, sus amistades me reclamaron y hubo quien me retó a golpes (otro

peso pesado, como yo). La obra era mala, pésima, fue mi sola verdad, mi único argumento. Por un buen rato sufrí la ley del hielo y el ostracismo por parte de un grupo de queridos escritores. Ni modo, es mi consigna y me apego a ella: la de no premiar por amistad o afinidades selectivas sino por la calidad inherente a una obra. No puedo entender la labor de jurado de otro modo. Escoger la mejor obra a nuestro leal saber entender, a nuestra sensibilidad creadora, a nuestra capacidad crítica, a nuestra honestidad intelectual.

Me ha tocado, eso sí, tras la deliberación y darse a conocer el resultado, que el premio ha sido obtenido por algún conocido o conocida, sin que haya mediado el chanchullo, la complicidad o la contumacia. Cuando te toca te toca, y cuando no, no. Ley de vida y del azaroso mundo de los concursos.

Confiar en los premios, sí; no en todos. Hay concursos de grandes casas editoriales que llaman a duda, a suspicacia. Hay concursos que sólo premian autores que han publicado antes en ese sello editorial. Hay otros que premian autores best-sellers o de renombre. Es lógico. El monto del premio es enorme, así que deben recuperar su inversión. Se buscan autores mediáticos, famosos, de ventas aseguradas. Si tú no eres de esos, no participes, no te hagas falsas ilusiones, desconfía.

### **Una injusticia irremediable**

Decía Góngora: «y así es mi fruto/ llorar sin premio y suspirar en vano». No se refería a un premio literario, pero como si lo fuera. Muchos son los llamados y pocos los elegidos. Igual sucede con la literatura. Vuelvo a Gabriel Zaíd, quien lo dice de manera inmejorable:

Una injusticia irremediable está en el sufrimiento de los que sienten el llamado a las letras, pero no logran escribir algo importante. ¿Por qué las musas despiertan el deseo, y luego se resisten? Hay algo triste en los amores no correspondidos. Pero qué se va a hacer. Muchos son los llamados a la dicha de lo bien dicho y pocos los afortunados con ese encuentro feliz. Hasta los afortunados pueden acabar fuera del paraíso. No hay leyes ni cuidados que puedan reparar esa injusticia.

La literatura es gozo y sufrimiento. Se requiere del aplauso y a veces no llega. De las traducciones y de la publicación a nivel mundial, y a ratos no llega. Parecernos a quienes admiramos, y nos quedamos cortos. Ganar concursos y los ganan otros.

Nuestro tema es este último, en la vastas planicies de nuestra enana República de las letras. Ahí hay de todo. Padri nazgos, mafias, relaciones públicas, acostones, regionalismos, que también cuentan a la hora de publicar, de abrirse puertas. Hay quien, como yo, confía en la propia obra, los cuentos, novelas y poemas que se abren paso por sí solos. Llámenme ingenuo. Por eso están los concursos, una manera de probarse, de triunfar bajo el cobijo de lo anónimo: la obra que habla por sí misma, sin aderezos extraliterarios.

En estos tiempos donde cada concurso recibe un promedio mínimo de 200 trabajos y un máximo de 800, se hace cada vez más difícil resultar ganador. Demasiada competencia. Demasiada mediocridad, demasiado bosque que no permite ver el árbol. En mi experiencia como jurado, sólo un pequeño porcentaje de las obras presentadas a concurso merecen el premio. De 200 trabajos, quizá haya tres o cinco; de entre 800, tal vez diez, tal vez 15. Lo demás, no. Así de triste, así de tajante. Muchos son los llamados al reino de la literatura, pocos los que saben escribir, no redactar, narrar,

no contar, hacer poemas, no versitos. Llámenme cruel. O engreído. Así es esto de los concursos. Asumamos esta realidad y hagamos algo al respecto.

Cejar en nuestro empeño o escribir cada vez mejor. Y si es esto último, tener además paciencia, disciplina, autoestima, resistencia ante la frustración.

### **Decálogo de los concursos literarios**

Aventuremos estas premisas:

1.- Si concursas, cree con firmeza que puedes ser el ganador.

Si dudas, si no estás seguro, si tu obra te parece chiquita, si te da miedo el qué dirán, si aún te falta mucho por aprender como escritor/escritora, si se te nota mucho lo primerizo, si crees que la trama no es tan buena, que te faltó algo para llevarla a buen término, si te cuestionas demasiado tu valía, mejor no lo hagas. Hay mucha mediocridad en los concursos. Por eso se inscriben 400, 500 obras. Demasiada paja.

2.- Si redactas mejor de lo que escribes, aprende a escribir, después concursas.

Una cosa es tener habilidades de redacción y otra narrar de una manera atractiva, poderosa, convincente. Dice Amparo Dávila: «Hay textos técnicamente bien escritos, pero que nacen muertos: no quedan en la memoria de quien los lee». No sustituyas habilidades técnicas de redacción por el duro oficio de escritor, que va más allá de un texto impecable y se sumerge en las profundidades de la condición humana.

3.- Si no redactas bien, si tu ortografía es pésima, si no sabes construir frases bellas, escuetas y sin mácula en cuanto a su sintaxis, su fuerza narrativa, no concursas. Es cierto,

Joseph Conrad escribía con faltas de ortografía y es uno de los grandes escritores de todos los tiempos, pero su lengua materna no era la inglesa y sus editores suplían esos errores. En los concursos las faltas de ortografía, las carencias sintácticas —cuando no lleven una intención narrativa— son señales de alerta, pues denotan un autor descuidado, una autora a la que le faltan habilidades, y son trabajos que se descartan con facilidad.

4.- No te pongas sentimental ni cursi a la hora de poner tus dedicatorias. Si pones «Gracias a mis padres que me dieron la vida y por ellos soy todo lo que soy», o «Este libro está dedicado a quienes creyeron en mí y me han impulsado en mi carrera como escritor, que inicia con este libro que ahora ofrezco a los cultos lectores», empezamos mal. De seguro, todo el libro —novela, cuento, poesía o ensayo— está escrito en el mismo tenor, grandilocuente y pusilánime, y no augura una buena lectura. Mejor no se lo dediques a nadie. Conserva tus dedicatorias para la eventual y afortunada publicación de tu libro.

5.- No insertes fotografías, dibujitos, ni entregues el libro escrito en hojas amartilladas. Despójate de esos vicios escolares. No se trata de sacar diez o de obtener una estrellita en la frente. Nada de eso ayuda a hacer más atractivo lo que sometamos a un concurso. Al contrario, lo demerita. Lo importante es lo que está escrito, no si hay pajaritos, venaditos, colores, fotografías. La ternura y la ingenuidad no ganan concursos.

6.- No concurses con trabajos que copien el estilo de otros, otras. García Márquez sólo puede haber uno. Cortázar sólo puede haber uno. Clarice Lispector sólo puede haber una. ¡Y lo hicieron mejor! Dice Óscar Wilde: «No quieras ser otro, porque los demás ya están ocupados». No remedies,

no copies. Crea tu propio estilo. Los concursos están llenos de libros con ecos garciamarquianos, rulfianos, woolfianos, salingerianos, a lo Bolaño, etcétera. Ya chole.

7.- Si vas a concursar, cree que el concurso es de buena ley, que no hay recomendados ni consignas de quién ha de ganar, que los jurados son honestos y dictaminarán al ganador o ganadora conforme a su leal saber y entender, sin mano negra ni ayudaditas a los cuates o cuatas. Confía. Si crees que los concursos están amañados (y más cuando te enteras que no ganaste), no participes.

8.- No ganarás, hazte a esa idea. Desear ganar, desearlo con todo el alma, no ayuda. En los concursos no hay ley de la atracción, decretos de sueños convertidos en realidades o pensamientos mágicos que harán de ti el seguro ganador. No sirve prender velas o hacer rituales. Para ganar intervienen muchos factores: quiénes son los jurados, cuántas obras se presentaron, qué tanta calidad o no haya en los otros trabajos. Ganar es tener talento acompañado de un golpe de suerte.

9.- Si el premio es para ti, lo obtendrás, no importa si llueva o truene, si te pones o te quitas. Tú preocúpate por escribir mejor, por escribir un buen libro, el más grande de todos. Nos hemos olvidado de las obras maestras, que llevan tiempo, a cambio del aplauso inmediato, de las obras que siguen las modas editoriales. Además de concursos, también hay que buscar ganar (aunque te sonrojes y te apene decirlo) la inmortalidad.

10.- Cuando ganes un premio literario, acéptalo. No eres Sartre ni Woody Allen. Tampoco saques el rebozo o la bandera del síndrome del impostor. Ganaste. Goza ese momento, emborráchate, créete chingón o chingona, sé feliz porque

entre muchísimos textos eligieron el tuyo, gasta el dinero que te den como te plazca y cacarea tu triunfo a los cuatro vientos (hoy llamadas las redes sociales). Sólo recuerda: el dinero se va rápido, toda gloria es efímera y debes mantenerte en la escritura de una nueva obra. Un solo libro (un solo concurso) no hace verano.

## Hay más cosas en el mundo que las soñadas por tu cinta métrica

ADRIANA GONZÁLEZ MATEOS

Fue en octubre, a fines de uno de los primeros años de este siglo. Llegué a mi cita con una querida amiga a quien no había visto en meses. El restaurante era agradable, la comida deliciosa, la sobremesa se fue alargando entre risas, confidencias y chismes. Entre dos sorbitos de vino, me dijo quién iba a ganar el premio concedido por una editorial española de mucho prestigio, aunque el concurso se iba a fallar a mediados del siguiente año. No pongo el nombre del escritor porque es vengativo y prefiero ahorrarme líos. Esa misma noche busqué la convocatoria: aún no salía.

En los años transcurridos he contado esta anécdota varias veces. Invariablemente, la otra persona ya lo sabe y agrega algún detalle. Era, y es, *vox populi*. No tiene nada de malo, estableció el consenso de otras sobremesas. Si la editorial quiere promover un libro, tiene todo el derecho: es su dinero, son sus estrategias de mercado. Que haya quienes mandan sus manuscritos bien peinaditos de acuerdo con los lineamientos



de la convocatoria es un daño colateral que, a fin de cuentas, ayuda: son otras tantas personas que estarán esperando la noticia, la van a comentar, difundir, quizá compren la novela para compararla con las suyas. Ayudan a hacer publicidad y salen gratis. Entre ellos, varios comprobarán con amargura que ninguna editorial se interesó por publicar en otros idiomas la obra ganadora. Poca proyección internacional. Descalabro en la carrera hacia el Nobel, aunque no ha estorbado la victoria del prócer en concursos menos cuantiosos.

Esto me podría llevar a otra escena, sucedida unos años después. Yo era jurado de un concurso. Aprovecho para notar que la variante femenina «yo era jurada de un concurso» sí suena un poco rara y me obliga a hacer esta aclaración para que no la lean como «yo había prometido algo a la Virgen». Como todavía no hemos empleado esta palabra con la suficiente frecuencia, el uso común de la forma masculina muestra hasta qué punto es «normal» que las instituciones culturales y literarias estén en manos masculinas, o los criterios para premiar un libro o una hazaña deportiva o un desarrollo tecnológico presupongan que quien hace ese trabajo haya asimilado los gustos, valores, sesgos y prejuicios que la hacen equivalente a un hombre, sin importar lo que afirmen el acta de nacimiento, los detalles corporales, su vida cotidiana o el grosor de su voz. Era un premio de ensayo; me sorprendió cuánta gente se quejaba, en un trabajo tras otro, de la injusticia y corrupción de los concursos. Están amañados, se guían por amiguismos, son incapaces de reconocer las obras notables, afirmaba el coro con distintos niveles de furia, en el curso de argumentaciones sobre temas muy distintos. Yo ya me había dado cuenta (porque fui jurada varias veces) que es común que muchos jurados

sepan quiénes son los autores de las obras concursantes, pero siempre me había convencido de que eso se debía a su conocimiento del medio. Después de todo, no es tan difícil saber quién está escribiendo sobre la novela de la revolución o practicando algún tipo de poesía o lo que sea, así que la exigencia de presentar las obras con seudónimo tiene una eficacia limitada. Sólo me llamaba la atención que eso saliera a la discusión con tanta frecuencia.

En aquella ocasión, deliberamos durante horas. Llegar a una terna finalista fue más o menos fácil, pero en ella había dos obras que nos parecían excelentes. Le dimos vueltas, tratamos de verlo desde distintos ángulos, discutimos si deberíamos premiar esto o aquello o lo de más allá, ya que no había manera de establecer si A o B fallaban en algo que nos ayudara a decidir. Hubiera sido mejor echar un volado, pero al final, ya bastante cansadas, nos obligamos a votar. Ya alguien había lanzado sus hipótesis («yo creo que A es de Fulana...») pero, además de parecerme un criterio inaceptable, el nombre no me decía nada. Opté por una razón personal e irrelevante: el tema de B me parece más atractivo. También decidí que no volvería a ser parte de ningún jurado de un premio literario.

Esta escena no describe un acto de corrupción, pero sí de injusticia, y ésa es mi razón para escribir este ensayo. No hay ninguna consideración válida para decir, por ejemplo, que Josefina Vicens es claramente inferior a Martín Luis Guzmán o a Elena Garro o a José Donoso o a María Luisa Bombal: son obras muy distintas y lo ideal sería leer a cada quien con la disposición más abierta. Leer literatura es una invitación a entrar en contacto con otras sensibilidades, otras miradas sobre el mundo, otras experiencias y problemas, todas mol-

deadas por la vieja exigencia de *extrañar*, lograr que algo se aleje de lo conocido y dicho muchas veces para volverse medio raro, inquietante, difícil de agotar en una explicación, provocativo, rebelde a la domesticación. Ese *no sé qué* que obliga a seguir leyendo y se resiste a ser definido por los lineamientos de un concurso.

No es que quiera regresar a los tiempos en que se profesaba la fe en los misterios de la po-e-sí-a escrita entre paroxismos y gracias a los dictados de musas, espíritus santos o antepasados, aunque respeto a quienes afirman escribir así. Sólo digo que lo literario rompe con las definiciones establecidas hasta el momento en que empieza a ser leído. Es una torsión de las normas logradas por alguien que las conoce muy bien, a veces tanto que

- parece que no las toma en cuenta
- está tan obsesionada por sus restricciones que se dedica a buscar cómo escapar de ellas
- nota por dónde están fallando o qué no han previsto
- sinceramente trata de cumplirlas pero no acaban de servirle

No siempre se trata de innovaciones radicales. Existe mucho espacio/tiempo disponible para escribir un buen cuento, una novela cautivante, bellos poemarios, ensayos provocativos. El problema es esa necesidad de medir, tasar, subir al podio y colgar medallas, que ignora la vida cotidiana de la literatura, su importancia y su función para quienes la reviven al leerla.

Si a pesar de todo la gente sigue participando en concursos es porque son fuentes de dinero y capital cultural, que en forma de curriculum vitae sirve para otras competencias:

becas, financiamientos, estancias y residencias artísticas, empleos. Les artistas profesionales practican una versión sofisticada del malabarismo, solicitando cuanto posible apoyo esté a su alcance. Antes o después enseñan yoga, venden arte o tortas o seguros o departamentos, ponen un café, cultivan amistades que les ofrecen una agregaduría cultural, trabajan en una triple o cuádruple jornada. Ser parte de algún sistema de promoción de las artes es una forma de sobrevivir como tantas otras, aunque despojada de derechos laborales, contratos colectivos, prestaciones, fondos para el retiro, seguridad social. Incluso de la mínima estabilidad que permitiría contemplar el futuro que comienza en dos o tres años, al vencerse la beca o gastarse el premio.

Esta dependencia florece gracias a ilustres justificaciones. Todo arte es completamente inútil, escribió Oscar Wilde. La idea hubiera sorprendido a quienes, siglos antes, compusieron música, pintaron cuadros y murales, escribieron poemas, esculpieron en bronce o en mármol, construyeron catedrales, organizaron coros, representaciones teatrales, coreografías para mayor gloria de dios o de la patria, de un pontífice o dignatario o príncipe que pagó esos trabajos con mayor o menor largueza. Pero Wilde y sus contemporáneos se afanaban en lo que Baudelaire llamó la fundación de una nueva aristocracia, capaz de resistir el avance de la modernidad capitalista con lo único que no había perdido aún: *las facultades más preciosas, las más indestructibles, los dones celestiales que el trabajo y el dinero no pueden conferir*.<sup>1</sup> El refinamiento que se exhibe al elegir una corbata, un vino, una alhaja, al dictaminar que algo es arte o no lo es. Que esta

<sup>1</sup> «Le peintre de la vie moderne», traducido para este ensayo por AGM.

vieja protesta aristocrática se haya convertido en un discurso que restaña la precariedad del trabajo artístico no deja de ser un hermoso premio de consolación, más persuasivo en un país como el nuestro, donde la protección estatal del arte mantiene a raya, para mucha gente, los retos implícitos en el mercado. Éste no se da por enterado, porque está planeando el lanzamiento del próximo *bestseller*.

Mientras escribo esto llega la noticia del suicidio de Raúl Padilla, fundador de la FIL de Guadalajara, cuya celebración anual permite observar la conjunción de intereses empresariales, profesionales, intelectuales, artísticos, políticos. Reviso lo que dicen mis amigas en la red, las columnas de varios periodistas. Emerge una figura contradictoria: un porro, alguien que controló su universidad para impedir que se construyera una estructura democrática capaz de seleccionar a un sucesor y no tuvo escrúpulos para usar la violencia, un poderoso actor político en la escena local. Pero una inspiración para quienes aman los libros y el arte, un faro, un guía, un visionario. Una figura controversial, que pone en evidencia las muy diversas razones que pueden tener funcionarios, políticos o empresarios para proteger la cultura. Saben usarla en el marco de proyectos mucho más amplios. La tratan *asegún*: a veces es la bien pagá y a veces Bartola, quien con tres pesos paga la renta, el teléfono y la luz.

La cultura es considerada una actividad más o menos superflua, nunca tan importante ni merecedora de los mismos presupuestos que otros rubros de la actividad gubernamental. Esto a pesar de que las artes pueden sostenerse por sí mismas y generar cuantiosos recursos, como saben músicos, artistas visuales, escritores, cineastas cuyas obras tienen proyección internacional, se producen a escala masiva o circulan por ca-

nales especializados en conectarlos con públicos idóneos, pues «masivo» puede significar multitudes inmensas o públicos más especializados, pero capaces de generar ganancias importantes. Aunque los concursos y las becas pueden servir para consolidar a artistas emergentes y dar visibilidad a obras meritorias, la idea de que el arte puede existir al margen de las utilidades y el mercado produce formas artísticas idóneas para perpetuar su dependencia del Estado. En ese breve espacio en que los públicos no están surgen pequeños mundos que viven esperando convocatorias, felicitando a los ganadores, haciendo puntos, sintiéndose orgullosos de lanzar ediciones artesanales de trescientos ejemplares, aunque nadie o casi nadie fuera de ese círculo haya oído sus nombres ni leído, escuchado, visitado sus obras. Muy distinto sería el panorama si se destinaran recursos comparables a fortalecer a las audiencias: detectar y escuchar sus necesidades, sus gustos, sus proyectos, la vinculación de sus vidas con el arte, sus maneras de procurar recursos para crearlo, disfrutarlo y preservarlo.

¿Para qué sirve la literatura, cómo vive? Años dedicados a compartirla en clases me permiten hablar de su circulación entre personas que difícilmente concursarían por un premio o siquiera se enterarían de quién lo ganó: una revisa un poema y se pregunta si lanzarlo a la red o tratar de publicarlo en alguna revista. Otra carga una novela para leer en el metro. A veces se juntan a platicar: de repente una de ellas recuerda que la parte visible de los hongos surge de estructuras subterráneas que crecen por muchas hectáreas, bajo bosques cuyas raíces también se entrelazan bajo tierra y sostienen la vida de otras plantas visitadas por insectos, pájaros, culebras, ranas, ardillas. Para ellas es vital leer, escribir, pensar desde sus circunstancias, acordarse de alguna

película, ponerse de acuerdo para visitar un museo, discutir, saber que la misma obra significa cosas distintas para personas distintas y además esas lectoras cambian, se contradicen, releen, reescriben, recurren a la literatura (y a la filosofía y al periodismo y a lo que se ofrezca) para entender mejor sus vidas, alternando esos intercambios personales casi invisibles con las actividades de grupos y actos en red, la participación en festivales y actos comunitarios, la organización de talleres y otras agrupaciones dedicadas a recuperar la memoria pero también a cambiar la comprensión del pasado o inventar futuros alter/nativos o entrar en contacto con las manifestaciones culturales de poblaciones marginadas, que no han tenido suficiente difusión. Para que esta vida cultural subterránea, poderosa y cotidiana siga proliferando es mejor liberarse de la cinta métrica y la obligación de dictaminar cuál libro es más grandote y cuándo salió en la lista de los más vendidos, y en cambio fortalecer a quienes, a fin de cuentas, deciden si vale la pena leerlo.

## El que pierde gana

MARTHA BÁTIZ

No hay nada más fácil que perder un concurso literario. Es más, si el premio literario fuera persona en vez de anhelo, haría un museo para exhibir su colección de perdedores. Si el premio literario fuese un bien accesible en vez de caprichoso y subjetivo anzuelo, no atraería tantos egos hambrientos y ciegos como polillas, esas mariposas *wanna-be* que solo sirven para alimentar sapos y pesadillas. Porque viéndolo bien, ¿qué se logra al ganar un concurso literario? Con suerte, se obtiene un poco de dinero, la atención temporal de los reflectores y, en el mejor de los casos, una publicación que llegará a un par de ojos que no habían leído nuestro nombre jamás ni sabían que existíamos. Y habrá una línea más para adornar el cevé. ¿Es eso tan importante? Después de todo, los escritores no somos deportistas y la mayoría de los premios literarios distan mucho de ser las olimpiadas. Además, hasta los medallistas olímpicos caen en el olvido, a menos que hayan ganado muchas de una sola vez, o en repetidas ocasiones.

Pero como bien dicen por ahí, no hay peor lucha que la que no se hace y ganar un concurso literario es un incenti-



vo para seguir adelante y, además, abre puertas para nuevas oportunidades que uno no imagina hasta cruzar ese umbral. Ganar lo coloca a uno, vaya contradicción, en el sobrepoblado y al mismo tiempo exclusivo podio de los triunfadores, que —aunque nadie lo diga en voz alta— tiene más escalones que la pirámide del Sol y puede marear al más colmilludo de los ilusos, sobre todo si los *likes* de sus familiares, amigos y contactos le van tejiendo, uno a uno, alas marca Dédalo. Ganar un concurso literario es fácil: basta con participar en todos los que se atraviesen hasta que pegue alguno. Y alguno de la enorme lista de premios de todos colores y sabores que se anuncian por ahí pegará algún día, porque la terquedad, ya se sabe, es la madre de todos los dones y galardones.

Ganar se siente bonito aunque, al igual que sucede con las sustancias tóxicas (como el alcohol, o la droga de preferencia del usuario), la euforia es intensa, dura poco y pronto se regresa a la realidad arrastrando una resaca que, mal cuidada, deviene en resentimiento. Porque para que un premio literario cambie la vida de su ganador, tiene que ser un premio gordo, como el Nobel. Todo lo demás no es más que colchoncito para la renta de unos meses, si bien va, o guardadito para un viaje soñado y luego, como la Cenicienta tras el baile, hay que volver a las tareas cotidianas, solo que ahora uno es un Ganador obligado a seguir ejerciendo de Godín, o cambiando pañales o cualquier cosa, y ya no lo tolera tan bien como antes. Ahora, solo piensa en robarle horas imposibles al aire para escribir algo más, algo que también huela a triunfo aunque, en el fondo, sepa que difícilmente se repetirá el milagro. Porque ganar es también eso, un milagro, considerando los cientos y, a veces, miles de personas que responden a cada convocatoria. Es un milagro porque hay que pasar varios filtros antes de

llegar a la etapa final, en la que por fin quien juzga los textos sabe algo de literatura y, con suerte, tendrá gustos afines a los de uno. Es un milagro porque siempre hay alguien que escribe mejor, o está mejor conectado, o tiene mejor suerte. Es un milagro porque para como va el mundo, que siga habiendo espacios para la literatura escrita por tantos anónimos cazadores de premios no puede llamarse otra cosa.

Por eso lo más aconsejable, para no decir normal, es perder los concursos. Y a diferencia de ganar, perder puede depender enteramente de uno mismo. Así es: cuando uno participa para perder, siempre tiene control sobre la situación. Además, perder da temple. Endurece la piel. Fortalece el carácter. Y si ganar, siendo el milagro que es, es fácil, perder lo es todavía más. Para cada derrota existen justificaciones que lo hacen sentir a uno mejor —porque si el podio de los triunfadores tiene más escalones que la pirámide del Sol, el palco de los perdedores es más grande que un estadio, está cimentado en pretextos y es el lugar perfecto para convalecer durante el tiempo que dure la infección de *esquitis*: *Es que ganó Fulano porque... Es que quedé fuera porque... Es que los jueces...*

Si la culpa se hizo para echársela a los otros, perder ofrece la ocasión perfecta para soltar la carga sobre quien sea. Lo mejor de todo es que el proceso entero se puede llevar a cabo en silencio y soledad, o compartiendo la amargura con un par de íntimos y selectos cómplices que tal vez participaron también en ese u otro concurso, o que interpretan en la vida de uno el mismo papel que la esposa de Rocky: ese ser leal que desde la barrera ve las golpizas y ayuda a sanar las heridas con su fe y sus porras. Al ganador lo rodea mucha gente que quiere iluminarse con su luz, pero, ¿quién se queda con

el perdedor? La esposa de Rocky vale su peso en oro, aunque no sea esposa y uno no sea Rocky. El puro concepto llevado a la realidad, en la forma que sea, es impagable. Por eso, en esta época en que los 50 son los nuevos 30, el perdedor es el nuevo ganador.

¿Cómo perder un concurso literario? Hay muchas maneras. La más sencilla es dejar pasar la fecha límite a propósito y luego fingir que fue sin querer. ¡La convocatoria cerró el viernes y ya es lunes! ¿Cómo sucedió esto? Es que con tanto trabajo/compromisos/problemas/ansiedad/ocupaciones, es imposible acordarse de todo. ¡Ni modo! Ya será para el siguiente año. En estricto apego a la realidad, esto no es perder-perder un concurso, porque no se puede perder si no se participa, pero de esa misma manera, tampoco se puede ganar si no se participa, y no estar atento a las fechas es el boleto directo y sin escalas al palco del perdedor feliz, ese que vive esperanzado pensando que la siguiente vez sí logrará intentarlo y ganar.

Otra manera de perder un concurso literario es desobedecer sus bases. ¿Textos con más, o menos, páginas de las solicitadas? Allá van. ¿Temática equivocada o tan subliminal que hay que leer con microscopio para detectarla? Perfecto. Todo eso garantiza perder y una estancia en el palco del perdedor que arroja culpas como flores en la plaza de toros, porque si la gente fuera un poco más abierta de mente, si estuviera más dispuesta a dejarse sorprender, o si sus bases fueran más claras o menos limitantes, uno habría obtenido el primer lugar, por supuesto, o al menos una mención honorífica.

Se puede perder un concurso literario al tener una relación personal o amorosa con alguno de los jueces y decirle, así como que no quiere la cosa, cuál seudónimo es el de uno,

creyendo que eso garantizará un sitio entre los premiados. Si esa persona es honesta, lo descalificará a uno de inmediato, con lo cual se entra al palco en calidad de perdedor afortunado de haberse encontrado con un/a escritor/a único/a, incapaz de corromperse y en quien, por contradictorio que suene, se puede confiar. Si esa persona es deshonesta, y uno gana el premio, de todas maneras habrá perdido, por obvias razones. En ambos casos, se cumple la regla de que el perdedor es el ganador y viceversa. La literatura está llena de bonitos oxímoron y no hace falta ser poeta para vivirlos en toda su gloria.

Claro que si lo de uno son las listas, puede acudir a internet y hacer todo lo contrario a lo que recomiendan diversos sitios: elegir mal el certamen y poner el listón demasiado alto, por ejemplo, mandando una primera novela al Premio Planeta. Enviar un texto que no cause impacto al inicio, sino que tenga toda la acción concentrada en las últimas páginas. Contar una historia que dé muchas vueltas y se ande por las ramas en lugar de centrarse en lo medular. Abusar impune y descaradamente de los adverbios terminados en «mente» que tan feamente expresan ideas que fácilmente pueden decirse de otra forma, y utilizar hermosos y poderosos adjetivos que rimen y acompañen cada importante y desafiante sustantivo para crear un efecto impactante a cada instante. No compartir el texto con nadie —ni siquiera con la esposa de Rocky— para no salarlo y que entonces tenga todos los errores de dedo, de ortografía y de contenido que suelen tener los textos que no se han editado con atención. Escribir con pasión y no revisar para «no contaminarla» con la razón. No hacer investigación sobre el tema del que se escribe e inventar cualquier cosa, aunque no sea cierta, porque total,

es «ficción». Dejar todo para el último momento y escribir la noche antes o el mero día en que se cierra la convocatoria. Mandar el manuscrito por correo postal en vez de correo electrónico o mensajería. No tener constancia y hábito de lectura o escritura sino dejarlo todo para cuando bajen las musas a ser fuentes de inspiración. Cada una de estas acciones garantiza asiento de primera fila en el vasto palco del perdedor y para todas hay justificaciones: el ego, la superstición, la inexperiencia, el mal gusto, la ignorancia, la pereza. Todas se pueden explicar con frases *esquíticas*. Una chulada.

Existe una plataforma que utilizan la mayoría de las revistas y editoriales anglófonas para gestionar la recepción de textos en respuesta a sus convocatorias. Se llama *Submittable* y para acceder a ella hay que abrir una cuenta. Una vez dentro, lleva el registro de a cuáles concursos se ha mandado algo, cuál texto y cuándo fue recibido. También aloja tanto las respuestas positivas como las negativas bajo las etiquetas *Accepted* y *Declined*. Estoy segura de que no soy la única que tiene una lista larga como papel de baño desenrollado en esta última categoría. Nada fortalece tanto el ego como ver los fracasos agrupados en perfecto orden cronológico justo cuando se está por enviar un texto más a concursar. ¿No dijo Einstein que la locura es hacer la misma cosa una y otra vez esperando resultados diferentes? Bueno, pues eso. Además de perdedores, orates.

Hay otros factores que no he mencionado y que también influyen en perder un concurso literario, pero esos no dependen de los autores. Por ejemplo, cuando ya se sabe con anticipación qué obra será premiada. Esto, por desgracia, sucede más a menudo de lo que uno se imagina. Mi adorado Huberto Batis me lo dijo muchas veces: «No pierdas el

tiempo mandando nada a... porque ya tienen escogidos a los ganadores». Supongo que no es algo que suceda solo en México. O cuando el concurso es internacional, pero se da prioridad a los participantes nacionales. O cuando un escritor/a consagrado/a participa y, obvio, acapara los premios. Hace unos días escuché decir a Emma Donoghue, la autora de la novela *Room* —quien no solo vendió millones de ejemplares en todo el mundo, sino que obtuvo un Oscar por el guion que ella misma escribió para la adaptación cinematográfica de su historia—, decir que cuando ha quedado de finalista en un reconocimiento literario prestigioso siempre piensa que tiene las mismas oportunidades de ganarlo como de tirar un número específico en un juego de dados. Tiene razón. A final de cuentas, ganar o perder un premio literario es eso: un juego de azar. Cuestión de fe. De suerte. De no tomárselo demasiado en serio pero, al mismo tiempo, esforzarse por escribir lo mejor posible y participar con un texto que tenga buena calidad, por si las dudas y, porque si se logra eso, ya se será triunfador, aunque se pierdan todos los concursos.



## La senda del perdedor

(Tú, que rezumas talento, no necesitas ésta)

### Guía para tener éxito en concursos literarios

(especialmente de cuento,  
ese género ridículamentesencillo de escribir)

DÁN LEE

#### 1. De las bases

Lee las bases del certamen sólo como un mapa que te permita echar un vistazo a la mente de un tirano. Quien haya redactado ese reglamento necesariamente es una persona arrogante que considera puede codificar la infinita fauna de las creaciones artísticas dentro de los límites de un corral o pecera ficticia.

Si se indica que el archivo debe imprimirse en fuente *Arial*, ignora esa restricción; ¿por qué vas a limitarte a usar la fuente que esa gente quiere? ¿Qué maldita arbitrariedad es ésa? Si a ti te apetece más cómo se ve tu texto en *Times* o *Comics sans*, ¿quién demonios son los organizadores de tal o cual premio para imponer sus gustos? No, señor.

Si se indica que la extensión de la obra debe ser de entre ochenta y cien cuartillas, que te valga tres kilómetros de túberculo. Tu arte no tiene por qué ajustarse a esas estrecheces;



tal vez tu aliento suspira más allá, o tu poder de concisión te permite abarcar verdades y lograr efectos en muchas páginas menos de las que consideran esos personajuchos de la cultura que organizan los certámenes en los que deseas participar... en los que VAS a participar.

¿Que envíes la obra impresa, por triplicado, engargolada y, peor aún, respaldada en una memoria electrónica? Ni que fueras un magnate. Que no pase por tu cabeza invertir en esos lujos... ¿Escribí «invertir»? Quise decir «gastar». Tus letras brillan como una Nova así estén escritas en el reverso de un volante de farmacia. Con una copia (engrapada en el mejor de los casos) debería ser más que suficiente para que quien lo lea rinda su juicio a tu favor, a menos que esa persona sea ciega o carezca de juicio estético. Ah, y no cometas el error de numerar las páginas, cualquiera con dos dedos de frente sabrá cuál línea sigue a cuál. Es de oligofrénicos resaltar lo obvio.

Considera a las fechas de recepción de obras como una sugerencia solamente. Estamos en México, un retraso de una semana o dos en el arribo de tus textos no debería afectar la apreciación estética de los poemas, cuentos, anécdotas o lo que sea que decidas enviar... ya que estamos en eso, tampoco es que tengas que preocuparte por cumplir con géneros creados por la mercadotecnia editorial, el maldito capitalismo. ¿Para ti un amontonamiento de cuentos es una novela porque en la novela «entra todo»? Pues así deberá ser admitido, aceptado y celebrado. ¿Para ti esa prosa incoherente acomodada en formato vertical es poesía pura y dura? Que así concurse (y gane, debe ganar); ¿quién le pone límites a la poesía? ¿Quién se atreve a ponerle paredes al campo? ¿Quién dicta lo que es el arte? ¿Quién redacta las bases de los certámenes

literarios sino gente sin gusto artístico, sin conocimiento de lo que es la libertad creadora? Gente sin alma, para terminar pronto...

Es más, mejor no leas las bases.

## **2. De los concursos de cuento**

No pierdas de vista que el cuento es un género sencillísimo. Cualquier persona puede contar uno. Todas las abuelas lo hacían y no tuvieron que leer la teoría de Poe, analizar la obra de Chéjov ni asistir a un taller con Eduardo Antonio Parra.

Así pues, escribe tu historia (de la extensión y género que te dé la gana, como se vio en el apartado 1 «De las bases»), ponle punto final y no se te ocurra revisarla o corregirla, ni siquiera releerla. Tu arte narrativo no está a discusión. Lo más probable es que tu cuento haya quedado casi perfecto a la primera teclada (o de plano perfecto, la falsa modestia no tiene lugar para alguien de tu capacidad).

Si eres de esas personas con exceso de tiempo libre que toma talleres de escritura creativa, tal vez te preguntes cuál texto de entre tu nutrida obra será el más indicado para ganar un concurso. Olvida los debates internos, la decisión es simple: elige aquel escrito del que estés enamorado y cuya crítica te dañó porque aparentemente ningún lector (ese ser despreciable) comprende lo que quieres decir; convéncete: ese relato es una obra maestra que ilumina zonas de la literatura que nadie antes había osado explorar. Seguramente los miembros del jurado percibirán los valores estéticos que los envidiosos de tu taller insisten en «ignorar» (tú sabes que están fingiendo, que los pone verdes tu manejo de la técnica, tu dominio del arte de la palabra escrita). Sí, selecciona el texto incomprendido, el críptico, el que revolucionará las le-

tras nacionales. La sociedad TIENE que entenderlo en algún momento, y ese momento DEBE ser el momento de la dictaminación de los jueces (existe una mínima probabilidad de que sean personas con buen gusto artístico, después de todo).

No permitas que te detenga el hecho de que la historia que desees enviar al duelo literario aborde un género distinto al cuento. Es más, ¿qué es un cuento? ¿No todo lo que se cuenta es cuento? Tu cuento cuenta como cuento desde el momento en que lo cuentas, y eso no es cuento. Así de simple te lo cuento...

(Un consejo gratuito que garantiza tu éxito: utiliza profusamente las comas y los paréntesis para intercalar frases intrusivas que colorean el relato... ah, y también los puntos suspensivos para dejar ideas inconclusas como lo hizo aquel narrador de tierras... especialmente al final, el efecto es, como podrás constatar, demoledor y también...).

### **3. De los concursos de libro de cuentos**

Pocas cosas son más aburridas que una colección de cuentos en el que los textos giren alrededor de un solo eje temático. ¿Por qué un autor escribiría un libro de cuentos en el que el volumen tenga unidad, estructura dramática, una serie de unidades de efecto que lleven al lector (ese ser impredecible) a experimentar un collage con una impresión final planeada con cuidado? Nunca lo hagas.

El objetivo de un libro de cuentos es que contenga un poco de todo, «de chile, mole y pozole», como reza la sabiduría popular mexicana. Así pues, incluye en la colección lo más granado de tu obra, no importa si mezclas géneros, textos de cualquier extensión posible, inclusive tareas de tu clase de redacción de bachillerato. ¿Por qué no añadir una

minificción, un guion de cortometraje o una pieza dramática de dos actos? Que tu colección sea igual a una jaula que encierra aves de todo tipo (papagayos, cóndores, la pájara Peggy), si se llevan mal entre ellas, mejor. Que los graznidos, cacareos, gorjeos y porras no permitan saber lo que sucede allí dentro. Que vuelen plumas de todos colores (perla, esmeralda, humo) y enrarezcan el ambiente. Que los picotazos, el escándalo y el torbellino celebren el caos.

No sé qué tanto hayas entendido de lo expuesto en el párrafo anterior, pero aquí es menester clarificar un punto que aparentemente se contradice con la excelsa metáfora de la jaula de aves. He aquí esta nueva recomendación: si eres dueño de un recurso, repítelo. El reputado filósofo oriental Li Yun Fan dijo en el siglo XX «No temas a aquel que ha practicado mil golpes diferentes una sola vez; teme a aquel que ha practicado el mismo golpe mil veces» (claro que esta persona se refería a un estilo particular de artes marciales y no a certámenes literarios, pero, ¿acaso la filosofía oriental no sirve para toda ocasión?). Una vez que hayas dominado una herramienta literaria, sin importar cuál sea ésta, vuelve a ella sin pudor; en cada uno de tus escritos, en cada historia. Sí, se corre el riesgo de que el conjunto de relatos se vuelva predecible, de que el lector (ese ser incognoscible) vea venir el giro argumental, que el indicio oculto pase a ser evidente, que los protagonistas tengan los mismos vicios o virtudes, que las atmósferas se construyan con base en el mismo tipo de descripciones sensoriales o que varios personajes hablen con los mismos colores, las mismas muletillas, que parezcan provenir de un barrio único. Este precio no es caro de pagar si los cuentos mantendrán el mismo índice de

calidad... y probablemente la misma estructura, la misma voz narrativa, los mismos errores, etcétera.

Cerraré esta guía con un punto infalible. Por lo general, el o la artista sospecha cuál de sus escritos es el «mejor» de entre los elegidos para conformar la colección que enviará a batirse en los certámenes; este artista hipotético tal vez sea proclive a caer en la tentación de comenzar su libro con dicho texto, para atrapar desde el arranque al miembro del jurado que se enfrente con la obra y de esa forma obtener puntos tempraneros... No hagas eso; si lo mejor está al inicio, la experiencia lectora no podrá sino ir en declive; la percepción será como deslizarse en un tobogán que prometía emociones inmensas y terminó en un paseo lento, soso, interminable. En cambio, si el orden de las historias va de «menor a mayor», del relato más flojo hasta el que cuente con los nudos mejor amarrados, en un crescendo poderoso, la experiencia será orgásmica. Deja tu mejor historia al final; cierra con una explosión de pirotecnia; vuélale la cabeza al lector (ese ser admirable). Que luego de llegar al punto final, la persona que tuvo los arrestos de seguirte hasta allí sienta que su espíritu ha conocido otras dimensiones, otro universo al que sólo tú puedes transportarlo con tu arte y tus letras... eso si es que la lectura ha concluido hasta lo último porque, seamos honestos, es posible que alguno de tus escritos menos agraciados, un Frankenstein, un Cuasimodo, haya ahuyentado al lector (ese ser fatigable) antes de arribar al puerto maravilloso del cuento postrero.

#### **4. De la despedida**

Espero esta guía sea como una linterna que te ayude a adentrarte en la maleza de ese cementerio nocturno que son los

certámenes literarios; que ilumine tus pasos al sortear las tumbas, los agujeros cavados en la tierra; y que al final de ese periplo mires tu obra convertida en un gran mausoleo con el título en letras doradas... porque a estas alturas debes saber que muchas obras premiadas son como sepulcros, monumentos a la muerte porque no se publican o no se distribuyen, que mueren en los ojos de unos cuantos lectores (esos seres escasos)... esto lo sabías desde que decidiste concursar, desde que trazaste la primera línea... Lo sabías, ¿verdad?...



## El riesgo permanente de tirar la toalla

ANA FUENTE

A veces, tan a menudo como todos los días, me cuestiono por qué escribo. Desearía que fuera un cuestionamiento profundo y filosófico, pero en realidad me sucede cuando tengo que pagar las cuentas: la luz, el gas y las colegiaturas; cuando llevo a mis hijos al doctor, cuando llevo a mis perros al veterinario y pago la misma cantidad de dinero. Ojalá hubiera pesos-perro, como los años. Ojalá hubiera sido pediatra, veterinaria, contadora.

Ojalá.

Es una pregunta común en las presentaciones y las entrevistas a quienes se dedican al oficio de la escritura, tanto a los que gozan de fama como a los que se presentan en las casas de la cultura de su localidad, como quien escribe este texto. Es una pregunta de moda. Hay quienes encuentran respuestas de profundidades insospechadas, en ocasiones carentes de sentido pero con más ornamentos que fachada barroca, y hay quienes se decantan por la respuesta que clausura toda posibilidad de réplica: porque es una necesidad.



¿Es en sentido estricto una necesidad para mí? No. Entiendo por necesidad aquello que me permite seguir viva: comer y dormir, por ejemplo. ¿Moriría si dejara de escribir? No. Porque pasa, y con una frecuencia catastrófica, que en ciertas temporadas no puedo producir una página publicable. Es la serpiente que se muerde la cola: cuanto más padezco lo que escribo, menos logro escribir y mientras menos escribo, más oxidada está la maquinaria cuando debo reiniciarla. Del mismo modo que los atletas pierden condición física si dejan de entrenar, el acto creativo requiere de la disciplina de no ser abandonado y es, además, celoso y demandante. Exige devoción y dedicación, tiempo y completa atención. Aunque no lo necesito, desde hace más de veinte años tengo una relación de profunda toxicidad y dependencia con la escritura en la que todo se reduce a mi respuesta a esa pregunta: escribo porque no sé hacer otra cosa.

Supé jugar fútbol pero no existía una liga femenil profesional —y tampoco sé si hubiera llegado hasta allá—, creí que sabía cocinar hasta que hice vida con un gastrónomo y entendí que lo mío se limitaba a ser comestible. No bailo, no canto, no sé hacer divisiones de tres cifras. Estudié letras porque me parecía el camino natural para alguien que podía pasar su tiempo leyendo y escribiendo y me equivoqué en dos aspectos esenciales: ni la carrera me sirvió para escribir, ni puedo vivir de hacerlo. Me he dedicado a trabajos relacionados con mi formación académica como la docencia, la corrección de estilo, la traducción y la edición. Todas ellas, actividades que me ayudan a pagar las cuentas y a mantener mi necio afán por seguir escribiendo, con todas las aristas terroríficas que ello implica.

En 2016 nació mi primer hijo y el crecimiento de las cuentas fue inversamente proporcional al tiempo que yo podía dedicarme a escribir. No sólo al tiempo, en realidad, sino también al silencio y a mi posibilidad de concentración. Sin demeritar todo el amor que siento por mi criatura, he aprendido, a la luz de los años, que la existencia de mi progenie fue una decisión que le metió el pie a mi vida profesional. No la aniquiló, pero sin duda ralentizó y dificultó una serie de dinámicas propias de la creación, la publicación y la promoción de mi trabajo: me di un balazo en el pie. Y sí, lo hice dos veces. Necesité más dinero y tuve menos tiempo y menos espacio para trabajar en lo mío, considerando que toda posibilidad de cuidado familiar vive lejos y que contratar a una niñera hubiera significado trabajar exclusivamente para ella. Otra vez, la serpiente se mordía la cola.

¿Por qué escribo? Me pregunté en aquél entonces. ¿Por qué carajos insisto en hacer esto? Mi trabajo se diluía entre las publicaciones que solicitaban inéditos pero no pagaban bajo la premisa de que la retribución era «la difusión de mi obra», o en recibir regalías de 170 pesos mensuales (y tener que facturarlas). Enviaba manuscritos inéditos cuyas hojas se marchitaron en los cajones de los escritorios de múltiples editoriales y que, de acuerdo a la reglamentación de cualquier convocatoria, tampoco podía enviar a concursos.

¿Cómo no tirar la toalla? Visualizaba esa misma toalla no como una metáfora, sino como un trapo sucio lleno de mi sudor, la leche regurgitada de mi hijo y las lágrimas de ambos. Qué ganas de lanzarla al vacío para poder perseguirla en la caída. Entonces me asaltaba una interrogante aun peor: ¿cómo cambiar el rumbo de mi vida si a esto me he dedicado desde hace dos décadas y no sé hacer otra cosa?

Un 30 de mayo recibí la llamada de una amiga que me recomendó enviar un manuscrito al Premio Dolores Castro. Invertí, congruente con la máxima que rige mi vida y reza *qué tanto es tantito*, otros mil pesos en engargolados, fotocopias y mensajería urgente. La convocatoria cerraba el 31.

Era 2019. Mi segunda hija estaba por nacer y yo no tenía más que una antología de cuento que había escrito cuatro años atrás, dos de los cuales había añejado entre las finas maderas de algún escritorio en la editorial que a pesar de haberlo solicitado nunca lo dictaminó, porque hay quien considera que la cortesía es una pérdida de eficiencia corporativa. Pensé entonces que lo liberaría de ese yugo y que elegir un seudónimo con los nombres de mis hijos sería cabalístico, porque a esas alturas poco me faltaba para preguntarle al tarot, al I-Ching y a las runas vikingas qué me deparaba el plúmbeo rigor de la vida adulta.

Con un niño de tres años corriendo alrededor, el único conteo que llevé meticulosamente fue el de las semanas y los trimestres para la llegada de mi segunda hija. Dormía poco y sentada, me incomodaba el mero acto de respirar y mi cabeza sólo acumulaba ansiedades y miedos que nada tenían que ver con la escritura. Cuál escritura. Qué cabeza y qué energía para la escritura. Tenía suficiente trabajo no remunerado con las labores domésticas como para además regalar páginas: la computadora era ese espacio que dejó de ser sagrado y al que sólo recurría para hacer entregas y exigir pagos.

Ojalá que también existieran los *deadlines* —y me gusta decirlo en inglés porque me parece una expresión más transparente que «límite de entrega»— para los pagos. Ojalá pudiéramos cobrar intereses y hubiera una sanción para los empleadores que no los respetaran. Y si eso es imposible,

ojalá pudiera pagar el súper con un «mañana sin falta les cae el depósito».

Ojalá.

Meses después recibí una llamada de una lada desconocida. Acostumbrada a las estafas y el *phishing* que nos aqueja en la era digital, reconozco que no derroché simpatía al inicio de esa comunicación. Después de un breve intercambio, encontré el carisma: había ganado un premio del que no tenía memoria. Toda proporción guardada, la sensación fue equiparable a que un billete inesperado aparezca en el bolsillo de una chamarra.

A alguien le había gustado mi trabajo. Iba a recibir un dinerito y por fin conocería Aguascalientes. Recibí esa palmada en la espalda que no sabía indispensable y urgente: un aliciente para seguir empujando la piedra cuesta arriba porque todavía tenía algo que decir y había alguien a quien le interesaba escucharlo. No significó el gran lanzamiento de mi carrera, pero *a posteriori* puso frente a mí puertas que aún hoy sigo abriendo. La relevancia de ese premio no radicó en el dinero, ni en el título, ni en la hermosa premiación en el Teatro de la Ciudad: ese momento en el que por primera vez leí en voz alta algo de mis libros frente a mis hijos, ahí, perdidos entre las butacas llenas y en la incomprensión propia de la infancia, fue cuando entendí que la pregunta para mí no es por qué lo hago, sino para qué.

Escribo para trascender. Aspiro a que mi nombre sea enunciado cuando ya no esté, ni estén ellos, ni mis nietos, si los hubiera. Busco revivir en la boca de quien sea cuando ya no puedan nombrarme en los árboles genealógicos y yo sólo sobreviva en la forma de mis libros deshojados entre los estantes de las bibliotecas. Si bien estoy consciente de que

nunca tendré la certeza de haber logrado lo que persigo y sé que no escribo para vivir, quizá sí lo haga para existir.

Recibí esa claridad junto con el premio.

Y, por qué no decirlo, también recibí la posibilidad de pagar algunas cuentas.

## Preferiría no hacerlo

JOSÉ MANUEL RÍOS GUERRA

«Los premios literarios son como los fantasmas, uno no cree en ellos hasta que le tocan». No recuerdo qué escritor dijo esa frase, pero me parece que es cierta. He tenido la fortuna de ganar tres becas y dos concursos de cuento. En cambio, sólo una vez creí que iba a ver un fantasma. Escuché un ruido insistente y repetido en un cuarto de mi departamento. Subí las escaleras con miedo, pero me encontré con algo mucho peor que un espectro: una gotera.

Me convertí en escritor gracias a una materia que tomé en la preparatoria que se llamaba «Análisis y creación del texto». En ese entonces sólo leía lo que me dejaban en la escuela y a veces ni eso. Pero en la clase, el maestro (de nombre Arquímedes) se ponía a leer poemas y cuentos que después comentábamos. No teníamos que hacer más que eso. Algunas veces los cuentos los dejaba a la mitad. Y yo poco a poco me fui interesando en saber en qué terminaban esas historias. También fue por esa época en que mi hermano, un año mayor que yo, empezó a llevar libros a la casa. Mis primeras lecturas fueron de escritores latinoamericanos. Yo sentía que

algunas historias que ahí se relataban me habían pasado a mí y que las podía contar a mi manera. Recuerdo especialmente el cuento «La vecina orilla» de Mario Benedetti, donde todo lo que le sucedía al personaje parecía calcado de mi vida.

Cuando empecé a escribir poco sabía sobre los concursos literarios. Alguna vez mi hermano me contó que existía un certamen en Cuba que se llamaba Casa de la Américas, que lo había fundado Julio Cortázar y que lo había ganado Ibarguengoitia. Lograr un premio de esos me parecía casi imposible. Para mí, era más probable sacarme la lotería.

Pero a pesar de que desde la preparatoria estaba decidido a escribir, fue hasta los 21 años que hice mi primer cuento. Todavía tuvieron que pasar tres años más para que entrara al taller de cuento de Alberto Chimal. Ahí fue el punto de quiebre en donde me di cuenta de que me faltaba mucho para ser escritor, pero que ese era el camino que debía y quería tomar.

En esos años trabajaba en un *call center* y me habían seleccionado para jugar un partido de fútbol amistoso entre la empresa y los sindicalizados. El premio era que podíamos faltar al trabajo con goce de sueldo. Tuve que rechazar la invitación porque el partido era al mismo tiempo que mi primera sesión en el taller de cuento. Mis compañeros de equipo, confundidos cuando les dije la razón por la que no iría al partido, me preguntaron si iba a escribir *Blancanieves* o *Pinocho*. Para ellos los cuentos eran cosa de niños y además algo terminado. No podían concebir que alguien quisiera escribir algo más de lo que ya estaba escrito.

A mediados de 2010, Alberto Chimal me dijo que mi proyecto para el Fonca había llegado a la mesa en donde se discutía a quién se le daba una beca, pero que él, como me conocía, se había tenido que excusar y que mi proyecto no ha-

bía pasado esa última instancia. Un mes después me llegó un correo en donde me informaban que había sido seleccionado para la entrevista en la Fundación para las Letras Mexicanas.

Llegué media hora antes de la cita dispuesto a ser yo mismo. Mi hermano había acudido a la entrevista un año antes y en ese entonces ambos estábamos seguros de que eso era un mero trámite. Pero no fue así y él no pasó ese filtro. Su consejo era sé tú mismo, no inventes que te gustan los rusos si ni los has leído. Cuando entré a la oficina me recibieron Eduardo Langagne y Miguel Limón. Poco a poco fui sorteando sus preguntas. En algún momento Langagne me preguntó si quería ser escritor. Le contesté que sí, pero al mismo tiempo Miguel Limón me dijo «o ya eres escritor». Sólo afirmé con la cabeza y sonré nervioso. No sabía si me había ido bien o mal. Una semana después me llegó un correo electrónico que resolvía esa duda: había sido seleccionado.

Llevaba más de diez años en el *call center* y de pronto me ofrecían una beca que me daba casi el doble de dinero y me obligaba a renunciar a un trabajo horrible.

Un mes antes de que empezara la beca, soñé que estaba en una fiesta y entraba a un baño muy amplio en el que había un ducto de aire. Cerré la puerta con seguro, me subí en la taza y abrí con cuidado el ducto. Ahí encontré mucho dinero. Lo tomé y lo metí a mi mochila. Luego salí, estuve un rato más en la fiesta y me fui con miedo de ser descubierto. No hacía falta ir a terapia para saber qué significaba ese sueño. Muchos escritores padecemos el síndrome del impostor: el miedo de que descubran que uno es un farsante, que en realidad no tiene talento y que cualquier reconocimiento es innecesario.

Después gané una beca estatal que me permitió escribir cuentos sobre fútbol con un proyecto que se llamaba «El ba-



lón rampante». Durante las tutorías conviví con escritores hidalguenses y conocí a Eduardo Antonio Parra, uno de los mejores cuentistas de México.

Luego de trabajar algunos años en publicidad, casi me obligaron a renunciar a la agencia porque gradualmente me convertí en Bartleby y prefería no hacer nada de lo que me pedían que hiciera. Fueron semanas duras en las que no encontraba trabajo y estuve a punto de quedarme sin un quinto.

Una mañana me llamaron de un número que tenía clave de larga distancia de Pachuca (gracias al trabajo en el *call center* me sabía de memoria las ladas de todo el país). Estaba seguro de que había ganado el premio estatal de cuento Ricardo Garibay. Cuando me dieron la noticia, me dijeron «no se le oye muy feliz». Mi voz nació sin entusiasmo, dije parafraseando a Monsiváis. Pero, en realidad, estaba feliz porque ese premio iba a ser mi primer libro publicado y además me darían 40 mil pesos que administrados con austeridad me podían durar hasta ocho meses.

En octubre de 2019, Pedro Acuña me mandó un mensaje preguntándome si iba a enviar mis cuentos al concurso Casa de las Américas. Una compañera cubana nos había dicho que sólo teníamos que enviar el engargolado a la embajada. Yo no estaba seguro de mandar nada porque no tenía un libro completo, pero el concurso aceptaba cuentos publicados siempre y cuando no fueran más del cincuenta por ciento del total del libro. Tomé algunos de los cuentos de fútbol que había escrito en el proyecto «El balón rampante» y los mezclé con cuentos ya publicados. Se los envié a mi amigo para que los imprimiera y llevara el manuscrito que se llamaba *La literatura es cosa seria*.

A principios de 2020, poco tiempo antes de que la pandemia de covid llegará a México, recibí un correo en el que me informaban que había ganado el premio Casa de las Américas. Le escribí a Pedro para preguntarle si era una broma. Para mí era más probable que alguien me hiciera una broma siniestra y elaborada a que yo ganara el premio. Pero no era ninguna broma y yo había ganado un premio que nunca imaginé ganar.

Schopenhauer en su ensayo sobre el dolor dice que la prueba de que venimos a este mundo a sufrir es que un animal que devora a otro siente un mínimo placer frente al dolor infinito que sufre el que es devorado. Por un tiempo pensé que algo parecido pasaba con los premios: concursar y perder duele y mucho, pero ganar da una satisfacción mínima. Por lo menos, en dos ocasiones me ha tocado que el concurso en el que participé se declaró desierto, lo cual es más desolador. Pero la verdad cada año pierdo decenas de concursos en los que participo y mis recuerdos están en los que gané y no en los que perdí.

Los premios muchas veces no son justos y no garantizan que el ganador o la obra lo merezcan. Sólo hay que recordar que Obama, mientras era presidente de Estados Unidos y bombardeaba Irak, ganó el premio Nobel de la Paz. O que *Taxi Driver*, la obra maestra de Martin Scorsese, perdió el Oscar frente a *Rocky*. Y más recientemente el Premio Planeta se le entregó a una presentadora de televisión de Antena 3, una empresa del mismo Grupo Planeta, en un claro caso de, por decirlo de modo amable, conflicto de intereses.

Entro a los concursos, como seguramente lo hacen muchas personas, para poder ser publicado. En un mundo ideal, los premios y las becas no deberían de existir. Seguramente

muchas obras maestras de la literatura hoy no ganarían ningún premio. Borges, Joyce, Woolf, Beauvoir y Cortázar, entre muchos otros, no necesitaron el Nobel para ser inmortales.

Si alguien me pidiera un consejo le diría que entre a todos los concursos que pueda. A veces estos coinciden con algo que ya escribimos y entonces sólo hay que enviar el texto. A veces estos pueden ser un estímulo para escribir algo que nunca pensaríamos que escribiríamos. Lo principal es que uno siga escribiendo si esa es su pasión, sin importar si se ganan premios o no. Muchos escritores tuvieron reconocimiento tiempo después de morir.

No escribo para ganar un concurso, sino porque es mi manera de enfrentarme a la vida. Escribo para ser leído, no veo el oficio de escritor como un ejercicio solipsista. Escribo para que lo que he vivido no se me olvide y también para darme cuenta de todo lo que he perdido. Seguramente hay muchas otras razones por las que escribo y que ni yo mismo sé. Que cada quien dé sus razones.

## Sobre los concursos literarios o mi método para matar pulgas

HUMBERTO CANIZALES

*Have you heard that it was good to gain the  
day? I also say it is good to fall, battles are  
lost in the same spirit in which they are won.*

Song to my self, Walt Whitman

Times New Roman, letra tamaño doce a doble espacio, es mi segundo nombre. Da la casualidad de que también es el formato estándar para los concursos literarios. No es que participe en gran cantidad de ellos, pero todo lo que escribo, desde un inicio, lo hago así por si llega a buen puerto y puede concursarse. Por regla general pierdo. Si se tratara de béisbol, tendría un porcentaje de vergüenza en la caja de bateo. Pero en literatura, disciplina de paciencia, poco importa mientras uno siga jugando.

Describiré brevemente cómo mato las pulgas, mi método sobre cómo escribo. Comienzo sin fijarme en ningún concurso en particular. Esta parte está enfocada en colmar una

necesidad interna. No en el mundo o digamos que sí, pero en *mi mundo*. En lo que me habita. Algo que me atraiga con fuerza para escribir con el abandono de un poseso. Cada uno de nosotros tiene una especie de pozo insondable de manías, fantasías, temas recurrentes, obsesiones. Ahí hay que acercarse a escuchar.

Una vez elegido el tema, el proyecto consiste en crear un conjunto de cuentos alrededor del eje seleccionado. Mis ideas son peregrinas aunque fieles a mi personalidad; digamos un volumen sobre monstruos marinos de la Sudcalifornia. Considero después un aproximado de cuentos y el total de páginas, por lo regular los hago entre sesenta u ochenta cuartillas.

Entonces me dedico al proyecto, con voluntad, con fe aunque también, debo confesar, con dudas y miedos. A veces, a poco del camino, siento que algo no encaja. Me ha tocado veces en que trastoco o desecho la idea original. Nada tengo escrito en piedra. En esta etapa tengo que aguzar mi olfato. Si siento que no hay defecto en el proyecto, sino que es mero entumecimiento, rigidez inicial, intento mantenerme en la idea. Insisto. Lo que no es sencillo. Puedo escribir un cuento que me deje medianamente satisfecho y después, en el siguiente, sentirme en medio de un terreno árido, desorientado. Aun así me pongo en la silla a escribir. Aunque no escriba. Trato de cortejar a la musa, aunque parezca que me ha puesto orden de restricción. Para mí es importante estar ahí, aunque solo esté mirando titilar la barra espaciadora en el procesador de palabras. Porque uno nunca sabe cuándo encontrará una rica veta fabuladora. En medio de estas horas vacías me ha pasado que de pronto se me revela un cuento o incluso dos, como si la musa cambiara de parecer y dijera que siempre sí

quiere bailar. No importa que en el fondo no quiera conmigo, pero quiere bailar y soy yo quien está ahí.

Tuve una maestra muy querida, Patricia Laurent. Ella decía que debíamos escribir siempre porque si no se nos secaba la mano. Hay quien dice que también debemos darnos tiempo para descansar y respirar. Eso a veces lo intento. Entre proyectos me doy pausas con lecturas. Sin embargo, cuando estoy en medio de un proyecto debo ser constante sino la mano se me va acartonando, volviéndose amarilla, cadavérica. A Alfonso Reyes una vez le preguntaron su clave para escribir tantos volúmenes y su respuesta fue: ¡Gracias a unas nalgas de acero! Todo aquel que desee escribir debe cumplir su cuota de horas nalga.

Claro, hay veces que a pesar de la persistencia la cosa nomás no avanza. Entonces tomo la decisión estratégica de mandar lo escrito a la congeladora, acaso para una ocasión futura donde por fin haya resuelto la clave. Pero de donde también, cada cierto tiempo, retiro textos a un depósito final de estanterías empolvadas, conservándolos en formol. Para un gabinete personal y secreto de aberraciones.

En caso de llevar a buen puerto un proyecto, después de hacer la revisión de cada cuento, tras algunas rondas de relecturas y correcciones, es cuando busco un concurso. Lo hago así para no estresarme con fechas de entrega, para no apresurar mi cocina literaria y se me queme el volumen por cambiarle a fuego alto. Me gusta fluir con mi propio ritmo; o, siguiendo la analogía culinaria, para sentir que cocino para mí y que no estoy en un restaurante con los comensales esperando. Siento así una mayor sensación de libertad. Aunque tal libertad sea ficticia. La contrapartida es que en

ocasiones pierdo la posibilidad de participar en un concurso interesante. A veces por cuestión de días.

Quizá si buscara los concursos con un año de anticipación no habría tanta prisa, pero, como mencioné arriba, tal es mi método, cada uno mata las pulgas a su manera. Fuera de este método acaso ningún otro me venga a modo salvo estotro no ideado por mí pero que nada me impide probarlo: se debe conseguir un gran galpón y colocar ahí hileras e hileras de monos escribiendo a máquina —suponiendo que puedan entrenarse con la disciplina suficiente para teclear sin que suban al escritorio a gritar o aventar cosas—, y la tarea consiste en dedicarse a la revisión de sus escritos, con la constancia de un capataz, doblando las hojas para tirarlas al bote de basura después de leerlas. Se deben leer todas sus composiciones simiescas hasta que de pronto ocurra la fortuna de encontrar un buen texto producto del azar. Desgraciadamente para ello quizá tendrían que pasar años, décadas, siglos. Me conformo entonces con ceñirme a mi fórmula conocida.

Sobre los concursos los prefiero donde se envíen los textos por medio electrónico, por comodidad; también envío impresos, aunque es caro por el asunto de la paquetería. Una vez enviado el texto intento olvidarme de él y no poner demasiada fe en el resultado. Para mí lo más importante ya ocurrió. Después de escribir, si uno en verdad se ha esforzado, ha aprendido, lo que en última instancia debiera ser lo que un aspirante a escritor busque: ganar pericia. Pero mentiría si digo que me olvido totalmente del asunto. No es así. Conforme se acerca la fecha del veredicto y la apertura de plicas, siento prurito por el desenlace. El día que se publica al ganador estoy en tensión. Así que es natural un ligero des-

ánimo al encontrar que no soy yo. Cierro el internet y siento el bajón de la dopamina que cede. Me da una cruda artística. Sobre crudas artísticas y rabieta quisiera comentar que hay que ser un caballero en la derrota y aceptarla como viene. Dando vuelta a la página. Eso es una virtud.

La única vez que gané, tuve que repetir la grabación donde se premiaba el libro que había escrito. Creí no escuchar bien. Creí haber sido engañado por mi mente. Regresé la grabación —la ceremonia fue online, estábamos en la pandemia— y al comprobar que no era un equívoco, me sentí feliz. Y fui feliz por un tiempo, hasta que también, como toda droga, fue mermando su efecto. Entonces quise otro concurso.

Sobre la particularidad de ganar quisiera añadir una nota precautoria. Como escritores ganar un concurso puede perdernos. Se puede caer en la sensación de haber subido un escalón y exigirse menos. Tal percepción es falsa. Lo realmente importante ocurre en el momento de escribir, es ahí, donde uno no debe cejar nunca. Acaso sea más afortunado perder si no tenemos la claridad para poner las cosas en su justa dimensión, pues en los resultados de los premios interviene lo azaroso y contingente. En muchas ocasiones un concurso asemeja una tirada de dados. Un buen tahúr debe ser humilde.

Nunca dejo de pensar en los textos no premiados. Parece una situación funesta lo que les ocurre. En cada convocatoria se presentan decenas, a veces cientos, para salvar uno solo. Como si fueran cautivos de una guerra florida. Temblorosos, pintados en cal subiendo el templo al son de las chirimías. Arriba el sacerdote esperándolos, envuelto en el sahumero de un copal. Sosteniendo en lo alto un pedernal de negra obsidiana con el que arrancará sus corazones aun bullendo



sangre. Tras desmembrarlos tirara sus restos por las escalinatas como una ofrenda. El templo de nuestro oficio pareciera así levantarse sobre huesos.

No obstante, hay una visión más reconfortante que personalmente suscribo. Es aproximarse a los concursos no como un lugar de muerte, sino al contrario, como un lugar donde ocurre una infinita génesis. Es en el seno de los concursos donde se reúnen brevemente los hijos de la literatura. Es la gran Madre Literatura siempre pariendo. No todos sus hijos perdurarán en nuestra memoria, pero todos vienen de su dimensión creadora, de ese lugar germinal del espíritu. Claro, no todo lo escrito se presenta a concurso. Muchas obras se envían directamente a las editoriales. Otras nunca salen del cajón. Pero es solo cuando se comparte un texto cuando se puede comulgar con la humanidad.

En cualquier caso es una fortuna tener voluntad creadora. La necesidad de escribir ya es en sí una gracia. Los concursos no deben ser nuestra última meta, son un medio para flexionar nuestro músculo creativo. Más que para compararnos con otros deben ser donde nosotros mismos intentamos superarnos en nuestro arte. Mi consejo sería entonces escribir por amor a ese hecho mismo de saciar nuestra voluntad creadora. Donde podamos encontrar en nosotros una fuente insospechada que colme nuestra sed de existir. Y si encontramos esa fuente hay que intentar compartir su agua viva.

El juego se llama Paciencia.

## De cómo no ganar un concurso literario

OVIDIO RÍOS

### 1

Crecí acostumbrado a soñar poco. Los sueños de ser millonario, por ejemplo, no cruzaban por mi mente, aunque mi padre alguna vez se ganó un premio en la lotería y acostumbra a participar en la rifa anual del Tec de Monterrey. En mi etapa en la preparatoria, mi sueño era componer una canción y que la cantara en un concierto con el estadio lleno (aunque fuera el estadio 5 de mayo en Tulancingo), pero de ahí en fuera no tenía mayor expectativa de la vida, no soñaba ni con terminar la prepa y menos con estudiar una carrera universitaria. Mi imaginación viajaba entre nubes y árboles que miraban nubes y árboles. No imaginaba que sería papá, ni que compartiría mi vida en pareja desde muy joven y que encontraría amores de muchos sabores y colores. Tal vez soñaba con una revolución social pero no que se podría lograr un cambio político en México por la vía pacífica.

Posiblemente porque de niño se me cumplieron casi todos mis deseos, por ejemplo, el deseo de que mi hermana no muriera asfixiada por tragar una moneda al intentar hacer

el truco de magia que yo le enseñé; el deseo de que la Guerra del Golfo Pérsico no nos dejara sin comida como advertían en el noticiero o el deseo de no ir al infierno por faltar los sábados al catecismo por ver partidos de fútbol llanero en la cancha de Mimila; mis deseos siguen siendo comer helado y no mucho más.

Tal vez nunca me faltó nada importante como la comida, el afecto y la compañía. Sufrí algunas cosas por errores de cálculo y timidez, por ejemplo: pasar hambre por no llegar a la quincena, endeudarme con familia y amigos por malos hábitos financieros o no pelear un lugar en los trabajos que si no me han hecho feliz sí me dieron un ingreso fijo. Pensaba que cualquiera podía comer si tenía un trabajo, pero que lo maravilloso sería comer en pleno desempleo. O tener salud comiendo garnachas.

Ser escritor nunca fue un sueño o un deseo, simplemente era algo que hacía como parte de mi rutina: escribir y leer. Ganarse un premio literario nunca fue una prioridad en cuestión de suponer que eso daba un valor agregado a mi escritura. Cuando decidí dar talleres me enteré de que muchos de mis talleristas se enteraron de mi trabajo por el premio que gané en 2016. Nunca me pregunté: ¿cómo iban a confiar en mí si no tenía gran obra publicada y no había ganado premios? Pedí infinidad de becas y envié mis escritos a otro tanto de concursos siempre motivado por la cuestión económica pero también por el supuesto prestigio. No hay tal prestigio ni cheque que permita leer de tiempo completo sin tener que meterse al minisitio del minisat.

## 2

En 2008 participé en el taller de poesía de Ricardo Yáñez y ahí me enteré de dos puntos importantes para quien lea este texto buscando algún consejo: él otorgó becas a los proyectos que sospechaba que sus autores terminarían con beca o sin ella; y el segundo: escribe tu libro, ten calma para no publicarlo inmediatamente, y cuando venga la beca participas con un texto ya escrito pero que te permitirá patrocinar un nuevo proyecto. Así me gané mi primera beca en 2009. Tenía 60 poemas ya escritos y me comprometí a escribir 120 (con 60 era suficiente, pero uno quiere el Nobel).

En 2009 empecé a trabajar con Raquel Castro y Epigmenio León en la Coordinación Nacional de Literatura. Ahí organizan más de 15 premios literarios de todo el país. Desde el Premio Xavier Villaurrutia o el Alfonso Reyes hasta los premios del Buzón Penitenciario. Algunos eran para autores ya reconocidos otros para gente que no se dedicaba a escribir pero que la literatura les servía de refugio.

Me tocó convivir con todo tipo de autores, desde aquel que argumentaba tener cáncer y estar en sus últimos meses de vida para conseguir una sala en el Palacio hasta los que no quieren homenajes, un acto de cansancio o de honestidad no sé. Recuerdo cuando me preguntaron, en la entrevista de trabajo, a cuántos escritores conocía, pensé en tres que me habían llamado en las lecturas recientes: Sor Juana, Cortázar y Roque Dalton. Mis futuros jefes pusieron cara de confusión y entendí que no había comprendido la pregunta. Mi cabeza acostumbra viajar por infinidad de posibilidades, entre juegos y chistes, entre estrés y exceso de relajación, cuando la cara de mis interlocutores no corresponde con

lo que espero empiezo a sospechar que alguien cometió un error y que no fueron ellos.

Ya me habían dicho que estaba contratado, que la pregunta era solo para conocerme mejor. Pero las entrevistas nunca fueron lo mío. Era la Casa Leona Vicario, la sede de la Coordinación Nacional de Literatura, supongo que esas paredes estaban acostumbradas a las respuestas más intelectuales nunca escuchadas, pero conforme fui leyendo los labios de mi entrevistador adiviné que necesitaban saber a qué escritores vivos conocía. ¿Vivos? Claro, dije, mencioné a mis maestros: Alberto Chimal, Estela Leñero y Ricardo Yáñez.

Luego me mostraron mi escritorio, un espacio arrinconado con una IBM de pantalla verde y el cursor que prometía no volver. Pronto me enteré de que aquella pregunta sobre los escritores que conocía era para saber si pertenecía a alguna «mafia literaria». Yo pensaba que eso ya no existía desde Octavio Paz. No sabía mucho de los Krause ni los Aguilar Camín.

Además de coordinar la programación de literatura del Palacio de Bellas Artes, nuestro trabajo consistía en organizar los premios nacionales de literatura o Premios Bellas Artes de Literatura. Programar presentaciones de libros en su respectiva sede puede ser relativamente sencillo, pero revisar la vigencia de las convocatorias, proponer terna para el jurado, consultar a los involucrados si su agenda les permite la tarea suele estar llena de desajustes como si fuera un cubo de Rubik en el que uno nunca termina de armar todas las caras. Desde aquel autor que no tiene tiempo para esa encomienda hasta aquel que no participa porque equis o ye está en la terna.

Trabajar en la promoción de la literatura viva de México ha sido una de las experiencias más enriquecedoras. Auto-

res que por el simple hecho de llamarme Ovidio generaban conversación, bromas y anécdotas. Había situaciones que yo no podía entender: cada 7 de enero recibía una llamada que decía: «Fulano de Tal cumple 70 años, soy una de sus lectoras y me gustaría que tuvieran la decencia de darle la medalla Bellas Artes». Cuando reportaba la llamada mis jefes se reían y decían que era el autor fingiendo la voz (al más puro estilo de Saul Goodman).

Recuerdo otro autor, disculparán mi lado fascista institucional, que creía que por tener cáncer y estar en los últimos meses de vida tenía el derecho de presentarse en Bellas Artes, era su «último sueño». Así lo comenté con mis jefes, pero eso no era posible porque no éramos el Teletón ni nada de eso. Dicho autor escribió directo a la oficina de la presidencia para denunciar que no se le daba sala y desde la misma presidencia me pidieron que respondiera argumentando el por qué se le negaba. El autor pasó los cuatro años que trabajé ahí, tan vivo, que recibí varias llamadas de atención desde la mismísima oficina de la presidencia en época de Felipe Calderón. (Presidente que acostumbraba cerrar el palacio para sus cenas personales sin importarles la programación de actividades).

En los premios Bellas Artes de Literatura debíamos tener mucho cuidado de la terna propuesta, lograr el equilibrio entre experiencia y calidad, pero a su vez no permitir que los autores con más renombre se comieran a los autores inexpertos en esto del dictamen literario. ¿Cómo saber si los integrantes de un jurado conocen algún archivo original y desean favorecerlo por su relación de amistad? Es imposible saberlo. Hasta que se da el premio y vemos que o era su maestro o había filtrado que participaría de jurado en

equis premio. Eso con los premios en los que se trabaja con pseudónimo, pero los que son para obra publicada son doblemente difíciles.

El caso del Premio Xavier Villaurrutia para Sealtiel Alatríste es uno de los más sonados. Ignacio Solares era miembro del jurado y por su amistad, o porque creía realmente que la obra de Alatríste lo merecía, promovió a Alatríste para el premio abriendo uno de los casos más públicos sobre tráfico de influencias, mal manejo de recursos públicos y plagio que hasta la fecha no ha podido quitar de su figura. Sospecho que lo mejor de ese espectáculo fue un intercambio de ensayos sin desperdicio entre Gabriel Zaid, Vivian Abenshushan y Luigi Amara publicado por El Universal, si no mal recuerdo.

Otro caso que me cimbró fue el de Vargas Llosa. Un día llegó la instrucción de promover la obra del peruano y, lejos de programar charlas o conferencias en torno a su obra, desde la más alta esfera del gobierno propusieron otorgarle el Premio Alfonso Reyes, premio que en aquel entonces daba 250 mil pesos. Juntaron a empresarios para que el premio incrementara la dotación económica y consiguieron 750 mil pesos. Hicieron público el fallo, pero dos o tres días después le dieron el nobel, eso provocó que para que viniera a México pasaran dos años y la cantidad que cobró por «presentar» una «adaptación» de *Las mil y una noches*, obra en la que él actuaba rebasó los 20 millones de pesos. Cantidad que cobró su fundación llamada «Vamos Perú». La misma fórmula de Fox con su «Vamos México».

Recuerdo otro caso de fuego amigo en los premios literarios. En el premio para (¿importa para qué premio?), la cuestión es que solo llegaron siete originales engargolados. Uno de los miembros del jurado propuso que se declarara desierto «por-

que ninguna obra cumplía con la calidad mínima para obtener ese reconocimiento». En otras ocasiones ya se habían declarado desiertos algunos premios, pero para nosotros era importante que se usara el recurso ya que siempre se destinó poco dinero a la cultura y al arte y todavía tener que regresar ese dinero a la hacienda pública era un desatino. Por eso los integrantes del jurado sugerían entregar el monto a equis o ye autor con trayectoria. Pero de aquel premio en específico, me enteré, por azares del destino, que uno de los participantes era amigo de uno de los del jurado. Su obra había sido propuesta por otro jurado, pero el primero se empeñó en que no lo merecía.

Para no llenar este espacio con pura calamidad cerraré este apartado de chismes con la anécdota del Premio Aguascalientes de Poesía en el que fueron jurados Tomás Segovia, Antonio Cisneros y Juan Domingo Argüelles, tres autores con todas las credenciales. Tomás Segovia se sorprendió cuando le enviamos casi 500 originales engargolados hasta su casa en España y al recibir su llamada me preguntó por qué no hacíamos (o habíamos hecho) un filtro. Me preguntó si debía leer todos y yo le sugerí (extraoficialmente) que leyera el primer poema y así los fuera descartando. Estaba indignado. Pero le dije que se fijara hasta en los pseudónimos «desde ahí puede ver la poca mirada poética de la mayoría de los trabajos», rematé (extraoficialmente). Cuando vino a México me dijo que había diez originales que merecían el premio. Le había sorprendido la calidad de diez trabajos y se le hacía injusto para los nueve autores que iban a «perder». Se le sugirió que escribieran eso en al acta porque solo se podía premiar un solo trabajo. Aquel año ganó Javier Acosta con *El libro del abandono*. Un poeta sin tanto reflector por el simple hecho de vivir en provincia.



## 3

En México hay más premios literarios que obras literarias (sé que exagero, pero qué sería de la vida sin la exageración), basta con ver el sin fin de títulos que han ganado dos premios a pesar de que las bases lo prohíben. Posiblemente por eso creo que tarde o temprano, cualquier obra medianamente bien escrita va a ganar un premio. No se tome esto como una forma de restarle importancia al trabajo literario de mis colegas, solo es un fenómeno estadístico porque me gusta dar la dimensión útil al reconocimiento, loas o halagos de los que está lleno el oficio de literario (¿o será por la época tan contaminada de éxito?).

¿De qué habla la obra de Ignacio Padilla? Pocos lo saben, pero muchos saben que ganó tres premios (o cuatro) el mismo año. Un gran autor, sin duda, pero que orilló a que ahora exista una cláusula en las convocatorias de los premios Bellas Artes en la que se prohíbe ganar más de dos premios. No es el único caso, varios autores tuvieron esa fortuna. Por que sí, ganar un premio viene con su alta dosis de fortuna.

Supongo que pronto mejorará la situación laboral para los creadores de arte y que los premios tendrán mayor enfoque en el reconocimiento de la obra y no en el estímulo económico. Porque un premio, aunque sea el Alfaguara, no cambia la situación económica de nadie. No alcanza para vivienda digna ni para pagar la carrera universitaria de los hijos. Y a pesar de estar en el segmento social con privilegios, otra sería la relación con la dignidad laboral. ¿Se imaginan una sociedad crítica que lea a placer sin preocuparse por cómo va a pagar la renta?

## Los premios dan dinero, no lectores

ENRIQUE ÁNGEL GONZÁLEZ CUEVAS

La insatisfacción y la duda en la creación sólo producen desdicha; la seguridad respecto a la propia obra, pendejos. Ante esta aporía se presentan los concursos literarios como una ilusión de objetividad, una forma de validación externa que alivie la inquietud del fuero interno. Olvidamos que estar al pendiente de la opinión de los demás es uno de los mejores atajos para llegar al sufrimiento, los sabios de todos los tiempos nos lo han repetido hasta volverlo spam.

Mi primer premio ni siquiera lo gané. Fue una mención en el legendario concurso de la revista *Punto de Partida* de la UNAM. Era 2008 y por aquel entonces me encontraba estudiando filosofía, por lo que yo era una persona muy insegura y acomplejada. Tenía sed de «reconocimiento» y esa mención me supo a poco, aunque me consolaba con la idea de que iban a publicar mi cuento en la revista, la cual parecía un paso obligado para todos los jóvenes aspirantes a ser escritores en México.

El problema era que mi idea de escritor aún estaba configurada según los estrechos y lúgubres estándares del siglo

XX y me frustró cuando vi que mi cuento iba a ser publicado sólo en internet porque la UNAM estaba estrenando *Punto en Línea*, la revista digital que era hermana de *Punto de Partida*. En retrospectiva, creo que yo era muy idiota y simplemente no entendía los nuevos tiempos. No necesitaba ganar ni publicar en papel para que alguien me leyera, pero aún no había comprendido que ser escritor significa que alguien te lea, no que te den un premio o que tu nombre aparezca en tal o cual lugar.

En 2011 la tres veces heroica Brigada para leer en libertad lanzó un concurso de cuento de ciencia ficción. Se llamaba «Todo puede cambiar», la idea era original porque proponía inventar futuros y mundos posibles que no fueran necesariamente apocalípticos ni pesimistas; hacer un uso liberador y revolucionario de la imaginación. Yo era tan fan de Paco Ignacio Taibo II que meses antes, en un arranque de ingenuidad infinita, lo había buscado para mostrarle algunos cuentos míos. Él, amablemente, me bateó en dirección del injustamente hoy olvidado Juan Hernández Luna, quien pacientemente pasó una tarde completa escuchándome mientras vaciaba mi cajetilla de *Delicados* sin filtro. Ese día se llevó mis cuentos y nunca supe si los perdió o si, en un gesto de bonhomía, evitó escribir para informarme lo gachos que estaban.

El concurso de la Brigada significaba que Taibo II me leyera así fuera sólo para mandar mi texto a la chingada y olvidarlo. Así que lo mandé. Sorpresivamente ganó y vino acompañado de 5,000 pesos (una fortuna para el desempleado que era yo en ese momento) y, más importante todavía, la publicación del cuento en una antología que incluía a escritores legendarios de la ciencia ficción mexicana como Bernardo

Fernández *Bef*, José Luis Zárate u Horacio Porcayo, además del mismo Taibo II.

Yo estaba enamorado de ese índice, mi nombre al lado de aquellos me parecía la confirmación (al fin) de que no era alguien haciéndose pendejo a sí mismo con la idea de ser escritor, sino que realmente lo era. Quizá esa sea la principal función de un premio cuando uno es joven, pero también es la principal trampa, porque uno puede caer en el error garrafal de pensar que es mal escritor porque pierde los concursos. O todavía peor, suponer que es bueno por el simple hecho de ganar.

El día que el libro fue presentado en una feria del libro de la Brigada en Reforma, regalaron un ejemplar del mismo a toda persona que lo pidió, además de estar desde entonces en su página para descargar de forma gratuita. Aunque por aquel entonces yo tenía el sueño cliché de ver mi libro pudriéndose en una librería, pasé un rato largo firmando el libro a distintas personas que aprovecharon la misma fila para leer mi cuento y decirme que les había gustado o que, de plano, no le habían entendido. Fue mi primer encuentro con esa mítica criatura llamada lector y, aunque aún estaba muy verde todavía, entendí que hacia él había que encaminar mis esfuerzos.

Creo que nunca más he vuelto a estar en un libro que llegue a tanta gente y de forma tan directa. Habría sido todo perfecto si no hubiera caído en la clásica trampa de un ganador: suponer que el premio es «el inicio de algo».

Tuve que esperar cuatro años para mi próximo premio. Ahora pienso que no fue mucho tiempo, pero entonces sí me pesó. En diciembre de 2015 el desempleo crónico se me había cruzado con la estúpida preocupación de «publicar un

libro antes de llegar a los treinta». Pobre y pendejo, pasaba las tardes en la biblioteca Vasconcelos fingiendo que trabajaba en mi tesis de maestría.

Entonces llamaron de Yucatán para informarme que había ganado el Concurso Nacional de Cuento Breve Agustín Monseral, lo cual implicaba dinero suficiente para parasitar unos meses en la biblioteca y la publicación del libro. Felicidad absoluta, salvo por el hecho de que el libro quedó atrapado en las bodegas del estado de Yucatán y los ejemplares que llegaron a la ciudad, no supe moverlos. No encontré ni siquiera al lector que pudiera decirme que no le entendió a mis cuentos.

En 2018, durante la misma semana, recibí dos correos de la UNAM. El primero me informaba en tono frío e institucional que, si no me titulaba ese año de la maestría, me darían de baja de la Universidad. El segundo era para felicitarme porque mi novela *La Reina Valera* había ganado el concurso «Ediciones Digitales Punto de Partida» y nuestra Máxima Casa de Estudios (la dichosa UNAM) iba a publicarla. Una amenaza y un premio por parte de la misma institución al mismo tiempo, parecía un chiste.

Este premio indicaba desde la convocatoria que el libro saldría en formato electrónico y se podría descargar de forma gratuita. Con el agregado de que contaría con la bendición de la Dirección de Literatura de la UNAM. Yo pensaba que con esta publicación saldaba la deuda que tenía conmigo mismo respecto a mi primer concurso pues esta vez me gustaba la idea de que el libro fuera digital. Sin embargo, el libro quedó atrapado entre el ruido del internet. A diferencia de mi primer libro era súper accesible, pero no tuve idea de cómo hacer que llegara a los lectores.

En 2022 me hablaron de Guerrero. Mi novela *La pinche chamaca* había ganado el Premio Nacional de Novela Ignacio Manuel Altamirano. Nuevamente se me presentaba un buen dinero para sobrevivir y la publicación del libro, con el gran plus de ir a alguna presentación del libro donde quizá hubiera pozole y mezcal guerrerense.

Esta vez me propuse hacer las cosas bien y darle difusión al libro. Modestamente organicé alguna presentación local, liberé una versión pirata de la novela en internet y vi con agrado que el estado de Guerrero distribuía el libro entre sus promotores de lectura y me invitaba a presentarlo en Acapulco. Viajé a la playa con mi mujer, a la cual le dediqué la novela y, por primera vez en mucho tiempo, volví a encontrarme con el lector. Aunque sigo sin saber cómo invocarlo.

En síntesis, ganar un concurso no quiere decir que el libro sea bueno, ni el que publiquen un libro como parte del premio va a ayudar necesariamente a que alguien lo lea.

Personalmente tengo tres libros publicados: dos novelas y uno de cuentos. Todos vieron la luz como resultado de un concurso y están en internet pirateados para su libre descarga. Mientras no encuentren lector, están incompletos a pesar de los premios.



## Lecciones entre líneas: Perder concursos literarios y mejorar como escritor

JULIÁN MITRE

Mi debut en concursos literarios se dio con uno de alcance local, reservado exclusivamente para residentes de San Luis Potosí. No soy bueno recordando fechas exactas, pero tendría a lo mucho 21 años y muy poca experiencia literaria. Con más nervios que emoción llevé mis cuatro copias de un libro de cuentos —cuyo título es mejor no recordar— impresas y engargoladas en color negro a la sede de la institución convocante. En aquella ocasión lo hice todo mal, desde entregar un montón de textos sin corregir, sin unidad, y con una extensión de apenas media cuartilla cada uno, en donde, eso sí, cabían perfectamente todos los errores posibles para perder a lo grande, incluido la elección de un seudónimo bastante malo. El libro era la mera recopilación de cuentos elegidos sin otro criterio que el de reunir el mínimo de cuartillas requeridas en las bases del concurso. Esos primeros escritos eran en su mayoría textos cursis, dramas dignos de serie chafa de Televisa, aderezados con harta sangre y tripas para sentir-



me muy malo. Al final el libro terminó, luego de pasar sin pena ni gloria por aquel primer certamen, en la papelera de mi computadora. Por fortuna unos años después me animé a entrar a un taller literario en donde comencé a entender algunas cosas sobre concursos, pero más que nada sobre escribir, las principales fueron estas:

### **1.- Corregir**

Es algo obvio pero de verdad hay quienes creen que cosas como la ortografía y la puntuación se encuentran en un segundo plano. Piensan que sus historias son tan buenas que nadie se va a fijar en esos detalles. Dan por hecho que la corrección es un trabajo exclusivo de los editores, pero en realidad ningún buen lector perderá su tiempo con algo mal escrito, tampoco lo harán los jueces de un concurso, ellos tienen que leer decenas, a veces cientos de obras en un tiempo relativamente corto y difícilmente le van a dar oportunidad a un escritor que demuestra descuido y desinterés por algo tan básico. Por otra parte, en mi opinión, un autor que no se preocupa por esas cosas difícilmente escribirá algo que valga la pena.

### **2.- Tallerear**

No niego la existencia de seres excepcionales capaces de pulir sus textos sin la necesidad de una mirada ajena, quienes pueden analizar su trabajo con la imparcialidad necesaria para encontrar errores, sin caer en eso cuyo equivalente en la industria automotriz es definido como ceguera de taller. Este término implica no detectar fallas o detalles que pueden mejorarse, simplemente porque siempre lo hemos hecho así. Autores con este talento existen, eso es seguro, pero son po-

cos. La mayoría necesitamos al menos de un alma bondadosa que nos quiera lo suficiente como para decirnos con total sinceridad cuánto apesta ese escrito que osamos mostrarle.

### **3.- Reescribir y descartar**

Si te enamoras de un texto, posiblemente lo creas más bello de lo que es en realidad, y entonces no podrás explotar todo su potencial, o peor aún, serás incapaz de reconocer que no vale la pena y es mejor desecharlo para pasar a otra cosa. Los textos fallidos no representan una pérdida de tiempo si se les reconoce como tales, se analizan y se comprende lo que no funciona en ellos, para no repetir esos errores en el futuro.

### **4.- Unidad**

La falta de unidad es un error imperdonable en un libro de cuentos, me centro en este género por ser mi preferido como lector y como escritor. No basta con tener una o dos decenas de relatos correctos, con buen arranque, nudo sólido, final impactante, y demás cualidades que se esperan en ellos, si en conjunto no se encuentran dentro del mismo mundo, tono, temática, etcétera. Los cuentos de un libro deben dar la sensación de que todas esas historias son de verdad parte de una misma obra. La falta de unidad fue mi error más constante durante mucho tiempo, la falla que más tardé en comprender y probablemente la causa por la que perdí otro par de premios.

### **5.- No escribas para concursos**

No, no lo hagas, lo más seguro es que vas a perder la mayoría y eso podría frustrarte. En mi experiencia, puedo decir que es mejor escribir por gusto, porque se tiene la necesidad de

contar historias, porque nadie está escribiendo lo que deseas leer, porque quieres divertir, enamorar, hacer rabiar, incomodar o despertar cualquier otro tipo de emoción en quien tenga la suerte de leerte, entre muchas otras razones. Escribir con la intención de ganar un premio literario provocará que comiences a ceñirte a fórmulas, temas, estructuras, géneros; cosas que no harán más que limitar tu obra. Analizar lo que está obteniendo premios e imitarlo tal vez te lleve al primer lugar de un certamen, pero es muy probable que esa obra ganadora carezca de espíritu y pase pronto al olvido. También es posible que, a pesar de seguir todas esas reglas lo único que obtengas sea un montón de frustración, aunque siendo honestos, la frustración es algo inevitable en el oficio de escritor, pero esta te la puedes evitar.

Cuando escribes por el gusto de escribir, porque traes en la cabeza una historia que te emociona y sigues además los pasos de tallerear y corregir, seguro logras un buen cuento o novela que, cuando encuentre su concurso y momento adecuado obtendrá el reconocimiento justo. Estas son cosas que también deben tenerse muy presentes.

Una vez que comprendí la importancia de recibir retroalimentación de otros, de descartar, corregir y reescribir y sobre todo el asunto de la unidad, me hice mejor escritor, pero seguí perdiendo concursos. Fue así hasta llegar al Premio Nacional de Cuento Fantástico Amparo Dávila, certamen que antes de ganar también perdí.

Revisar que el archivo tenga el formato correcto, las impresiones salgan en orden, el engargolado esté bien; llenar adecuadamente las hojas de identificación, enviar por correo las copias a tiempo y rezar porque no se pierdan, es algo que

particularmente hago mal y me angustia mucho. El «Amparo Dávila» resolvía todos esos problemas al permitir el registro y participación en línea. Por fortuna el tiempo ha pasado y ya hay más premios que funcionan así. Una vez revisadas las bases del «Amparo», busqué entre mis archivos un cuento que se adecuara a estas y lo envié.

Listo, me olvidé del concurso después de eso, para entonces había aprendido que se es más feliz si no se revisa constantemente la convocatoria, la fecha final del concurso y la de premiación. Si ganas, te vas a enterar, eso es seguro y si no ganas es mejor no recordar que estabas participando, te evitarás un mal rato.

Que pierdas no implica por fuerza que tu obra sea mala, tan solo significa que hubo otra mejor para el momento, para los jueces, y para todo lo que rodea un certamen literario. No hay que desanimarse, pero tampoco es necesario aferrarse e insistir con ella en todos los premios que se nos crucen en el camino. Si en verdad vale la pena encontrará sus lectores de una forma u otra, con mucho trabajo, empeño y paciencia, eso sí, pues una cosa es segura: vas a perder muchas veces, te vas a topa con obras que objetivamente o no, crees menores a la tuya, encontrarás amantes del sospechoso que dirán que todo está arreglado y por eso ganó quien ganó, que sin padrinos no se puede, que la tienen contra ellos, y será tentador creerles y hacer propios sus argumentos, pero eso no lleva a ningún lado. Si bien es imposible asegurar que no existan concursos amañados, igualmente nadie puede demostrar que todos lo están. El momento adecuado llegará, a base de mucha constancia, empeño y algo de suerte, y es por eso la necesidad de tener muy en cuenta que *la literatura es una carrera contra la frustración*, esa frase la tomo prestada

a mi hermana Violeta García, quien sabía cómo era esto y se los dejaba en claro desde un principio a sus alumnos.

Bien. Yo ya había encontrado mi concurso, pero aun no era el momento. Cuando recordé mi participación en la primera edición del Amparo Dávila y supe que mi cuento no fue elegido ganador, ni obtuvo alguna de las menciones honoríficas, busqué el relato premiado, lo disfruté, acepté que era mejor que el mío, al cual le faltaba la calidad necesaria para un certamen de tal envergadura, respiré profundo y seguí escribiendo.

En esa época me encontraba trabajando en mi segundo libro de cuentos. Me gusta esta historia así que me extenderé en ella:

Tenía el deseo de elaborar un libro de cuento fantástico. En aquel momento, formaba parte del taller literario Miguel Donoso Pareja, coordinado por David Ojeda, gran escritor y un importante formador de autores en todo México. Yo sufría en cada sesión a la que llevaba alguno de los textos que esperaba fueran parte de esa antología. No me iba muy bien con muchos de ellos y, después de varias revisiones y reescrituras, terminé desechando la mayoría, hasta que de pronto me llegó la idea de un cuento cuyo protagonista era un niño. A ese relato le fue mejor, y de pronto imaginé una segunda historia donde otra vez un niño era parte crucial de la trama. También lo llevé al taller y tampoco estuvo mal. Para cuando tuve en mi cabeza una tercera historia con niños, entendí que había por ahí un libro que deseaba ser escrito por mí. Me puse manos a la obra y, tras poco más de un año, nació «El hijo deseado». La obra en cuestión concluía, en su versión original, con un cuento llamado «Los tres grandes milagros de la santa niña de los alfileres». Un texto cuya creación me

costó tres meses, cuatro reescrituras y varios finales fallidos, pero que, modestia aparte, me quedó bien chulo.

Una vez que di por terminado el libro de los niños, así lo conocíamos en el taller, y mientras pensaba que el siguiente paso era buscar una editorial dispuesta a publicarlo, se me atravesó la convocatoria para la segunda edición del Premio Nacional de Cuento Fantástico Amparo Dávila. En ese momento supe que si participaba con «La niña de los alfileres», iba a ganar, así hubiera otros tres mil seiscientos nueve participantes, y no me equivoqué.

Obtener el Amparo ha sido una de las mayores satisfacciones en mi carrera literaria. Fue un reconocimiento a todos los años dedicados a esto, me dio la oportunidad de retirarme de un trabajo que no me gustaba y también de encontrarme con otros creadores amantes de la literatura y en particular del género fantástico, con quienes creé lazos profesionales y de amistad que se mantienen hasta ahora y reafirmaron mis ganas de seguir en este camino.

Concluiré diciendo que así como perder un concurso no te hace un mal escritor, ganarlo tampoco garantiza que seas el mejor. Es necesario seguir trabajando duro pero sin dejar de disfrutarlo. Es una carrera de resistencia esto de la literatura y, si aguantas, las satisfacciones llegan tarde o temprano, con o sin premios.



## Conquistando el fuego literario: Prometeos modernos y las lecciones de la derrota

EFRAÍM BLANCO

Es simple: el universo ya ha escrito el destino de tu texto. Una hoja de papel. Un pergamino. Un libro engargolado. Una memoria USB. Un correo electrónico. Allá van las letras. De acuerdo con la mitología griega, Láquesis, a veces llamada la Moira del «lote», medía el hilo de la vida hilado por Cloto. Ella decidía la longitud de la vida de cada persona y determinaba las experiencias y desafíos que enfrentaría a lo largo de su existencia. Quizá Láquesis ya sabría, en estos tiempos modernos, cuando un manuscrito tendrá buena o mala suerte en un concurso literario.

En el universo de los concursos, el camino de un escritor comienza con una inscripción. Es como lanzar una botella al océano de las letras, una pequeña esperanza arrojada al vasto mar de posibilidades. Pero, al igual que los navegantes de antaño, no siempre sabemos si seremos llevados por las corrientes del éxito o si naufragaremos en el abismo del ano-



nimato. Detrás de cada inscripción, como una fila interminable de sueños literarios, se encuentra la espera expectante, la larga fila de escritores aguardando un destino, cada uno con su chispa creativa.

Detrás de aquellos cuerpos pintados de palabras, desnudos en su vulnerabilidad artística, se alinea una multitud de almas, humanos y animales, esperando embarcar en el arca del reconocimiento literario. Pero, ¿qué es esa arca? ¿Acaso es un barco concreto en el horizonte, una nave que nos llevará a tierras literarias prometidas? La mirada se pierde al norte, al sur, hacia arriba, en las profundidades del mar, buscando ese barco de oportunidad, pero a menudo, ninguna nave aparece. No hay garantías, solo expectación. Desde el imponente Kraken de las aguas nórdicas, con sus tentáculos capaces de abrazar naves enteras y sumirlas en las profundidades, hasta el enigmático Leviatán de la mitología hebrea, que encarna las fuerzas tumultuosas del caos y la discordia. Las aguas del Mediterráneo, entre las fauces de Escila y el voraz remolino de Caribdis, también guardan sus secretos inquietantes, recordándonos la fragilidad de la navegación ante las fuerzas de la naturaleza. Las mitologías no han escatimado en desplegar un amplio bestiario de horrores marinos, desde las feroces serpientes Ceto de la antigua Grecia hasta Jörmungandr, la serpiente del mundo en las sagas nórdicas, que se enrosca alrededor de la Tierra, insinuando un destino apocalíptico. En la cultura japonesa, los Kaiju, gigantes incontrolables, surgen de las profundidades, recordándonos nuestra vulnerabilidad frente a las maravillas y terrores del mundo acuático. A través de estas criaturas enigmáticas, la mitología nos recuerda que, a pesar de nuestros avances, el mar sigue siendo un reino de misterio y peligro, el mar como un lienzo en blanco a

dónde llegará el envío de un trabajo de maravilla, un pliego poético, una antología de historias arrebatadoras, una novela que incluye una lánguida alma de escritor, lágrimas y sangre como tributo a los dioses que deben decidir su paso o rechazo al más allá, lejos de las indómitas tierras de las fases administrativas y hacia los páramos de la redención, donde serán juzgados. Tal vez esa etiqueta ya ha sido otorgada por Anubis, el dios de la vida después de la muerte. ¿Y qué es la vida del trabajo de un escritor si no está más allá de la propia muerte de sus propias palabras? El mismo Anubis dirá que esto es apenas un rito de paso. Osiris espera para pesar el corazón del difunto contra la pluma de la verdad.

La escritura, en su esencia, es el arte de trazar instrucciones en el polvo y en la roca, trazos precisos, aunque no del todo exactos, que guiarán a los jueces hacia el mundo literario de cada participante. Pero, ¿qué fuerza en última instancia decidirá su destino? El azar, ese misterio eterno, a veces decide el rumbo de las letras. Como una lágrima, la suerte cae, como un cometa diminuto que provoca una explosión masiva en los corazones de los concursantes. Un sastre, en su futuro aún por venir, siente la tristeza inesperada, un choque que estremece desde su taller hasta las cumbres inmutables del Himalaya. Aquella lágrima inicia un diluvio, un diluvio de desilusiones y desbordamientos de maravilla, un diluvio que lava el camino de los concursos literarios.

La lección que encontramos en este escenario es que, en el camino de las letras, al igual que en el camino de la vida, el azar y la suerte son compañeros inesperados.

No podemos controlar sus giros, pero podemos aprender de ellos. Cada victoria, cada derrota, es una etapa en este viaje literario, una travesía donde la pasión por las palabras

es el faro que nos guía. La escritura, como un acto de valentía y creatividad, es el auténtico tesoro que nos acompaña, un tesoro que, aunque no siempre se traduzca en reconocimiento inmediato, nos enriquece con cada intento, con cada palabra plasmada en el papel. Bah. Pura palabrería. La derrota, como un componente inherente de la vida, también se encuentra representada en numerosos mitos y leyendas de diversas culturas a lo largo de la historia. Estas narrativas mitológicas no solo exploran los aspectos heroicos y triunfantes, sino que también resaltan las lecciones que se obtienen a través de la adversidad y el fracaso. A menudo, la derrota en la mitología está relacionada con la fragilidad humana, la búsqueda de conocimiento, el equilibrio cósmico y las enseñanzas sobre la inevitable dualidad de la existencia. En la mitología griega, el titán Prometeo es un ejemplo paradigmático de derrota. Aunque inicialmente desafiante y valiente al robar el fuego divino para otorgárselo a la humanidad, su acto revolucionario resultó en una derrota a manos de Zeus, quien lo condenó a sufrir tormentos eternos. Sin embargo, la historia de Prometeo también resalta su papel como benefactor de la humanidad, entregándonos la sabiduría y el conocimiento, incluso a costa de su propia derrota personal. En la epopeya de Gilgamesh, la derrota toma la forma de la mortalidad. A pesar de su poder y logros heroicos, Gilgamesh debe enfrentar la inevitabilidad de la muerte, una derrota ineludible que finalmente lo lleva a una profunda búsqueda de la inmortalidad y el sentido de la vida. En la mitología nórdica, la derrota y el destino trágico son fundamentales. El fin del mundo, el Ragnarok, es un evento apocalíptico en el cual los dioses y los gigantes luchan hasta la destrucción mutua. Aunque la derrota es inminente, esta batalla también representa un ciclo

de renovación y regeneración, simbolizando la idea de que el fin es un precursor necesario para un nuevo comienzo. A través de estas narrativas mitológicas de derrota, se destaca la fragilidad humana, la importancia de la humildad y la aceptación de la limitación, así como la oportunidad de aprendizaje y crecimiento a partir de la adversidad. La derrota en la mitología no es solo una señal de debilidad, sino un aspecto vital del viaje humano, proporcionando valiosas lecciones y perspectivas que enriquecen nuestra comprensión del mundo y nuestra propia existencia.

Así, cada escritor, como un navegante en el océano de la literatura, enfrenta un horizonte lleno de misterio y posibilidades. A veces ganaremos, a veces perderemos, pero en cada derrota, en cada lágrima de decepción, hay una promesa de un nuevo comienzo, una oportunidad para crecer y para seguir explorando las profundidades de la creatividad. En última instancia, más allá de las fluctuaciones del azar y la suerte, es la pasión por las letras, el deseo inextinguible de compartir historias, lo que nos impulsa a seguir adelante, a seguir navegando en este mar literario, un mar donde cada escritor, como un faro solitario, ilumina su propio rincón del universo de las palabras. Así se navega también entre los lugares comunes que se escapan de la pluma, en las más atropelladas metáforas y en los símiles más inesperados, el escritor, como un Ulises en su propia Odisea, enfrenta una serie de desafíos en su viaje de regreso a casa después de la Guerra de Troya. La suerte, tanto en forma de dioses benevolentes como de eventos inesperados, influye en su odisea y en su destino. Las intervenciones de dioses como Atenea o Poseidón, así como los encuentros con seres míticos como Circe o el cíclope Polifemo, son ejemplos de cómo la suerte

puede influir en el curso de una epopeya. Y qué son los jurados sino monstruos, seres de oscura maldad o ángeles de blanca redención, que pueden afectar el curso de la historia, cambiar el paradigma, juzgar y morir en el intento o vivir con las espinas de la incertidumbre en las manos. Porque también el otro lado de la historia tiene sus victorias y sus derrotas, los jurados son parte del sistema de nuestro mundo feliz, como novela de Huxley, donde nuestro mundo futurista debe ser siempre una maquinaria bien aceitada que funciona segundo a segundo, los jueces son el tic-tac que mantiene el suspenso, pues su marcación siempre dará pauta al futuro y al minuto o la hora de nuestra suerte como concursantes.

Somos el Dr. Frankenstein y nuestro monstruo está en manos de los aldeanos que lo quieren linchar.

En el salón de los veredictos, entre silencios que resuenan y suspiros en el aire, el jurado teje un telar de equidad. Son las mentes dispuestas, hojas al viento de la justicia, las que escrutan las almas plasmadas en palabras y tramas. Como alquimistas de la verdad, destilan la esencia de la razón y la ponderación. Sus ojos son luceros de la balanza justa, sopeando el valor de cada palabra con la navaja de la imparcialidad. Entre las líneas de tinta y el susurro de las hojas, se desliza el río de la comprensión, descifrando las armonías de la verdad y el velo de la ficción. Cada argumento, una joya en el mosaico de la argumentación, cada giro del destino, una senda en el espeso bosque de la deliberación. La pasión por la literatura es su brújula, y el respeto por la voz de cada autor es su norte. Aunque el tiempo aceche como un lobo, su mirada paciente escruta las sinfonías de la prosa y los ritmos de la poesía, valorando el corazón y la maestría en cada palabra tejida. El jurado es el alba en el horizonte literario, el filtro

de la excelencia y la voz de la imparcialidad. En sus manos reposa el destino, y en su sabia elección, las palabras se alzan o naufragan en el río del reconocimiento literario.

A dónde van las palabras, entonces.

El «Teorema del Mono Infinito» se alza como un enigma en el rincón de la mente, como un ajedrez entre la probabilidad y el infinito, cuya partida se libra en el reino de la imaginación. Contemplemos la visión: un interminable desfile de simios, cada uno con su máquina de escribir, trazando letras al azar, martillando las teclas como un coro de caos y creatividad. ¿Qué podría emerger de semejante tormenta de caracteres? La respuesta, en su raíz, es estremecedora. Entre las miríadas de combinaciones fortuitas, en el rincón más remoto del infinito, un destello podría surgir: el instante en que uno de estos monos logre, de forma insólita, plasmar una obra digna de los dioses, una epopeya que rivalice con las inmortales creaciones de Shakespeare. Al principio, parece un cuento desbocado, un juego de azar etéreo. No obstante, esta enigmática concepción nos conduce por las sendas de la incertidumbre, desafiando nuestra percepción de lo alcanzable, en un duelo de posibilidades y potencialidades ocultas.

Los monos, hoy, son unos y ceros multiplicados al infinito a través de la inteligencia artificial. La IA, con su conocimiento vasto y su habilidad incansable, puede analizar datos y patrones con precisión. Sin embargo, es la mente humana la que puede forjar mundos enteros, tejer historias que surgen de lo más profundo del alma, plasmar emociones que trascienden el binario frío de los algoritmos. En el rincón sagrado de la imaginación, nacen las epopeyas que desafían las reglas de lo posible, creaciones que trascienden las barreras del código. Requiere la potencia de cómputo de

titanes, las corrientes veloces de conexiones online para su danza virtual, y un almacén de datos vasto como un tesoro de conocimiento ancestral. Las mágicas matrices de aprendizaje profundo y algoritmos de optimización, cual hechizos secretos, modelan su evolución. A través de la red, emerge, dispuesta a dialogar con el mundo, una obra maestra que demanda mantenimiento constante por los custodios de esta creación, quienes afinan su genialidad digital y la elevan a un arte en evolución. Un entramado de tecnología y creatividad, donde la cibernética se funde con la poesía del código y el pulso constante de la innovación da vida a una inteligencia que, como un pincel mágico, tiñe la interacción humana de maravilla digital.

Un lápiz la derrotará. Una hoja de papel. Un pergamino. Un libro engargolado. Una memoria USB. Un correo electrónico. Allá van las letras. En las sombras etéreas de los universos paralelos, la derrota se alza como un espectro inevitable, una partitura cósmica que resuena en el eco de múltiples realidades. Sin embargo, en medio de esta danza inmutable, persiste una chispa, una verdad aún no manifestada: la victoria. El abrazo de lo desconocido y lo impredecible traza las líneas de un destino incierto, y en cada travesía, cada paso en la vastedad del espacio-tiempo, emerge la posibilidad radiante de triunfar en el siguiente concurso literario. Las cicatrices del fracaso, las lecciones escritas en los astros caídos nos guían hacia una certeza: en algún rincón cósmico, la victoria aguarda, esperando a ser abrazada por aquellos que persisten, que enfrentan los desafíos con la mirada fija en un futuro que aún no se ha tejido. En el tejido cuántico de las realidades, nuestras acciones y elecciones son hilos entrelazados, y aunque las huellas de la derrota son parte de este

viaje, la posibilidad de un triunfo glorioso resplandece como una estrella, llamándonos a perseguirlo con valentía y determinación. En la sinfonía de infinitos universos, cada uno de nosotros tiene el poder de escribir un capítulo distinto, de romper las cadenas del pasado y, con cada paso, acercarnos a la victoria que aguarda, inscrita en el cosmos como una promesa, como un anhelo compartido por todas las almas inquietas que se atreven a soñar. Salve, Láquesis, allá voy.





## Los concursos y yo

RICARDO GUZMÁN WOLFFER

¡Ah, los concursos!

Los concursos son una peculiar lección en mi caso: entre más energía, presión y esperanza le pones, pareciera que hay una relación inversamente proporcional entre querer ganar y lograrlo.

El primer concurso literario en el que recuerdo haber participado fue sobre la obra del poeta José Martí que organizaba el Círculo cubano de México, cuando yo iba en la secundaria. Recuerdo haber leído algunos poemas de él y haber escrito lo primero que me vino a la mente. Sin ponerle mucha atención, mandé mi ensayo y varios días después me enteré que había ganado. En esa época ni siquiera pensaba que la escritura pudiera ser una actividad importante en mi vida, pero fue divertido haber ganado el concurso. Por ahí tengo el diploma que me dieron.

Más que un concurso, publicar en la revista *El cuento* requería ser aprobado por el famoso editor Edmundo Valadés. Me gustaba comprar esa revista cuando salía de la preparatoria; desde entonces escribía y nunca lo he dejado. El día que

por fin vi mi nombre en la parte donde comentaban los textos enviados, fue una gran decepción descubrir que no les había gustado mi texto. Probablemente eso retrasó algunos años mi inicio más constante en la escritura; al mismo tiempo había tenido la brillante idea de entrar a un taller literario en donde el encargado solía decirme que escribía cosas que estaban muy bien para otros siglos, pero no para el siglo XX. En esa época yo me sentía fascinado por Horacio Quiroga y por H.P. Lovecraft, de modo que no me extrañó su comentario, porque una parte de mí realmente vivía en otro lugar y tiempo, pero ciertamente no fue un aliciente para seguir escribiendo.

Fue en 1990 cuando me decidí a recorrer los periódicos con varias copias de algunos cuentos cortos para presentarlos. Fernando Solana en el suplemento cultural del periódico *El Nacional*, *El Nacional Dominical*, y René Avilés Fabila en el suplemento dominical *El búho de Excélsior*, bondadosamente estuvieron de acuerdo en publicar algunos de mis textos y eso me dio la confianza para seguir escribiendo. Para mí era como concursar contra los colaboradores regulares, fantasmas de alguna manera para mí, porque no los conocía en persona.

En 1996 mandé un poemario armado expofeso para el concurso nacional de poesía Iván Suárez Caamal en la hermosísima ciudad de Calkiní, Campeche. Tenía una larga serie de poemas que tenían una relación interna, que había hecho sin ese ánimo integrador, pero que me parecieron propicios para hacer el poemario «Vivir en filo». Después me di cuenta que había sido una suerte absoluta el haberme encontrado con la convocatoria que salió en el periódico *La Jornada*, porque alguno de los organizadores con el que plati-

qué al ir a recoger el premio me comentó que solamente había salido por una ocasión. «Pensamos que a los poetas les gustaba leer ese periódico, por eso lo mandamos ahí», me dijo muy seguro cuando me preguntó la manera en que me había enterado de la convocatoria nacional. Yo tenía ese poemario sin pensar siquiera que pudiera concursar. En esa época no tenía la idea utilitarista que ahora me domina de que todo lo que escribo debe servir para ser publicado en algún lugar. Cuando gané, yo vivía solo en un departamento de la colonia Condesa del entonces Distrito Federal. Era común tener una contestadora de cassette pequeño con el foquito que anunciaba algún recado. El domingo que me enteré del resultado del concurso llegué a mi casa a las 11:00 de la noche y había por lo menos tres recados de Calkiní pidiéndome que me comunicara para ser informado del resultado del concurso. «Seguramente obtuve alguna mención honorífica», pensé. Hasta no llamar, supe que había ganado. La persona que me contestó sonaba somnolienta y me comunicó con el encargado del concurso, quien me dijo haber pensado que estaba mal el teléfono al que habían llamado porque no contestaba.

En aquella época apenas había sacado tres libros, uno en la editorial Tierra Adentro de Conaculta, donde solamente se publicaban autores que hubieran nacido fuera del entonces D.F. Yo había sido publicado porque residí tres años en Oaxaca, aunque para cuando salió el libro yo ya vivía de nuevo en el D.F. Cuando comenté esta situación con el jurado al que había llamado el domingo en la noche, me dijo que yo tenía una pluma muy afinada. No le creí. Entonces y ahora, siempre he pensado que la gente que me halaga lo hace por razones muy distintas a la calidad de mi trabajo. El bullying familiar infantil me dejó esa secuela.

La mejor parte del premio de Calkiní era el pago de los viáticos para ir a recoger la recompensa del premio, que consistía en el equivalente a 1000 USD, —según mis cálculos claramente ajenos a los resultados que se esperarían de un bachiller matemático—, más un diploma expedido por el municipio de Calkiní. El avión me llevó a Mérida y de ahí pasaron por mí en una camioneta que nos llevó a Calkiní. Entonces no dimensionaba la importancia de ese premio, como después supe, años más tarde, entre otras cosas, por el reclamo de un escritor que presumía de haber ganado todos los premios de poesía en los que había concursado excepto en el de Calkiní. Luego de que aquel poetizo etílico hiciera buches de alcohol del 99, y tras consumir una buena cantidad de bebidas, lo que parecía un comentario amable terminó casi en una agresión verbal.

Después de haber estado en Oaxaca y haber recorrido algunos de sus cientos de municipios, donde salvo en Juchitán la casa de la cultura suele ser un anexo menor del palacio municipal, para mí fue una experiencia maravillosa llegar a Calkiní, un municipio en donde la casa de la cultura era notablemente más grande que el palacio municipal. Y no solo eso, tenía varias casas de cultura, todas privadas, donde se hacía una oferta cultural notable.

Con mucha alegría recuerdo que las personas que fueron a recibirme me decían «maestro». Lo cual me infló el ego, mismo que fue pinchado con la información de que en ese lugar había varias escuelas normales para educadores y que la universidad del estado, junto con la de Yucatán, tenía un centro de posgrado. Con lo cual concluí que había muchos egresados de la escuela normal para educadores a quien sin duda le dirían «maestro» y que probablemente había otro

buen tanto de egresados de los cursos de posgrado donde por lo menos obtendrían el grado de maestría y, entonces, también serían llamados «maestros».

Ese pequeño chapuzón de agua fría lo olvidé rápidamente al entrar a Calkiní y percatarme de que en todo el centro no había una sola cantina. Estaban prohibidas ahí, según me dijo el guía que me llevó a la casa de la cultura donde tuve la inmensa suerte de llegar a la presentación de una plaquette de poesía donde dos muy jóvenes escritores habían publicado textos sobre las garzas. Inesperadamente me invitaron a la mesa y me pidieron que les hablara de poesía; lo cual me conmovió porque esos escritores tenían una enorme sensibilidad, sus textos eran muy buenos y francamente yo quería oírlos a ellos.

Luego conocí a Iván Suárez Caamal, cuyo nombre lleva el concurso, a quien aunque yo suponía difunto, pero que era un poeta demasiado vivo y comprometido con la literatura: daba varios talleres con los muchachos locales. Al saludarlo fue muy enfático y me dijo que él había sido el único que había votado en contra de mi premio, pero que así eran los jurados democráticos. Pero su amabilidad lo obligó a llevarme con sus alumnos a tomar agua de horchata en los huecos acondicionados de un cenote seco para hablar de poesía. La entrega del premio fue en un enorme auditorio que probablemente se usaba para otras actividades aparte de las literarias, y el presidente municipal me entregó el sobre con el dinero y el diploma que todavía tengo en alguna pared de la casa. El momento más conmovedor fue cuando, con el auditorio lleno, me pidió que les leyera parte del trabajo «para que la gente vea los méritos por el que se le dio el dinero». El silencio fue absoluto y con un poco de miedo

escénico estuve leyendo poema tras poema hasta que algún movimiento del público me hizo entender que era la hora de agradecer y dar paso al siguiente participante. Cuando se acabó el evento me invitaron unos papadzules y varios soldaditos de chocolate: deliciosa bebida local servida en botellas de vidrio con chocolate líquido que se servía frío.

Mi sentido utilitarista me obligó a buscar una edición del texto ganador. Por esa época colaboraba con la cooperativa Pascual, donde se hacían varias revistas culturales. Una coedición entre la cooperativa y el municipio de Calkiní dio un libro de muy buena presentación tanto por el diseño de la colección como porque la portada fue ilustrada por Gonzalo Tassier. *Vivir en FILO*, fue visualizado por Tassier como un caracol moviéndose encima de una navaja. Si lo vieras en vivo sería presenciar el sufrimiento horrible del animal al estarse partiendo a la mitad por el filo de la navaja, pero los trazos mágicos del artista hacían que fuera una figura hermosa, tan poética como pretendía ser el contenido del libro. El editor de la colección, Antonio Valle, también poeta y escritor, entre muchas otras actividades, lo presentó en Oaxaca en el museo fundado por el pintor Toledo.

Hoy puedo decir que haber ganado el concurso de Calkiní fue una alegría inesperada porque en ningún momento pensé que pudiera ganar. Incluso tuve la duda durante un buen tiempo de que mi trabajo hubiera llegado a su destino porque lo había mandado por el servicio postal mexicano donde más de una vez me habían extraviado el envío. Décadas después, durante la pandemia, comprobé que también eso podría pasar en la paquetería privada.

Una simpática ironía de la vida es que quien me invitó a este proyecto sobre concursos literarios fuera Enrique Adonis,

uno de los ganadores del concurso convocado por la gran maestra de baja california, Rosina Conde, el «Primer Premio Internacional del Cuento Horroris Causa 2022». Mi amistad de más de tres décadas con Rosina le llevó a decirme que si no iba a concursar tendría que ser jurado de ese premio. No sé si ella esperaba que concursara o que aceptara ser jurado, pero preferí escribir un cuento con una composición experimental en donde dejaba por entero al lector la conclusión del texto, limitando parte de la información para que fuera una literatura interactiva donde el lector tuviera que poner de su parte para que el cuento funcionara. Yo sabía que Rosina y quienes supuse serían sus compañeros de jurado tendrían la posibilidad de identificarme como el autor, pero confié en que mi pericia literaria los envolviera y no les impidiera darme el premio por amistad. Al final hubo un impedimento para que me lo dieran, incluso para que me dieran una mención honorífica o de consolación como se le quiere llamar, pero no fue la amistad, sino su certeza de que yo había enviado un texto inconcluso.

Cuando supe el resultado y quiénes habían sido los ganadores, una parte de mí pensó: «por eso ya no le entro a los pinches concursos», pero cuando supe que Enrique Adonis estaba entre los ganadores se me quitó lo ardido. A Enrique lo conocí cuando presenté un libro escrito por el querido Dán Lee, con quién durante el primer año de pandemia realicé un programa de análisis literario cultural sobre la lucha libre, al lado del ensayista y Premio Nacional Alfonso Reyes, Ramón López Castro, más el tremendo periodista José Miguel Marquina. Dán presentó un libro de cuentos en una de las sedes del Instituto Nacional de Bellas Artes, «Los invitados (y otros seres oscuros)», y lo acompañamos Enrique y yo. La



unión anímica con Enrique fue inmediata: logramos una presentación entrañable. En parte por Enrique; en parte por haber conocido a la editorial y a los editores, quienes meses después me aceptaron un libro que se publicó en 2024 bajo el título de *Infierno adyacente*, mismo que se presentó en junio de 2024 en el mero Palacio de Bellas Artes a donde invité a Dán Lee como un acto de mínima justicia: sin su libro no hubiera conocido a la gente de la editorial y no sale mi libro; y en parte por haber acudido con un muy querido amigo Pedro Paunero, al que no veía en mucho tiempo.

Hoy comprendo que concursar literariamente debe hacerse con la alegría suficiente para perder y no encharcarse. Que como el acto mismo de la escritura, diría el tremendo Cavafis, el premio está en el viaje no en llegar a la meta.

## A manera de conclusiones: Hay cosas peores que ganar

ENRIQUE ADONIS R.M.

Ahora bien, querido lector, me anticipo a exponer una duda que quizá te planteaste desde que el título de este libro llegó a tus manos: ¿Y por qué escribir sobre perder y no sobre ganar concursos literarios? Porque si eres dedicado, disciplinado, comprometido, responsable, y mandas lo mejor de tu trabajo al concurso o a los concursos en donde mejor encaje tu texto, lo más posible es que pierdas. Pero no te preocupes porque si te aferras a seguir concursando, atiendes las bases con religiosidad, mandas los textos corregidos y tallereados, lo más probable es que sigas perdiendo. En el mundo de los concursos literarios, perder es la constante y a veces es necesario saber cómo arroparla.

Pero perder no es tan malo como suena, y esta antología de ensayos es prueba de ello, porque se construyó con las reflexiones de excelentes perdedores de concursos literarios, que con su experiencia nos ayudan a repensar la importancia y los múltiples significados de perder. Suceso, que cuando se

medita con profundidad, podría aportar más cosas que ganar. Y cabe decir, que es más fácil recuperarse de una derrota que de una victoria.

A veces, con mi manera poco seria de ser, me gusta pensar que la vida es una suerte de juego de mesa como el «Adivina quién», en donde lanzar la pregunta correcta te puede llevar a una victoria casi inmediata en el tablero. Quizá, no lo sé, muchos lectores interesados en el tema de este libro, alguna vez le han preguntado al ganador o ganadores de concursos literarios de su preferencia: ¿Cómo ganar? Eso, sin lugar a muchas dudas, provocará que los interrogados contesten de una forma más o menos desarticulada, evasiva, porque lo que también es más o menos cierto, es que muchos de los que hemos ganado, no sabemos ni cómo lo logramos, *eres como el burro que tocó la flauta*, decía mi abuelita cuando yo salía con algún triunfo inesperado. Por eso, y regresando a la importancia de la pregunta correcta, me incliné por lanzar una más dolorosa, una que implicara más reflexión y menos distorsión de la realidad: ¿Cómo perder?

Umberto Eco, en la introducción a la segunda edición de su *Obra abierta*, dice que «una obra es a un tiempo la huella de lo que quería ser y de lo que es de hecho, aún cuando no coincidan los dos valores», *Cómo perder un concurso literario (contado por los que lo han ganado)*, no es la excepción. La primera variante al resultado final del libro tenía que ver con los participantes, pues yo apenas contaba con el contacto de un puñado de ellos, de los cuales una buena cantidad, por sus razones particulares y respetables, decidió no participar. Debo decir que la mayoría me contestó con negativas muy cordiales, incluso tan bien argumentadas que algunas de las conversaciones se antojaban para formar parte del libro.

Pero esos desaires me llevaron a recorrer otros caminos, a buscar otros contactos y aventurarme a solicitar los textos a escritores que yo no conocía, ¡y qué gran acierto!, mi derrota en la búsqueda de autores se convirtió en una gran victoria.

En el tenor de la cita de Umberto Eco, la segunda variante del resultado final del libro tuvo que ver con lo que escribieron aquellos a los que les pareció atractivo el proyecto. Pobremamente imaginé, aunque no lo recuerdo con claridad, que los ensayos, todos ellos, tendrían, aunque de forma original, tonos y subtemas muy similares, principalmente porque la unidad que propuse para el libro ya estaba delimitada. Pero conforme fueron llegando los textos a mi bandeja de correo electrónico, encontré con sorpresa y satisfacción que las formas de ver la pérdida de un concurso pueden tener un fractal muy amplio. Tremendo.

Así, como resultado final, el lector pudo encontrar en este libro que algunos autores hablaron sobre los fraudes y la corrupción en los concursos (sin dejar fuera la legalidad de otros), sobre el misticismo que rodea participar, sobre lo que pasa cuando se gana y los criterios de los jueces; algunos otros ofrecieron consejos técnicos y teóricos para elaborar un manuscrito, el papel que juegan la suerte y el destino, así como la irrupción de la inteligencia artificial en la vida literaria; también surgió entre los ensayos el amor por escribir y, ¿por qué no?, lo decepcionante que puede ser perder; las becas para escritores y la escritura como fuente de ingresos (el sueño que muchos queremos vivir), la injusto que puede llegar a ser un dictamen, la mafia literaria, la frustración de no lograr algo y la importancia de tallerear; la maternidad y las letras, las emociones que despierta la competencia entre colegas, la relación entre perder un concurso y perderse uno

mismo; algunos autores avivan el deseo de preguntarse si las obras que ganan son las mejores y, ¿qué quiere decir ser las mejores?, ¿para quién son las mejores?; qué cosas se pierden cuando se gana y qué cosas se ganan cuando se pierde, qué se siente cuando, arrojada la derrota, se recibe un premio; el valor del reconocimiento exterior y el valor de las menciones honoríficas (que a veces dan más satisfacciones que los premios); ganar y no ser publicado, o peor, ganar y no tener lectores; lo complejo que puede ser la lectura en estos tiempos acelerados, lo que se está publicando y lo que no...

Y a pesar de tocar escenarios tan variados, el libro no dejó de ser una invitación al diálogo. Porque entre los autores de este libro, existe una conversación sin atropellos, sin tendencias a las verdades absolutas, una charla cordial con todo y las pasiones que algunos expresaron. Lo mejor, es que se trató de una conversación en la que uno, como lector, se pudo involucrar sin sentirse ajeno al banquete.

Como coordinador de esta antología estoy satisfecho. Feliz. No puedo dejar de repasar los textos con una sonrisa y no puedo dejar de sentirme agradecido con el gran esfuerzo que los autores depositaron en sus escritos. Estoy convencido de que sintieron el compromiso en cada uno de los ensayos y se contagiaron de aquello que se comunicó. Sé que tuvieron sus favoritos y a aquellos que los hicieron voltear la mirada y renegar. Pero sobre todo, creo que el libro dejó la certeza de que hay cosas peores que ganar.

## Índice

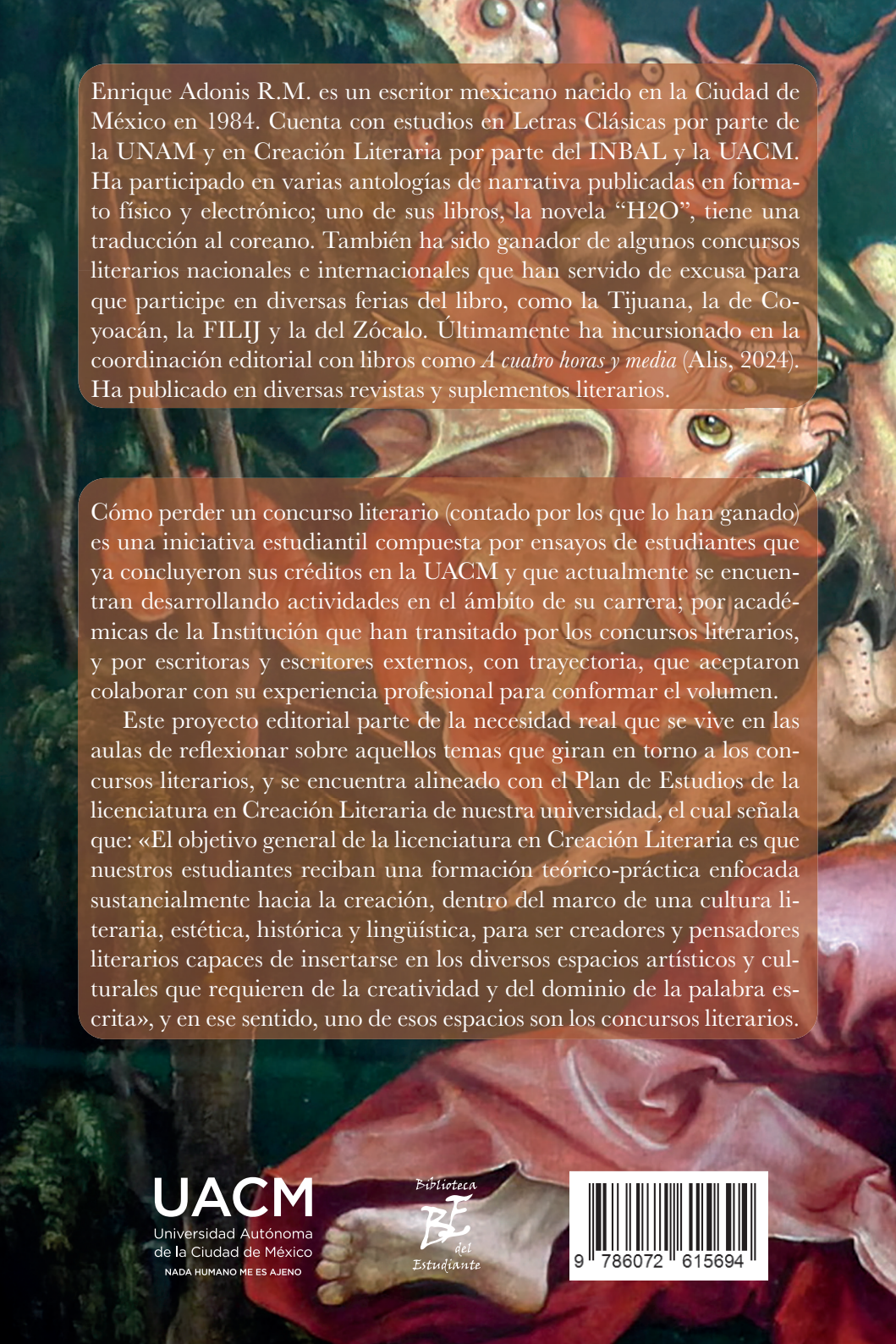
<b>¿Qué intenciones tiene esta antología?</b>	7
<b>Perder</b>	13
Karla Montalvo	
<b>Sin cuarto propio</b>	21
Elma Correa	
<b>Un título horripilante</b>	25
Alejandro Paniagua	
<b>Un premio para Chomsky</b>	33
Antolina Ortiz Moore	
<b>Tanto libro y yo sin lentes</b>	39
Abraham Díaz	
<b>De premiología y otras vanidades</b>	49
Mauricio Carrera	
<b>Hay más cosas en el mundo que las soñadas por tu cinta métrica</b>	71
Adriana González Mateos	
<b>El que pierde gana</b>	77
Martha Bátiz	
<b>La senda del perdedor</b>	87
Dán Lee	

<b>El riesgo permanente de tirar la toalla</b>	<b>95</b>
Ana Fuente	
<b>Preferiría no hacerlo</b>	<b>101</b>
José Manuel Ríos Guerra	
<b>Sobre los concursos literarios o mi método para matar pulgas</b>	<b>107</b>
Humberto Canizales	
<b>De cómo no ganar un concurso literario</b>	<b>113</b>
Ovidio Ríos	
<b>Los premios dan dinero, no lectores</b>	<b>121</b>
Enrique Ángel Cuevas González	
<b>Lecciones entre líneas: Perder concursos literarios y mejorar como escritor</b>	<b>127</b>
Julián Mitre	
<b>Conquistando el fuego literario: Prometeos modernos y las lecciones de la derrota</b>	<b>135</b>
Efraím Blanco	
<b>Los concursos y yo</b>	<b>145</b>
Ricardo Guzmán Wolffer	
<b>Conclusiones: Hay cosas peores que ganar</b>	<b>153</b>
Enrique Adonis R.M.	





*Cómo perder un concurso literario*  
*(contado por los que lo han ganado)*  
se terminó de imprimir en diciembre de 2025,  
en los talleres de impresión de la  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México,  
San Lorenzo, 290, col. Del Valle,  
alcaldía Benito Juárez, c.p. 03100  
el tiraje fue de 500 ejemplares.  
Corrección de estilo: Ángeles Godínez Guevara  
Diseño editorial: Sergio Javier Cortés Becerril

A detailed illustration of a creature with large, curved horns, a mask-like face with multiple eyes, and a red, textured body. The creature is set against a dark, forest-like background with green foliage.

Enrique Adonis R.M. es un escritor mexicano nacido en la Ciudad de México en 1984. Cuenta con estudios en Letras Clásicas por parte de la UNAM y en Creación Literaria por parte del INBAL y la UACM. Ha participado en varias antologías de narrativa publicadas en formato físico y electrónico; uno de sus libros, la novela “H2O”, tiene una traducción al coreano. También ha sido ganador de algunos concursos literarios nacionales e internacionales que han servido de excusa para que participe en diversas ferias del libro, como la Tijuana, la de Coyoacán, la FILIJ y la del Zócalo. Últimamente ha incursionado en la coordinación editorial con libros como *A cuatro horas y media* (Alis, 2024). Ha publicado en diversas revistas y suplementos literarios.

Cómo perder un concurso literario (contado por los que lo han ganado) es una iniciativa estudiantil compuesta por ensayos de estudiantes que ya concluyeron sus créditos en la UACM y que actualmente se encuentran desarrollando actividades en el ámbito de su carrera; por académicas de la Institución que han transitado por los concursos literarios, y por escritoras y escritores externos, con trayectoria, que aceptaron colaborar con su experiencia profesional para conformar el volumen.

Este proyecto editorial parte de la necesidad real que se vive en las aulas de reflexionar sobre aquellos temas que giran en torno a los concursos literarios, y se encuentra alineado con el Plan de Estudios de la licenciatura en Creación Literaria de nuestra universidad, el cual señala que: «El objetivo general de la licenciatura en Creación Literaria es que nuestros estudiantes reciban una formación teórico-práctica enfocada sustancialmente hacia la creación, dentro del marco de una cultura literaria, estética, histórica y lingüística, para ser creadores y pensadores literarios capaces de insertarse en los diversos espacios artísticos y culturales que requieren de la creatividad y del dominio de la palabra escrita», y en ese sentido, uno de esos espacios son los concursos literarios.

**UACM**

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

NADA HUMANO ME ES AJENO

Biblioteca

BE  
del  
Estudiante



9 786072 615694